

Katuska Blanco Castiñeira

FIDEL CASTRO RUZ
GUERRILLERO DEL TIEMPO
CONVERSACIONES CON EL LÍDER HISTÓRICO
DE LA REVOLUCIÓN CUBANA





EDICIÓN ORIGINAL
Casa Editora Abril, La Habana 2011

PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA
Tafalla, agosto de 2013

© DE LA EDICIÓN: TXALAPARTA
© DEL TEXTO: KATIUSKA BLANCO

FOTOGRAFÍAS Y DOCUMENTOS:
Oficina de Asuntos Históricos
del Consejo de Estado
Elsa Montero Maldonado
Asunción Pelletier Rodríguez

EDITORIAL TXALAPARTA, S.L.L.
San Isidro 35, 1. A
Código Postal 78
31300 Tafalla NAFARROA
Tel. 948 703 934
Faxa 948 704 072
txalaparta@txalaparta.com
www.txalaparta.com

DEPÓSITO LEGAL
NA-1111-2013

ISBN
978-84-15313-58-8

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA
Esteban Montorio

Para la realización de la cubierta se ha utilizado
la ilustración de Ernesto Rancaño para la edición
original y una fotografía realizada el 8 de enero
de 1959 por Burt Glinn en La Habana

MAQUETACIÓN
Monti

ILUSTRACIONES EXCLUSIVAS PARA ESTA EDICIÓN
Ernesto Rancaño

IMPRESIÓN
Gráficas Lizarra
Tafallako errepidea 1. Km.
31132 Villatuerta - Navarra

Agradecimientos a Oficina de Asuntos Históricos
del Consejo de Estado, Durero Caribe S.A.,
Oficina del Historiador de La Habana; a Enrique
Villuendas, del Dpto. Ideológico del Comité
Central, y especialmente, al Departamento de
Versiones Taquigráficas del Consejo de Estado.





EN MEDIO DEL FRAGOROSO TECLEAR de las viejas máquinas de escribir alemanas que entonces inundaban la redacción del diario, recibí el aviso. Afuera terminaba el día de trabajo y los transeúntes se apresuraban de regreso a casa. No llovía, pero el viento arremolinaba las hojas y levantaba el polvo en la calle.

La luz en la Plaza era de un color ocre rojizo. En su despacho, los destellos apenas trasponían los densos cortinajes de los ventanales. La semipenumbra iluminada afianzaba la impresión de unos espacios fuera del tiempo. ¿Amanecía o caía la tarde? Allí era difícil saberlo. Siempre pensé que él sí podría reconocer las horas del día por los matices del reflejo luminoso sobre los objetos en los armarios, las paredes de ladrillo, o la transparencia del aire en la habitación. Su escritorio: una isla en un mundo de libros. Repasé los títulos como para guardar una lista infaltable de referencias y para saber un poco más del hombre oculto tras las investiduras de la historia. Confieso que por unos minutos quedé absor- ta mirando una figurilla de marfil de alguna diosa del Lejano Oriente y unos botes de cristal como los que en las antiguas farmacias dormían el sueño eterno sobre los mostradores.

Recuerdo que Fidel se acercó, me dio un beso y un abrazo. Ni su estatura física ni su apariencia eran lo que más me impresionaba. Me sentí como un viajero de paso: el tren se detenía en una estación en el camino y yo conversaba con alguien que permanecería para siempre. Él respiraba despacio, hablaba bajo y miraba limpia y directamente a los ojos. Sus botas agrietadas por los bordes y el desgaste de la piel curtida de los muebles en la habitación me recordaron el tiempo que vivíamos y también una frase suya que lo retrataba: «Prefiero el viejo reloj, los viejos espejuelos, las viejas botas... y en política, todo lo nuevo».

En esos años parecía que el mundo volvía atrás, que todo lo nuevo era viejo; resultaba casi una quimera moldear un hombre mejor, una sociedad más justa. Él ya era un mito. Junto al pueblo persistía en el sueño que parecía delirio, resistía los embates, las agresiones de siempre y las carencias. Hablaba en susurro, tanto, que daba la impresión de que todo era confidencial –sobre la isla, los hombres,





las heridas, *El Quijote*, las pasiones, el destino, el último combate de José Martí, el Sol, la guerra, los minutos, la Tierra. Con la mirada recorría su presencia para no olvidar un solo pormenor, seguía sus pasos mientras él afirmaba: «Una idea se desarrolla, Katiuska, una idea se desarrolla». Yo observaba la mano que alisaba el pelo ondulado y blanco, la gorra militar colocada después sobre la mesa, la carpeta de cuero donde apoyaba los papeles para escribir, los dedos larguísimos, el trazo fugaz sobre el papel en el rústico bloc de tapas azules, la frente despejada, el borde de las cejas, los ojos vivos y acuciosos, la barba encanecida, el lóbulo de la oreja, el cuello de la chaqueta militar, el pantalón recto y, otra vez, sus botas, sus viejas botas, limpias y gastadas en las que me detuve al final del reconocimiento indiscreto.

Imaginé los caminos andados. Las humildes botas que calzaba eran sus botas de soñar y eran, como al monje, el hábito del que no podía desprenderse en tiempos difíciles. ¿Sería verdad que más de una semana después del triunfo de enero aún dormía con ellas puestas?

Un pequeño libro, *Después de lo increíble* –que escribí luego de un viaje donde un grupo de jóvenes seguimos la travesía del yate *Granma*–, había llamado mucho su atención. Me confesó haberse pasado toda una noche leyendo, recordando.

Tras varios encuentros en su despacho, entre los años 1993 y 1994, reparé en que por azares de la vida, numerosas actividades que reportaba para el diario iban hilvanando su historia.

Volví a verlo de cerca el 13 de agosto de 1996, en las celebraciones por sus 70 años, y al otro día, ya en mi casa, me tomó por sorpresa la llegada de Sergio, un escolta robusto que irrumpió de súbito en la sala. «Apúrese, es un viaje con Fidel a Birán».

Reconocí entonces mi suerte de presenciar un diálogo entre Fidel y Gabriel García Márquez en un camino inesperado y conmovedor. El Comandante, como dije en aquel momento, tenía razones para vivir la experiencia del regreso a las habitaciones de la infancia y los recuerdos del pasado, convertidos en una historia de impresiones que al final, según él mismo piensa, es la historia verdadera de un hombre.

Allí Fidel se tornó memorioso y se permitió, ante los demás, mostrarse emocionado en lo íntimo. Puso flores en la tumba de sus padres, ahora bajo la sombra de los árboles del batey, adonde fueron trasladados los restos a instancias suyas. «Los cementerios son muy tristes, son algo así como un apartheid; significan tener muy lejos de la casa y la familia a los muertos».

A partir de estas vivencias comencé a investigar sobre el hogar, los seres queridos, el entorno de Birán, con la idea de escribir su paisaje familiar. Fue un camino largo y difícil, pero logré acumular tanta información que, en lugar de uno, escribí dos libros: *Todo el tiempo de los cedros* y *Ángel, la raíz gallega de Fidel*. Durante todo ese período anhelé, en reiteradas ocasiones, preguntarle pequeños detalles que solo él podía develar, sin embargo, nunca fue posible.



En el verano de 2006, Fidel enfermó de manera inesperada. Recuerdo el vuelo desde Holguín a La Habana y la solicitud de un escolta que se acercó desde la parte delantera de la nave. Arrodillada sobre mi asiento, la repetí en voz alta para que se escuchara hacia el fondo del avión: «Están llamando a uno de los médicos, están llamando a uno de los médicos». Varios de los galenos de su equipo personal acudieron prontamente. A mi lado, atónito, el vicescanciller cubano Jorge Bolaños. Entre los viajeros, solo recuerdo miradas de angustia. Nadie articuló un solo vocablo; se hizo el silencio más profundo que he vivido en toda mi vida. Días después, el 31 de julio, se publicó la proclama dirigida a nuestro pueblo donde el Comandante hizo pública su enfermedad y dio indicaciones a los cubanos para seguir adelante.

El 1 de agosto, la voz de Fidel me sorprendió temprano: al otro día comenzaríamos a trabajar. Se encontraba presto a emprender la ardua labor de ampliar y enriquecer las respuestas dadas al periodista Ignacio Ramonet, pues había prometido una nueva edición del libro *Cien Horas con Fidel*, y temía que la obra quedara inconclusa, lo percibí en su desvelo por adelantar cuanto fuera posible, a pesar de su delicado estado de salud.

En una pequeña antesala, atenta a cuanto hiciera falta, permanecía Dalia, su esposa. Un día le confesé a ella que lamentaba traerle trabajo al Comandante en tales circunstancias; y con amabilidad en la voz, me alentó, debía pensar lo contrario: traía alegría, tranquilidad.

Otra vez presenciaba escenas íntimas en la vida de Fidel. Cuando algunos lo imaginaban como un héroe solitario yo lo vi acompañado todo el tiempo. Su hermano Raúl, una nube de hijos, nietos y otros familiares, amigos y hermanos de lucha, se aproximaban para verlo o saber cómo seguía. La mayoría pasó días y noches sin dormir. Me los topaba a la entrada o a la salida. Estaba otra vez en una zona no develada de su paisaje familiar.

A veces, durante las jornadas de trabajo, guardaba silencio y me pedía que le leyera; yo lo hacía con lentitud porque sabía que la lectura podía propiciar su sueño, la posibilidad de descansar un poco de los desasosigos que su espíritu debía vencer, algo realmente difícil en él, acostumbrado a la intensa actividad durante largas horas, en décadas de incesante vida revolucionaria y continuos viajes.

Aquellas semanas eran como de marzo en pleno verano, porque, a pesar de que Fidel le hablaba a nuestro pueblo sin dramatismo, para mí soplaba en el espíritu del país el viento de cuaresma, ese que esparce las hojas secas por el aire, cierra a golpetazos las puertas y las ventanas, riza los ríos y los mares, arrasa y se lleva lejos las simientes –desdichadamente lejos–, aunque luego broten con los primeros aguaceros de la primavera... Vivíamos con el alma en vilo porque Fidel es nuestra historia. Recuerdo emocionada que cuando me recibí aquel día de agosto, estaba entre la vida y la muerte; sin embargo, me habló con valentía y seguridad de sus últimos disparos al tiempo: se concebía como un fusil guerrillero.



Como resultado de aquellas intensidades laboriosas vieron la luz dos nuevas ediciones de *Cien horas con Fidel*. Fue un esfuerzo titánico de parte del Comandante, pero reconfortaba saber que seguía ganando batallas; cumplió nuevamente la palabra empeñada y disfrutó, aún en momentos tan difíciles, del contacto con la historia y con los acontecimientos internacionales que comentábamos a diario.

Abordó insistentemente la Crisis de Octubre, dijo que negar la presencia de los cohetes en Cuba había sido un error ético imperdonable del embajador soviético en la ONU. Ratificaba, una y otra vez irrenunciable, el principio de la verdad. El Comandante no justificaba aquella respuesta insensata e innecesaria. Según él, «Cuba tenía el derecho legítimo de defenderse con las armas de que pudiera disponer». Habló además de la guerra en Angola, de su denuncia sobre la posesión de armas nucleares por el régimen del apartheid, algo que el Estado de Israel había posibilitado con el apoyo del silencio cómplice de Estados Unidos. A tales alturas, reparé en que ambos temas tenían conexión con las probabilidades de una confrontación nuclear, algo que centra hoy su mayor preocupación. Para evitarla es imprescindible la desnuclearización total. Para él, lo ético y humano sería eliminar todas las armas, convencionales o no. Ese día, me explicó la diferencia entre armas nucleares tácticas y estratégicas, aunque me fue imposible registrar en la memoria los profusos datos numéricos con que ilustró su explicación.

Recuerdo también que le comenté un hallazgo en la Biblioteca Nacional José Martí, dado a conocer el sábado 19 de agosto de aquel verano de 2006. Se trataba de una rareza mundial: un libro con 41 grabados de un Egipto ya inexistente. Agrimensores, lingüistas, arqueólogos, arquitectos, matemáticos, dibujantes y químicos franceses, por encargo de Napoleón, estudiaron minuciosamente los valores de la civilización crecida a orillas del Nilo. Fruto de aquellos empeños surgió una obra maestra: *La descripción de Egipto*, 20 tomos de grabados, mapas, planos y apuntes, cuya tirada en edición de lujo apenas alcanzó los 1000 ejemplares. De ellos, nuestra biblioteca conservaba cinco volúmenes y, tras ser restaurados, los exponía.

14

Era –en fin– la crónica del despojo. Los reinos de Francia y Gran Bretaña de siglos pasados invadían territorios pero al menos se mostraban deslumbrados por la cultura de los pueblos bajo su dominación; se interesaban en recopilar historias y tradiciones, develar enigmas, comprender y conservar tesoros y monumentos; actitudes muy distantes a las del imperio, que en pleno tercer milenio arrasaba 7000 lugares arqueológicos en la antigua Babilonia y destruía y saqueaba bibliotecas, museos, de los cuales ya nunca más existiría un recuerdo como el que se conservaba antes de que una noche de 2003 clareara en Bagdad por el estallido de las bombas. Mientras yo glosaba el artículo de *Juventud Rebelde*, Fidel escuchaba y asentía pensativo. Confirmó la barbarie de la guerra contra Iraq y el proceso que llevó a que se desataran la primera y segunda agresiones estadounidenses a la nación del Medio Oriente. Fue a propósito de esa tragedia



que insistió en publicar en el libro de las cien horas infinitas, las cartas que envió a Saddam Husein, en 1991. En sus reflexiones le recomendaba al presidente iraquí negociar y retirarse a tiempo de Kuwait, cuyas fronteras Iraq había transgredido en una acción militar a la que Cuba se oponía. También había expresado su opinión de que las armas de destrucción masiva –si aún existían en territorio iraquí– debían destruirse.

Algo que me impresionó fue el fino sentido del humor del Comandante en medio de la adversidad. Una mañana no había conseguido comunicarse telefónicamente con uno o dos compañeros de trabajo y sonriendo me dijo de súbito: «¡El Comandante no tiene a quién llamar, Katiuska!», en alusión a la novela de García Márquez: *El coronel no tiene quien le escriba*. Después de publicadas la segunda y tercera edición del libro, conversamos con frecuencia. Recuerdo especialmente el 20 de octubre de 2008, Día de la Cultura Cubana, cuando entablamos una larga charla de nuevo sobre la guerra en Angola, o el 3 de agosto de 2009, cuando intercambiamos opiniones sobre el libro del comandante Guillermo García, a punto de editarse.

Para entonces no había regresado para todos. Su presencia en los diarios era más de palabras que de stampa física. Sin embargo, ya recorría el camino de vuelta desde el insondable tiempo que es la muerte. Me asombraba comprobar la densidad, el volumen de cuanto hacía. Fidel trabajaba en silencio. A veces me confesaba que sentía que se le agotaban las fuerzas. La causa de la humanidad mueve esas ansiedades ante el tiempo que transcurre y el destino de los hombres y las mujeres del planeta. Lo efímero y lo inmutable, lo próximo y lo lejano, lo mínimo y lo inconmensurable, lo absoluto y lo relativo, la nada y el todo conmueven su sensibilidad. Como estadista y revolucionario que cumplió sus sueños, lo que reflexiona tiene el valor de la experiencia agolpada en lo vivido. Su pensamiento es integrador. Yo pensaba que pocos podrían imaginarlo tan ocupado y activo.

A partir de aquel encuentro lo visité en su casa; me parecía que ya conocía el lugar, pues desde que empecé a investigar sobre su vida había soñado que lo entrevistaba allí, en la sala. Imaginé los alrededores de la vivienda: una floresta tupida, una selva exuberante. Y así fue, muy próximas a la casa se anunciaban las espesuras desmesuradas que había soñado; crecían favorecidas por los golpes de agua frecuentes en esa zona de La Habana. «Aquí parece que se acaba el mundo por las tardes», dijo mientras nos a sombrábamos mutuamente del anuncio de un abrupto e insólito descenso de las temperaturas en México un día de noviembre de 2009. También conversamos allí. Todo había comenzado una mañana de octubre en que eran tantos y tan diversos los temas de que hablábamos que me dijo: «¿Por qué no preparas un cuestionario inquisitorio?». Aquella pregunta me estremeció: No me quedaron dudas de que Fidel estaba dispuesto a develar historias, perplejidades, juicios, acontecimientos que habrían permanecido en silencio en otro momento. Sugerí el estilo literario que obvia las preguntas y va directo a las respuestas en primera persona, pero se negó rotundamente:

«Sería un libro muy aburrido, como uno voluminoso que tengo de la historia de Troya».

En *Fidel Castro Ruz, guerrillero del tiempo*, el Comandante narra su historia a partir de un cuestionario muy abarcador; aunque las preguntas se pierden frente al océano que es su vida. Este libro, en dos partes, propicia un acercamiento al ser humano que convive con la figura histórica que encarna a los héroes del pasado y a los que defenderán en el futuro de Cuba, nuestra América y el mundo, las nobles causas de independencia, justicia y humanidad.

El lector tendrá la oportunidad de recorrer con Fidel el camino de sus días, disfrutará de la naturalidad y transparencia con que va hilvanando los hechos, puntos de vista, imágenes y sentimientos de la memoria; en un viaje desde la casa y los seres del pasado, hasta los desvelos, penurias, esperanzas y augurios de los días que corren.

Una y otra vez es necesario subir montañas en la Revolución, la humanidad requiere de hombres y mujeres capaces de salvarla: Fidel calza de nuevo sus botas de eterno caminante.



Katuska Blanco. Comandante, José Martí creía que la historia del hombre podía ser contada por sus casas. Para mí la casa es abrigo, incluso en la memoria. Desde que estudié la poesía del peruano César Vallejo, me acompaña en el pensamiento un poema sobre una casa donde no vive ya nadie. Emocionan los versos:

Cuando alguien se va, alguien queda. El punto por donde pasó un hombre, ya no está solo. Únicamente está solo, de soledad humana, el lugar por donde ningún hombre ha pasado. Las casas nuevas están más muertas que las casas viejas, porque sus muros son de piedra o de acero, pero no de hombre. Una casa viene al mundo, no cuando la acaban de edificar, sino cuando empiezan a habitarla.

No puedo explicarle, no sé por qué vericuetos del alma, esos versos me llevan siempre a la casa recóndita de mi infancia, pero también a la suya, a la casa de Birán. Usted volvió allí al cumplir 70 años. Fui testigo del regreso, y desde entonces esperaba la oportunidad de preguntarle sobre los recuerdos que guarda de la casa donde usted nació.

Fidel Castro. La casa era de madera, construida sobre pilotes más altos que un hombre. Me imagino que inicialmente, en el proyecto original, era cuadrada; una casa prefabricada, de las que posiblemente los norteamericanos vendían aquí. Es probable que hasta la hayan traído de Estados Unidos. Mi padre la construyó antes de que nosotros nacióéramos. Tenía recursos económicos, ingresos relativamente elevados, y en aquella zona se desarrollaban grandes empresas agrícolas norteamericanas.

Los terrenos de mi padre estaban rodeados de grandes extensiones de tierra de diversas compañías norteamericanas. Incluso, el viejo trabajó con una de esas empresas, la United Fruit Company, propietaria de 130 000 hectáreas aproximadamente, una gran plantación cañera y un central azucarero. La United Fruit poseía otros centrales más próximos –que yo recuerde–, tenía dos grandes centrales alrededor de la bahía de Nipe, y sus tierras llegaban



hasta los límites de las de mi padre. Antes de que él adquiriera esas tierras, a comienzos del siglo xx, había trabajado con la United Fruit Company. Al principio contaba también con una pequeña empresa. Dirigía un grupo de hombres y hacía contratos para talar madera, para suministrar leña al central azucarero y desmontar áreas donde sembrar caña. Según mi hermano Ramón, eran años de numerosa inmigración de España, principalmente de las provincias gallegas, lo que favoreció su trabajo como contratista: comenzó a laborar con sus hombres en terraplenes de línea y a transportar maderos. Abrió una fonda y, además, inició sus siembras de caña. Llegó a tener una colonia en tierras de la United, la denominada Dumoy, que vendió después porque tuvo un accidente al caer de un caballo y fracturarse una pierna. Aquellas tierras mi padre las puso en venta en una época de mucha prosperidad en la industria azucarera, antes de la Danza de los Millones.

Él era un inmigrante español, un hombre muy activo que se convirtió en un empresario. Así fue como obtuvo ingresos importantes y adquirió tierras; pudiéramos decir que se independizó, se convirtió en agricultor.

Pienso que aquella era un modelo de casa de madera de las que construían los norteamericanos. No podría asegurar si esa madera la trajeron o se elaboró aquí. Era de un piso, aunque tenía una habitación amplia encima, como un segundo piso más pequeño. El primer piso podía estar al nivel de la tierra, pero mi padre, al parecer por la influencia de Galicia, su lugar de procedencia, donde los campesinos dentro o debajo de las casas tenían los animales de cría –gallinas, ganado vacuno, incluso los cerdos, con los que producían jamones– construyó la casa sobre pilotes, sin que el lugar fuera bajo. Como el terreno era irregular, no tenían la misma altura. La parte principal de la casa, hacia la sala y las habitaciones, era más inclinada y eran más altos los pilotes.

Luego, la casa se amplió en una dirección con varias instalaciones: una botica, un baño, una alacena, un comedor y, al final, la cocina. Después la alargaron del otro lado con una oficina, de modo que la casa quedó cuadrada, con un segundo piso arriba y una ampliación hacia el Este, en dirección a las montañas. Debajo estaba la lechería. Tenían un rebaño de unas 30 o 35 vacas que dormían debajo de la casa. Las ordeñaban por la madrugada y las soltaban por los potreros a 800 metros, o a un kilómetro de distancia. Por la tarde las recogían.

Yo recuerdo mucho el corredor de la casa porque la circundaba completamente, excepto en la parte de la cocina. Yo veía cuando recogían el ganado por la tarde, me llamaba la atención porque algunos animales eran un poco ariscos; los había agresivos, sobre todo algunas vacas recién paridas. Teníamos una vaca color oscuro que le llamaban Ballena; daba mucha leche, pero era muy agresiva. Nosotros tratábamos de hacerle señas para ver cómo amenazaba. Yo creo que la vaca tenía algo de miura.

Recuerdo todas estas escenas , cómo era el ambiente en el campo , los animales, las personas que atendían los trabajos.

En la casa existía una escalera que llegaba al primer piso a través de una puerta ubicada en la sala. Varias puertas daban a las habitaciones . Junto a un cuarto, que después fue de nosotros los varones, estaban el comedorcito y la oficina de mi padre. También en esa primera planta se encontraban la sala, otras habitaciones, un pasillo hacia el comedor y los baños.

Parece que al principio era una sola habitación con el baño . Aquel no lo conocí, pero después hicieron un pasillo y pusieron al fi nal otro baño, el rural, le decían. Era de madera, construido sobre una especie de pozo , ese fue el que y o conocí. Allí quedaban los restos , un lav amanos. Había otro baño al lado de la cocina, realmente el que utilizábamos para duc harnos, con una gran bañadera.

Para almacenar agua había un tanque grande y otro ubicado un poco más alto, pero de menor dimensión. Se recogía el agua de lluvia del techo y toda venía a parar a aquel tanque; era la que se usaba normalmente. Para beber se traía el agua de un manantial que quedaba como a cuatro kilómetros. El manantial tenía prestigio, provenía del río Sojo, un pequeño arroyo. Su agua se pasaba por un filtro.

Por entonces no había electricidad en mi casa. Nos alumbrábamos con velas y con algunos faroles de gas. No había refrigeración, sino una pequeña nevera de madera. El hielo se traía del central Marcané, a unos cuatro kilómetros de distancia, y se guardaba en la nev era de madera con aserrín adentro.

Estoy hablando del ambiente, cuando yo empiezo a ver cosas. Recuerdo la casa, los animales, el lugar. Hago memoria bien de cada detalle.

Pienso que mis recuerdos más antiguos son de cuando tenía tres años , desde muy tempranito. Me acuerdo de todo: de los familiares , los tíos que estaban allí, una prima contemporánea conmigo.

La muerte de la tía Antonia después del parto de una niña es uno de mis primeros recuerdos, y puede dar una idea de la edad que tenía entonces –tendría que precisarla–. Era casada con un empleado de mi padre,también español. Yo era muy pequeño. En la casa, la atmósfera era de tristeza, llanto, tragedia. Ella era hermana de mi madre. Me llevaron a su casa. También estaban mis abuelos allí. Recuerdo todavía el cuarto las velas encendidas... Yo no sentía nada, observaba todo con mucha admiración, pero no sabía qué significaba. No comprendía la muerte ni tenía idea de ello , solo que había mucha tristeza, lágrimas, atmósfera de tragedia. Pasaba algo muy difícil. Si pudiera precisar la fecha exacta en que murió la tía, sabría la edad que y o tenía, pues esas son las imágenes más tempranas que guardo.

Katuska Blanco. Fue el 8 de junio de 1929 y el certificado de defunción dice que murió de fiebres puerperales.



Fidel Castro. Entonces, mis primeros recuerdos son de cuando contaba dos años aún no había cumplido tres. Sé que una de las primas vino desde muy pequeña a vivir con nosotros.

La que nació era una niña. Los otros hermanos fueron criados por los abuelos, eran tres: la mayor, la más pequeña y un varón; y una, que tendría tres o cuatro años, vino a vivir con nosotros.

Recuerdo el lugar donde dormíamos los tres mayores. En el piso de arriba, en una pequeña habitación con ventanas, más fresca. En tal sentido, pudiéramos decir que los pilotes eran prácticos porque hacían más ventilada la casa, soplaban más la brisa porque ya la parte principal estaba a la altura de un primer piso, y la chiquita, donde era el dormitorio, en el segundo.

Estábamos Angelita, Ramón y yo, que era el más pequeño, los hijos mayores de la segunda unión de mi padre, porque Lidia y Pedro Emilio, hijos del primer matrimonio, no vivían con nosotros.

Recuerdo la cuna en aquel dormitorio. Incluso, de cuando dormía en ella, no sé si sería hasta los dos o tres años.

Cuando yo tendría como cuatro años me pusieron en una pequeña cama a los pies de la de mi padre, un poquito más ancha y grande. A continuación estaban las de los otros dos hermanos, y luego la de mi madre.

Mi padre dormía en una cama y mi madre en otra. A un lado de la habitación estaba la cama de mi padre que tenía una pequeña mesita y la lámpara de gas allí. Él leía, se acostaba todas las noches a leer.

Katiuska Blanco. Es ciertamente fresco el altillo. Cuando estuve allí imaginé cómo soplaría el viento en días aquietados o de tormenta. Pienso que, además, era el lugar más sano de la casa, lejos de los mosquitos, a salvo de los bichos del monte y también de los ruidos. Ahora, llegaría el momento en que no habría espacio allí para todos los hijos...

Fidel Castro. No. Yo creo que fueron los primeros, y por eso los padres tenían a los muchachos con ellos en la misma habitación. Como era la de arriba, la más fresca, un poco más aislada. Usted se paraba en la habitación y veía el techo de zinc de la casa. No era un segundo piso, se encontraba en un segundo nivel, pero era una sola habitación allá arriba, parecía un palomar.

Como posiblemente era el lugar más fresco, seguro, cuando nació Angelita, no la dejaron abajo, porque había que pasar por unas escaleritas estrechas y atravesar el falso techo. Cuando vino el segundo, también lo llevaron allí, y seguro, cuando llegó el tercero, que era yo, igualmente me llevaron para allá arriba, hicieron lo mismo con los tres. En aquel momento de mi nacimiento estuve con la familia en una sola habitación. Allí no había baño, el baño estaba en el piso de abajo. Por entonces se usaban las escupideras y los orinales.

El cuarto era fresco, tenía ventanas y tela metálica para que no entraran los mosquitos. Allá arriba se usaba el famoso insecticida que llamaban *flit*, con la manguerita.

Siempre hubo mucha corrección en mi casa. Aunque vivíamos en cierta promiscuidad, jamás observé ninguna escena extraña, ninguna escena de relaciones sexuales ni nada de eso. La imagen que tengo de mis padres es esa, aunque el matrimonio vivía con tres hijos.

Estuve largo tiempo en la habitación, posiblemente hasta los cuatro o cinco años. No siempre estuve allí.

Recuerdo, incluso, algún Día de Reyes, el 6 de enero, cuando yo vivía arriba –antes de los cinco años–, que ponían algunas manzanas, uvas, caramelos y algún juguete sencillo. Ya me empezaban a dar la idea de los Reyes; a mi hermana le ponían unos y aqvis, un juego de muchachas: tiran la pelotita y, en segundos, recogen los y aqvis y la pelota antes de que esta vuelva al piso. Así que guardo imágenes de allá arriba.

Otra cosa: mi padre acostumbraba comer naranjas por la mañana. Las naranjas se pelaban, se ponían durante la noche al rocío –las sacaban por una ventana, las dejaban sobre el techo, les añadían un polvito blanco, que no sé qué era, como algo saludable, era algo parecido a la glucosa, pero no puedo decir que lo fuera; pudiera ser un poquito de bicarbonato en polvito lo que les pusieran–, y por la mañana, mi padre se las comía. Es algo que recuerdo de las costumbres de la casa.

Katuska Blanco. Usted lo describe y me imagino las naranjas muy frías y jugosas por el rocío. En Galicia hay una vieja costumbre en el Día de San Juan. Su abuela Antonia Argiz, allá en Láncara, dejaba a la intemperie una palangana con agua para lavar a sus hijos a las 12:00 de la noche y librarlos del poder mágico de las brujas. Eran aguas milagreras también contra las penas. En la madrugada, el rocío es agua maravillosa que bendice los campos y la vida. Otras veces, las aguas mágicas las trae un pájaro en el pico y las deposita en la fuente de la aldea, donde luego se bañan los vecinos para espantar hechizos. Probablemente su padre tenía todo eso en la memoria mientras ponía las naranjas al sereno, allá en Birán.

Fidel Castro. Recuerdo muchas escenas. Mi padre siempre fue muy cariñoso. Era, por lo general, un hombre de carácter, tenía mal genio, inspiraba respeto. Pero no discutía mucho ni estaba regañando. Era el símbolo de la autoridad.

Un poquito mayor, yo le tenía cierto respeto a mi padre, pero en aquella edad de cuatro o cinco años, nos pasaba la mano por la cabeza, como una forma de acariciar. Detalle muy significativo dado su carácter, siempre con preocupaciones, siempre trabajando, muchas veces protestando, otras peleando. Era una de las cosas que él hacía: pasarnos la mano por la cabeza.

Mi madre se ocupaba más de la disciplina: «Ha y que acostarse», imponía. Se encargaba de poner el orden en todo y de atendernos, taparnos con la frazada, todas esas cosas, especialmente cuando nos enfermábamos. Mi madre decidía cuándo había que tomar alguna medicina si estábamos mal del estómago –muy corriente en el campo–, cuándo teníamos que tomar el

tradicional purgante. Se acudía mucho al método de limpiar a los muchos cuando tenían alguna indigestión.

También mi madre aplicaba correctivos, nos sonaba las nalgas de vez en cuando, la verdad, no con la frecuencia que habría sido necesario. No hay que olvidarse: en aquel período ya nosotros estábamos libres.

La madre era, por entonces, y después, el médico de la familia: los distintos cocimientos, si había que tomar un té, o una hierba medicinal –se practicaba bastante el tratamiento con hierbas medicinales–. Era la médica de nosotros. Ella decidía cuándo teníamos que tomar un purgante de agua de Carabaña. Más suave, pero muy efectivo –había uno que tenía que taparse la nariz–, te tapaban la nariz y decían: ¡Tun, tun, tun, tun! Hasta que se tomaba uno el vaso de agua de Carabaña. ¡Era peor el de aceite de ricino! Después supimos que uno de los métodos que utilizaba la policía de Batista, en su primera etapa, era darles purgante de aceite de ricino a los opositores. Y en mi casa, a mí, que no hacía política, cuando tenía problemas del estómago, decidían darme aceite de ricino. Era espeso y muy desagradable. Lo mezclaban con malta de cebada, malta dulce –se hace con la cebada, pero no tiene alcohol, sino agua gaseosa, como la cerveza–. Mezclaban la maltina con el aceite de ricino y se tomaba: ¡Tun, tun, tun! ¡Aquello era el hospital!

Claro, había otro procedimiento curativo en mi casa, muy campesino –no sé si tendrá alguna base científica, pero sospecho que no, porque hoy no se utiliza–. Cuando había una indigestión, dolor de estómago, venían algunas personas que se suponía que sabían algo de medicina, le registraban a uno el estómago, diagnosticaban un empacho, es decir, una indigestión, y luego, con aceite de comer, le daban masajes a uno...

Katiuska Blanco. Ahora está contraindicado, y tantas otras medicinas y viejos procedimientos. Mi madre utilizaba mucho el cocimiento de anís estrellado y las gotas de Aballí... Pero hoy, ya no se puede...

Fidel Castro. A nosotros nos daban unos masajes, al final nos ponían boca abajo, a la altura de la columna vertebral nos tomaban la piel, la halaban hacia arriba, y cuando traqueaba lo dejaban a uno tranquilo, decían que ya le habían sobado el empacho y estaba bien. En realidad, los problemas principales en el campo eran siempre los problemas intestinales. Al fin y al cabo, uno saca la conclusión de que, con tales procedimientos, está vivo de milagro. Pero probé cocimientos, tomé purgantes y me hicieron todos los remedios caseros y campesinos de la época.

También recuerdo otra cosa: nos daban vitaminas, aceite de hígado de bacalao. Era muy bueno, aunque tenía su tufito a bacalao... Lo tomábamos, pero en cucharadas.

Nos daban emulsión de Scott, también a base de aceite de hígado de bacalao. Era un medicamento de color blanco, que tenía casi el espesor de la leche condensada. No sé de qué lo harían, pero tenía, además de aceite de

hígado de bacalao, un poquitico de azúcar. Se compraba en la farmacia y en la etiqueta –era una marca americana– tenía a un hombre con un bacalao a la espalda. Aquel era –digamos– el emblema, el símbolo.

Katiuska Blanco. Aún existe ese medicamento y con el mismo emblema, solo que ahora lo fabrican saborizado; lo ha y de fresa, naranja y uv a. El frasco ya no es de cristal, sino plástico, pero sigue siendo de color ámbar y con la figura del hombre y su pez a cuestras.

Fidel Castro. Yo tomé bastante aceite de hígado de bacalao, vitamina A y otras vitaminas, que eran de los medicamentos que daban en mi casa, de acuerdo con la medicina familiar; y mi madre nos curaba a nosotros, y a mi padre además.

Mi padre, a veces, si tenía problemas de los riñones, tomaba guizazo de Baracoa, una pequeña planta que decían ser buena para estos males. Una serie de plantas eran útiles en estos casos; podían ser enfermedades del estómago, del hígado, de la vesícula biliar, o podían ser de los riñones, plantas medicinales para los más disímiles problemas.

Ella lo sabía por tradición campesina y familiar. A mi casa realmente no iba nunca un médico, no recuerdo ninguno. Si alguien se hería, iba al central Marcané, a cuatro kilómetros, y un médico allí resolvía tal problema. Pero en mi casa no recuerdo que nos atendiera un médico, nunca.

Katiuska Blanco. Existía una tradición desde los tiempos de la guerra. Los mamabises en la manigua conocían las plantas medicinales y los remedios para curar las heridas y enfermedades. Lina seguro aprendió con su mamá doña Dominga, cubana de una estirpe muy antigua. Aún así, por la falta de atención médica morían muchas personas, entre ellas su tía Antonia.

Fidel Castro. En casa, por ejemplo, pasamos todas las epidemias: varicela, sarampión. Para el sarampión nos hacían tomar un cocimiento de la pelusa de maíz, cuando teníamos varicela, nos daban algunos baños. Nunca fuimos vacunados contra el tétanos, y estábamos rodeados de animales de alambres y de hierro. Pienso que debo de haber recibido alguna inmunización natural, quizás, de pequeñas heridas, porque con las cosas que me pasaron era para haber sufrido unas diez veces el tétanos: heridas con alambres, con clavos, con todo; ¡nunca me vacunaron contra el tétanos! Solo lo estábamos contra la viruela, es la única vacuna que recuerdo. No había contra la poliomielitis, contra ninguna de las enfermedades para las cuales hoy existen vacunas. La única de la que tengo memoria me la pusieron en la pierna derecha, por ahí tengo la marca todavía, fue la de la viruela. Después, adulto, cuando viajé al exterior, más de una vez me vacunaron, pero ya no me producía reacción, estaba inmunizado desde muy chiquito.

De todo me acuerdo, y por eso digo que mi madre era una mujer muy activa y de mucho carácter. Una persona muy bondadosa, cariñosa, dulce, mas era la que nos imponía autoridad. Nosotros teníamos mayor confianza

con ella, a pesar de que mi padre no nos regañaba ni ponía la disciplina, tenía la aureola de respeto, y con la madre había mucha más confianza. La tratábamos con más naturalidad. Ella nos regañaba, peleaba con nosotros y nos castigaba también. El tipo de castigo en mi casa consistía –cuando teníamos un poco más de edad, seis, siete, ocho años– en que ella tenía una correa, un cinto y nos amenazaba. Un cinto de piel colgado allí en uno de los pasillos, en un lugar donde se ponían sombreros y de todo. Había una fusta también, de esas con las que se les daba a los caballos; nunca nos dieron con ella pero nos amenazaban. Un poco más grandecitos nos podían dar un cintazo, si nos alcanzaban.

Katiuska Blanco. Angelita me contó algunas anécdotas. Dice que usted era muy inteligente, porque cuando iban a la desbandada, de pronto se detenía y se inclinaba para que Lina pudiera pegarle; en aquel momento ella decía para sí: «¡Qué bueno es él! ¡Qué cívico! No mi hijito, si tú no tienes culpa, la culpa es de los mayores...». Entonces no le pegaba con el cinto y se iba a buscarlos a ella y a Ramón que seguían corriendo para que no consiguiera alcanzarlos

Fidel Castro. Nosotros éramos corredores de velocidad, ¡brincábamos y nos íbamos, nos escapábamos! Por alguna travesura podían darnos un cintazo solo por sorpresa porque y a sabíamos cuando habíamos hecho algo incorrecto e íbamos a recibir algún castigo y no podían sorprendernos fácilmente. En verdad se trataba de un castigo no muy riguroso, no era un castigo físico, era un poco moral, un poco la amenaza –muy corriente entre los campesinos–, si podían capturarnos, si dejábamos tiempo, lo cual casi nunca ocurría porque nos escapábamos.

Más adelante, con un poco más de malicia, Ramón y yo, no Angelita –ella no tenía tantos problemas, no recuerdo que la hubieran castigado, pero a Ramón y a mí sí, con frecuencia nos advertían que iban a tomar medidas represivas contra nosotros–, lo que hicimos en un momento determinado fue agarrar todos los cintos y todo lo que pudiera servir para darnos, y los desaparecimos.

Más o menos yo tenía seis años. Nosotros, desde muy temprano, como medida preventiva, adoptamos una determinación: no podía haber un cinto allí colgado, nada que pudiera servir para castigarnos. Cualquier objeto similar lo tirábamos por el inodoro en el río, en un pozo y lo desaparecíamos. Era la medida con la que nos defendíamos pero ya eso fue un poco más adelante.

Katiuska Blanco. El 23 de septiembre del año 2003 –el día en que su mamá habría cumplido 100 años–, usted confesó que mientras más sentía algo, más lo guardaba. Dijo que era difícil abrir su corazón, un corazón siempre cerrado a las cosas más íntimas. Explicó que su padre también era un hombre muy sentimental, pero callado. Y de su madre dijo que siempre hizo el mayor esfuerzo para que usted pudiera estudiar. Se refirió al sufrimiento de ambos, ocasionado en parte por usted y sus hermanos como

consecuencia de sus luchas y de los años que estuvieron en peligro. Habló de sus padres con especial agradecimiento por la rectitud y la ética con que los educaron y afirmó: «Uno les debe todo a los padres. Ellos nos dan su sangre, ellos comparten entre dos su naturaleza y nos la entregan a todos, y lo hacen de tal forma que ninguno es igual, pero lo mejor que tenemos, aun desde el punto de vista físico, lo hemos recibido de ellos, que nos dieron la vida». Después, en las respuestas al periodista Ignacio Ramonet, al recordarlos, flotaban en el aire de la conversación la ternura, el respeto y la admiración. El testimonio sobre su madre es realmente conmovedor...

Fidel Castro. Ella era muy alegre y jugaba mucho, bromeaba. Pasaba su tiempo atendiéndonos, cuidándonos cuando estábamos enfermos, preocupándose por cualquier cosa que nos pasara; no era muy formal, no era persona de estar besando a los hijos, acariciándolos constantemente, sino atendiéndonos, preocupándose por ellos, por todos los detalles, desde la ropa, la comida, si estábamos enfermos, la preocupación por nosotros. Aparte de esto, teníamos un grado de libertad grande, porque mi padre y mi madre tenían mucho trabajo.

Mi madre dirigía la casa, pero no cocinaba, allá trabajaba una cocinera; no lavaba porque tenía lavanderas. Ella limpiaba la casa. Recuerdo que la prima que quedó huérfana también trabajaba un poco, ayudaba. Vivía con nosotros igual, pero su estatus era, en parte, como un familiar y, en parte, el de alguien que hacía algunas actividades domésticas en la casa, aunque yo recuerdo que cuando chiquita iba a la escuela. Después vinieron más hermanos, y allí no hubo nunca alguien que atendiera a los niños, de eso se ocupaba la madre, el tiempo que podía dedicarnos. De modo que desde muy temprano teníamos un nivel de libertad muy grande, medio salvajes. Viendo los animales, los caballos, aprendiendo a montar a caballo muy tempranito.

Mi caballo se llamaba Careto; cada cual tenía uno. Creo que me lo darían—tengo que recordar— a los seis o siete años, y lo tuve mucho tiempo, como diez años quizás. Yo quería bastante a aquel caballo.

Angelita tenía uno. Ramón tenía otro de color cenizo. Mi caballo era más chiquito, muy inteligente, arisco, le gustaba escaparse, era de color dorado con la cara blanca. Parecía un Hereford, y le llamaban Careto, que quiere decir el de la cara blanca. Era inquieto, muy vigoroso, muy veloz. Antes de tenerlo ya yo montaba algunos caballos, entre ellos el de Angelita. El de Ramón no, porque era más grande. Más adelante hacíamos competencias.

Katiuska Blanco. Un antiguo proverbio indio sugiere: «Cuenta tu aldea y contarás el mundo», es algo así como descubrirnos iguales en cualquier punto remoto del planeta. En su caso, siempre he pensado: «Cuenta de Birán y develarás el alma, la inspiración de Fidel». Siento que su sensibilidad y pasión por los demás nació en aquella pequeña localidad.



¿Será porque allí están las claves de su vida que le confesó a Gabriel García Márquez con voz susurrante: «La escuela fue mi círculo infantil y Birán mi Aracataca»? ¿Cómo recuerda el lugar, los amigos, el monte, los árboles, los trabajadores del batey, los vecinos...?

Fidel Castro. Allí estábamos mezclados con la gente, con los trabajadores, en el ambiente natural con los animales, con todo. Era mucho el contacto que teníamos con la naturaleza, realmente, desde pequeños; y estábamos libres casi todo el tiempo, porque no había ningún niño en la casa ni nada de eso. Alguien cocinaba y mis padres se encargaban de todas las cosas. Esto trajo como resultado que –yo no sé lo que pasó con Angelita o lo que pasó con Ramón, solo puedo dar testimonio de lo que pasó conmigo– no hubiera una persona que se ocupara de los muchachos. Éramos libres, con la única obligación de ir a comer en tiempo.

Mientras mi padre atendía la administración, mi madre también lo ayudaba, porque tenían tienda de víveres, tienda de ropa, ferretería, almacén, panadería, lechería, carnicería, ¡hasta botica! Había de todo allí. Mi madre se ocupaba de administrar dichos negocios, y mi padre, en general, de todas las cosas. Ella invertía mucho tiempo, porque hasta la valla para las lidias de gallos, que alguien tenía arrendada, pertenecía a la familia.

La finca tenía como 800 hectáreas de tierra propia y alrededor de 10 720 hectáreas arrendadas. En mi casa eran dueños de más de 11 000 hectáreas, de una forma o de otra. Las tierras arrendadas pertenecían a Carlos Hevia y Demetrio Castillo Duany, veteranos de la Guerra de Independencia, enriquecidos después con la intervención norteamericana. Los adquirieron casi regalados, pagaron la hectárea muy barata, a menos de un dólar. Ellos vivían en La Habana y no explotaban dichos terrenos, por eso mi padre firmó un contrato para sembrar caña allí.

Claro, como mi padre era de origen muy humilde, campesino en Galicia, mi madre también, de Pinar del Río, de origen muy humilde; no tenían una cultura de terratenientes. Ellos habían logrado reunir cierta riqueza, tierras, todo eso, pero no tenían una cultura de terratenientes, de burgueses. Mi madre y mi padre eran autodidactas, aprendieron solos a leer y a escribir con muchas dificultades. Una de las cosas que yo recuerdo de mi madre es cuando leía con lentitud y escribía con dificultad. Ella leía, estudiaba casi todos los días; mientras mi padre trataba de leer el periódico u otras cosas, mi madre estaba estudiando, y me acuerdo que prácticamente deletreaba.

Había una escuela. Las dos únicas edificaciones que no eran propiedad de la familia eran el correo y dicha institución. Como tampoco había círculo infantil, desde que aprendí a caminar me mandaron para el aula. ¿Para dónde me mandaban durante el día? Sencillamente para la escuela, y yo iba con Angelita y Ramón.



La escuela pública también era de madera, sobre pilotes, pero bajitos, porque el terreno era inclinado. Me sentaban en la primera fila. Tenía que estar oyendo todas las clases, era una escuela multigrado, de 20 o 25 alumnos, cada uno en distinto grado. Recuerdo la fecha en la pizarra: tal día de noviembre del año tal. Creo que me acuerdo de aquello desde 1930, posiblemente menos. Desde muy temprano aprendí los números, las letras, a leer, casi sin darme cuenta, porque veía lo que estaba haciendo todo el mundo. Por supuesto, también me enseñaban el himno, me enseñaban algunos versos de Martí que uno recitaba de memoria, algunas poesías muy sencillas.

Me pareciera como si siempre hubiera sabido leer y escribir, porque no me acuerdo de cuando no sabía hacerlo. En dos palabras: no tengo idea de cuándo aprendí, porque desde que estaba en la escuela recuerdo que leía y escribía, leía la pizarra. No sé qué método pedagógico emplearon conmigo, pero sí sé que, como no había otro lugar donde mandarme, me enviaron a la escuela con los dos hermanos mayores. Íbamos por la mañana y por la tarde.

En mi memoria están la panadería, la tienda, el correo, casi todo lo que había: los árboles frente a la tienda, frente a la panadería, la escuela, la gente que vivía frente a la escuela, el lugar donde peleaban los gallos, otras casas. Parece que en una época se ofrecían viviendas mejores, nunca llegó a dársele un destino a aquella casa. Está todavía allí y viven algunas personas. Detrás de la tienda hicieron otra casa de dos plantas con piso de cemento, que debe de haber sido anterior a que yo naciera; una panadería y una fonda, donde comían los trabajadores, y otras viviendas.

Yo correteaba por allí, caminaba. Me acuerdo del lugar exactamente como si lo estuviera viendo, de memoria.

No muy lejos estaba la valla de gallos. Yo también iba a ver las peleas. Era un espectáculo. En Birán no había cine, no había nada, estaban las casas y las casuchas de guano de los trabajadores haitianos, los barracones donde ellos vivían. Gente muy abnegada, muy sufrida, muy laboriosa, vivían con muy poca cosa, muchos de ellos aislados, solteros. Casi no había mujeres, una mujer era compartida por muchos, había una especie de poliandria; una mujer que mantenía relaciones –no era una prostituta– con muchos haitianos. Eran guetos allí. Se trataba de inmigrantes procedentes de Haití. Posiblemente había mucha pobreza en su país y los trajeron en los primeros años de la República, cuando las empresas norteamericanas comenzaron la gran expansión de la agricultura cañera en Cuba y no alcanzaba la fuerza de trabajo

Ya no existía la esclavitud, sino obreros supuestamente libres. En realidad, aquellos trabajadores haitianos eran mucho más económicos que los esclavos para las empresas norteamericanas y para los terratenientes. El dueño tenía que vestir al esclavo, alimentarlo, cuidarle la salud, porque, como era una propiedad, no quería perderlo. Pero los obreros inmigrantes malvivían

abandonados a su suerte. Cuando trabajaban recibían un salario muy bajo . Como regla, nadie se ocupaba de sus zapatos ni de su ropa ni de su alimentación ni de sus medicamentos. Si morían, el dueño de la tierra no perdía nada.

Yo conocí, y puedo razonar mucho sobre todo aquello , un sistema de explotación más ventajoso, pero a tan corta edad no podía darme cuenta de nada, ni siquiera cuando tenía seis o siete años . Aquello me parecía tan natural como la lluvia, el Sol, la luna, los árboles, los animales. Me parecía parte de un orden natural de cosas: el telegrafista era telegrafista; la maestra era maestra, daba clases; el vaquero atendía los animales y andaba a caballo; el carnicero sacrificaba; el cocinero cocinaba; el tenedor de libros llevaba las cuentas; mis padres mandaban en la casa, administraban todo, y eran los dueños.

Relativamente desde temprana edad percibí una cierta situación diferente: no tenía necesidades materiales, no tenía hambre, todo abundaba; no se carecía de nada.

En mi casa no había luz eléctrica ni transporte motorizado , todo era a caballo, cuando y a muchas familias, con menos recursos que la nuestra, tenían electricidad, refrigeración y vehículo de transporte.

En una época muy temprana hubo uno de aquellos vehículos de los años 20, de los que se les daba cranque, como los que aparecen en las películas de entonces. Mi madre manejaba, ella contaba que no tenía velocidad, era de pedales nada más. Luego hubo un largo período cuando yo tenía seis, siete años, que en mi casa no hubo automóviles, hasta mucho después. Creo que en mi casa volvió a existir un automóvil cuando yo tenía 10 u 11 años, que compraron un pisorre. En aquel entonces no existían los jeeps, no había carreteras, los caminos eran de fango, totalmente. En época de lluvia no se podía transitar. Las mercancías se traían en carretas de bueyes, que iban a buscarlas hasta la estación del ferrocarril nacional, a cuatro kilómetros , o al ferrocarril cañero, a un kilómetro de mi casa, y venían en un pequeño vehículo de ferrocarril autopropulsado . Una de las vías utilizada por mi familia era un motor de línea.

No era una vida de comodidad, con electricidad y todas esas ventajas modernas; tampoco había radio en mi casa. Tuvimos radio por primera vez cuando yo tendría nueve o diez años. Los periódicos sí llegaban.

Para mí, lo que veía allí era un orden natural. Claro la gente nos trataba con cierta distinción, con respeto, porque era la familia del propietario . Los trabajadores eran siempre amables con nosotros, posiblemente nos toleraban cosas

En realidad, desde que pude percatarme de lo que acontecía a mi alrededor, ya estaba en la escuela. Habría que ver cuándo aprendí a leer y escribir algo. No sería extraño que fuera a los cuatro años; porque también, el muchacho que está suelto, con la naturaleza, con un trato con la gente, se adapta más rápido a las realidades, ve cosas nuevas, observa y aprende mucho.



Katiuska Blanco. Su padre primero fue contratista de la United Fruit Company y luego, en 1924, como colono, firmó un convenio con el central Miranda, propiedad de una compañía norteamericana. Sus tierras estaban rodeadas por todas partes de empresas estadounidenses. ¿Don Ángel tenía buenas relaciones con los norteamericanos? ¿Usted los recuerda? ¿Algunos visitaban su casa?

Fidel Castro. El central Miranda era propiedad de la Miranda Sugar Company, una empresa que poseía varios centrales azucareros. Aquella empresa era, tal vez, dueña de más de 150 000 hectáreas; pueden haber sido 200 000 hectáreas. Era una cadena de centrales que llegaba casi hasta la costa sur de Cuba. Creo que mi padre enviaba al central azucarero alrededor de 35 000 toneladas de caña. Pueden haber sido entre 30 000 y 40 000 toneladas, cortadas durante la zafra; se molían en el central azucarero aproximadamente a 27 kilómetros de mi casa.

En la finca se producían también pequeñas cantidades de vegetales, hortalizas y cítricos para el autoabastecimiento.

El cultivo comercial principal de mi padre era la caña, y la producción dependía más o menos de cómo se comportaba la demanda de azúcar en el mundo. Hubo períodos de precios muy elevados, antes de que yo naciera. Después de la Primera Guerra Mundial sé que hubo un período de precios muy altos, lo oí decir. Le llamaban la Danza de los Millones. Todo el mundo hablaba, en la Primera Guerra Mundial, de aquellos precios tan altos, y todo el mundo recibía ingresos importantes. En el período en que empiezo a tener uso de razón, estaban más deprimidos los precios, la demanda estaba deprimida. Se iniciaba en Cuba una etapa de crisis y de hambre muy grande.

De todas maneras, con tal producción cañera, serían unas 600 hectáreas sembradas solo de caña; lo que dependía de la cuota fijada por el central azucarero a los distintos plantadores, asunto siempre de mucha discusión y considerado muy importante.

El central azucarero norteamericano, la United Fruit norteamericana y su administrador, creo que se llamaba *mister* Morey, eran muy mencionados en casa; oía hablar de algunos *misters*: el *mister* del central Preston, de la United Fruit Company; *mister* tal y *mister* tal, muy importantes; y también de algunos norteamericanos que vivían en el central Miranda; el administrador, un personaje muy importante, el más importante de aquel central azucarero, y el otro que administraba el central de Marcané. Eran importantes personajes, administraban la propiedad más relevante de la región, que era el central azucarero, y eran norteamericanos. Claro, ellos habían construido aquellas industrias, habían invertido, habían establecido centrales grandes, eficientes, con métodos de administración muy rigurosos y en condiciones de mucha pobreza de los braceros, verdaderamente.

Ellos instalaban los centrales, las líneas de ferrocarril..., y establecían sus funcionarios, sus empleados. Los empleados más altos eran norteamericanos, los otros eran cubanos; por ejemplo, el que administraba un área cañera, en



general, era cubano; aunque a veces las áreas principales de caña también las administraban extranjeros, es decir, el central y los cañaverales más importantes.

Los empleados de ellos, selectos, vivían con la familia en el central, en casas de madera, por lo general, en barrios especiales, exclusivos, unas casas típicas bonitas, con áreas verdes, telas metálicas, electricidad, refrigeración, buenos muebles, buena alimentación y buenas tiendas donde compraban productos importados de Estados Unidos, entre otros. Ellos disponían de tales comodidades.

Allí vivían los principales funcionarios norteamericanos y los más altos empleados cubanos, a lo mejor el que dirigía el ferrocarril, el transporte. El médico del central azucarero solía vivir allí también. Formaban una pequeña sociedad local, y disfrutaban de todos los servicios a su disposición. No tenían problemas y vivían bien, ordenadamente, con mucho respeto de los empleados y subordinados dependientes de ellos, porque el administrador americano decidía quién trabajaba y quién no.

Al empleado de confianza ellos trataban de rodearlo de cierto bienestar, seguridad y consideraciones porque era el núcleo en el cual se basaba la administración y la dirección del central. Por debajo de ellos estaban, en distintas escalas de salarios, los obreros de los centrales azucareros, quienes laboraban tres meses y medio, cuatro meses al año. Los obreros agrícolas eran los peores, trabajaban también tres o cuatro meses al año, en algunas tareas aisladas, intermitentes, en los cultivos.

Ellos cultivaban al mínimo, porque eran realmente eficientes, con una economía despiadada en relación con toda aquella masa de trabajadores industriales y agrícolas, de inmigrantes haitianos, quienes en realidad vivían muy mal, pasaban hambre y sufrían mucho. Se alimentaban con boniato, algún maíz tostado, granos y tubérculos; carne no consumían prácticamente nunca, ni leche. A veces comían bacalao salado, trasladado en barriles desde Noruega, no siempre. Vivían en condiciones terribles.

32

Yo oía hablar de *mister* tal, de *mister* más cual, del administrador, un personaje en el central, no de los dueños. Eran compañías anónimas. Los propietarios vivían en Nueva York, Estados Unidos, eran accionistas que recibían los dividendos. Los administradores eran poderosos. No oí a nadie decir que eran crueles, despóticos; no, eso no lo oí decir. Desde luego, no podía hacerme idea de quiénes eran, ni por qué aquello pertenecía al orden natural de las cosas. Eran personajes con los cuales uno entraba en contacto cuando venía al mundo.

En tal ambiente de campo y trabajadores existía mucha ignorancia, resignación y sentido de inferioridad. Todos miraban a dichos personajes como gente por encima de ellos, muy por encima, privilegiados; y vivían en medio de una gran resignación; sin que supieran por qué sufrían necesidades; no podían explicarse las causas. Parecía también un orden natural: todos los trabajadores que vivían en un bohío, a la orilla de un camino, llenos de hijos; hijos, una parte de los cuales moría todos los años por epidemia

de gastroenteritis, por enfermedades de todas clases; a veces asolaban epidemias de tifus y otras enfermedades. Ellos vivían resignados, sufriendo la miseria, el hambre, muchas veces desorganizados. No había ninguna organización obrera, sindical. Los obreros agrícolas, por lo general, estaban desorganizados también, sin sindicatos. La atmósfera predominante era contraria a que la gente se organizara. La autoridad allí era la Guardia Rural. Una pareja de guardias rurales salía de un pequeño cuartel, en un central azucarero –porque en cada central azucarero había un grupo de soldados, podían ser 10, 12 o 15 soldados, y tenían un sargento, a veces un teniente y un cabo al frente–. Era la Guardia Rural que organizó Estados Unidos al principio de la República. Le pusieron armamento norteamericano, reglamento norteamericano, uniforme norteamericano, sombrero de estilo norteamericano, de castor, creo que le llamaban.

Cada uno de aquellos cuarteles estaba incondicionalmente bajo la subordinación del central azucarero. A estos puestos les llamaban cuarteles de la Guardia Rural, no eran muy numerosos, se encontraban ubicados en los centrales azucareros y pertenecían a una capitania del municipio de Mayarí –nosotros vivíamos en Birán–; allí un capitán era el responsable de toda el área, de los distintos centrales, y era un cuartel más grande.

Las autoridades estaban totalmente al servicio de la administración del central y de los terratenientes. Además de su salario, tenían ciertos privilegios, ciertas regalías que les daban los terratenientes en los centrales azucareros. Recibían regalos, distintas cosas. Tenían un nivel de vida por encima de los trabajadores. Eran incondicionales, perros guardianes, eran guardianes realmente de la propiedad. Ellos se enfrentaban a cualquier huelga, arrestaban, disolvían con los fusiles, con el plan de machete o con los caballos. Era la Guardia Rural montada, con caballos grandes que se adquirían también en Estados Unidos, les llamaban caballos de seis cuartas o siete cuartas. De Texas venían muchos de los caballos de la Guardia Rural, caballos grandes, bien alimentados, comían avena, cereales; también eran símbolo de autoridad.

Entonces, la presencia de los soldados con el rifle, el machete, los caballos grandes, imponía una autoridad total, frente a la cual se sentía impotente todo el mundo, menos los propietarios. Mientras que el trabajador y la gente humilde veían con mucho respeto y temor aquella autoridad, los terratenientes, los administradores de los centrales azucareros, los altos funcionarios, veían al servidor de ellos encaramado en el caballo, era un clima así.

Por entonces yo no lo sabía. Cuando recuerdo todo, veo cómo funcionaba, como si lo viera todos los días, aquella sociedad, aquel sistema. Pero así era, y era un reloj, porque el sistema funcionaba con una gran estabilidad.

Mi padre se quejaba a veces de algunos funcionarios estatales, inspectores corrompidos que iban a inspeccionar las tiendas, los establecimientos

comerciales y productivos, el pago de los impuestos, el cumplimiento de las normas sanitarias, de las distintas leyes; eran inspectores sanitarios, inspectores agrícolas, inspectores de comercio, inspectores de trabajo.

Aquella gente, absolutamente corrompida, vivía de las prebendas. Ellos no inspeccionaban nada, ni los libros ni los impuestos. Por ejemplo, si se expendían bebidas alcohólicas en una tienda, iba el inspector de bebidas –podían ser inspectores del Estado o del municipio o podían ser inspectores también de las carnicerías–. La situación servía de pretexto para que existieran también inspectores. Una plaga corrompida que recibía un sueldo, pero sus mayores ingresos eran los que obtenían de la agricultura, de las oficinas, al inspeccionar las tiendas, las carnicerías.

No exigían nada y recibían dinero. Todo podía estar normal, pero usted no resolvía nada, pues de todas maneras tenía que darles dinero a los inspectores; y todo podía estar mal, no pasaba nada, pero de todas maneras tenía que darles dinero a los inspectores. Y eso, precisamente, no estimulaba el cumplimiento de las leyes ni los reglamentos. A mi padre lo oía protestar por aquellos personajes. Del gobierno... algunas quejas: que si las cosas andaban mal, que si andaban bien. Siempre, en general, había quejas, porque cuando había crisis económica bajaba el precio del azúcar.

No oí a mi padre quejarse de los norteamericanos, más bien los trataba con amistad, respeto; puede ser también que admirara su capacidad de organización, su eficiencia administrativa, el funcionamiento del central, y tenía relaciones económicas con ellos. En general, siempre habló de ellos con respeto. Recuerdo que solían ser serios en el cumplimiento de los acuerdos. Ellos hacían sus negocios: «Te doy el 50 %» –decían–, y daban el 50 %. Eran estrictos en tal aspecto.

Mi padre posiblemente veía al Estado como un mal necesario e inevitable, porque la imagen que tenía de los políticos era muy mala, de todos. Eran funcionarios corrompidos, pedían dinero, exigían dinero, robaban. Muchos hombres de negocios, agricultores, dueños de plantaciones, atribuían los problemas a la mala administración, a la corrupción, al robo, al proceso en general.

No era una crítica muy acre, muy amargada, era más o menos normal, aunque siempre trataba con mucho respeto a las autoridades, al Estado; era el respeto para el Estado, para los dirigentes, para el gobierno, para los políticos. No había buena opinión pero los consideraba personas que tenían una jerarquía y un papel que desempeñar, y debían ser tratados con las debidas consideraciones. El alcalde era un personaje que debía ser respetado; igual un diputado, un senador, distintas gentes con jerarquías, acreedores también de su respeto.

Del sistema, por supuesto, no; no le oía hablar sobre tal tipo de cuestión.

Aunque mi padre era de origen campesino le gustaba leer los periódicos, libros de historia; mostraba gran interés por la temática histórica, por los

personajes históricos, más de una vez lo oí hablar con admiración de alguno de ellos. Cuando había radio escuchaba las noticias. Naturalmente, sus ideas, cuando ya yo tenía uso de razón, se correspondían con las ideas de un hombre más bien conservador, propietario. Él tenía las ideas de un terrateniente con intereses creados, alguien establecido. Así es desde el punto de vista político y social, aunque desde el punto de vista humano fue una persona muy generosa, muy solidaria con la gente.

En mi casa prevalecía una circunstancia: Birán se encontraba rodeado de grandes centrales azucareros, empresas azucareras norteamericanas dirigidas por administradores, cuyos propietarios permanecían en Estados Unidos, en Nueva York. Toda aquella gente tenía un presupuesto de gastos riguroso: para limpiar la caña, una limpia en tal mes en tales condiciones. Todo era en efectivo, no había crédito para nadie en las tiendas de dichas empresas. Ellos pagaban en efectivo el salario que correspondía, y cuando no había trabajo, miles de gentes no tenían a dónde acudir para pedir un centavo, para que les dieran crédito. Los que podían decidir estaban en Nueva York, ni siquiera el administrador tenía facultad para un crédito.

Mi padre era propietario de aquellas hectáreas o arrendatario de tierras, de cañaverales –la ganadería, la madera también era otra cosa porque había bosques–; y como estaba allí podía tomar decisiones. En la época del tiempo muerto –la de mayor penuria para la gente–, muchas de aquellas personas iban a mi casa a ver a mi padre para pedirle ayuda o algún trabajo, y mi padre les daba empleo.

Las cañas más limpias de Cuba eran las de mi casa, porque mi padre le daba trabajo a la gente para que ganara algún salario. No estaba regido por un criterio económico de que lo correcto es esto, gastar tanto –como hacían los norteamericanos con todos sus latifundios–, y muchos le pedían un crédito en la tienda para pagarlo luego, y él se lo daba. Tenía un contacto directo con la gente, era accesible, porque salía a caballo a recorrer y lo abordaban en el camino, lo llamaban, le explicaban su problema, le pedían y así...

En Birán se fue asentando mucha gente. Las familias de los trabajadores iban creciendo. A los que venían de aquellos latifundios a buscar algún trabajo, siempre les dio algún lugar donde asentarse. Una característica de él es que ayudaba a la gente, en todo momento les daba amparo. Era imposible que les dijera que no, siempre se compadecía de ellos de una u otra forma, a veces les entregaba una orden para la tienda, un empleo, alguna ayuda.

Katiuska Blanco. Su hermano Ramón define a su papá como un ermitaño que solo salía de Birán para ir al médico, alguien que se comportaba como un comunista sin saberlo, porque allí en su finca no se acostaba nadie sin comer. También cuenta que en la seca, cuando no había trabajo, los



campesinos traían cubos de agua del río para sembrar caña, porque don Ángel siempre quería que los obreros trabajaran. Invariablemente estaba dispuesto a ofrecer empleo aunque no necesitara el trabajo de un hombre. Ramón asegura que había campos de caña con 35 años sin fertilizantes; permanecían limpios porque la virtud del viejo era emplear todo el año a la gente... También cuenta que su padre mataba un buey, una vaca, y su mamá lo despachaba y le preguntaba: «¿Cuánto le sacaste al buey? ¿Cuánto vendiste?». Y él respondía: «Doscientos pesos», pero todo apuntado, ni un solo peso en efectivo.

Fidel Castro. Él era espléndido, no era un hombre avaro. No se preocupaba mucho por el dinero, de ahorrarlo, de la ganancia; no tenía sentido de avaricia, de egoísmo, era bastante desprendido con el dinero. Mi madre criticaba eso, porque siempre fue muy rigurosa y defendía con cierto instinto materno la administración del dinero. Ella era más difícil, pero mi padre siempre fue más espléndido.

Él no tenía la cultura que habría tenido el hijo o el nieto de un terrateniente, con una vida más sofisticada. Trabajaba allí desde muy temprano, convivía con la gente, era un campesino que había adquirido una posición de mando, de administración, de dirección de una riqueza personal, de propiedades sobre aquellas tierras e instalaciones. Su vida era en común y, por lo menos, él era accesible, mientras que los dueños de los grandes latifundios ubicados alrededor de Birán eran inaccesibles. Ellos eran los que podrían tomar la decisión de si le prestaban un centavo o si le daban un crédito a alguien para comprar en aquellas tiendas. Eran métodos rigurosos de administración, no había nadie a quien pudiera recurrir la gente cuando tenía una situación, porque los empleados decían: «No podemos». El administrador decía: «No». Él no podía tomar la decisión, era quien enfrentaba a la gente, pero no podía tomar la decisión. Los administradores no podían dar ni un dólar para salvar una vida. Mientras que a mi casa, adonde estaba mi padre, llegaba bastante la gente de forma masiva; cuando enfermaban o cuando tenían un hijo enfermo o alguna necesidad.

Katuska Blanco. Aunque conozco que su padre en el testamento legó a cada uno de sus hijos parte de su dinero, también sé que no logró acumular grandes cantidades. Por lo que usted explica concluyo que la gente acudía a él no solo por su riqueza, sino porque era alguien próximo, alguien incapaz de dar la espalda...

Fidel Castro. Nunca oí hablar de que mi padre hubiera hecho testamento. Tal vez lo hizo. Yo me separé desde que ingresé en la Universidad hasta el año en que murió mi padre, en 1956.

Iba muy poco por allá por Birán. Desde que tenía 18 años ingresé en la Universidad. Hasta esa edad sí, todas las vacaciones iba a mi casa, pero cuando estaba en la Universidad iba unos días a mi casa nada más, de vacaciones.

No sé, debí antes preguntarles a Ramón, a Angelita y a los demás, pero no oí hablar del testamento de mi padre. Además, nunca me preocupé de preguntar eso. ¡Jamás me pregunté si heredé algo de mi padre! Al morir mi padre estoy ya en la Revolución, en México, ya estoy en la lucha revolucionaria. Creo que de mi padre recibí la vida, recibí la posibilidad de estudiar y el privilegio, entre tanta gente de aquel lugar y entre tantos niños pobres, de poder adquirir una educación, una instrucción; y aquellas circunstancias que me hicieron posible adquirir, incluso, una cultura política y revolucionaria. Es suficiente, no necesitaba más nada de mi padre; le estoy muy agradecido por todo lo que recibí de él.

Katiuska Blanco. Su padre hizo testamento en el verano de 1956, el día 21 de agosto ante un notario de La Habana. Tomó tal decisión dos meses antes de morir.

Fidel Castro. Mi padre tenía propiedades, inversiones, ingresos importantes todos los años, pero no pudiéramos decir que tuviera cantidades grandes de dinero depositadas en bancos. Él invertía allí todo, en general, en la agricultura, en la ganadería, en las instalaciones, en todo él invertía. Si mi padre hubiera seguido los métodos de las empresas norteamericanas, entonces sí habría podido reunir mucho dinero, depósitos grandes y muchas más riquezas; pero él, pudiéramos decir, tenía una economía balanceada.

A partir de un período determinado, cuando las condiciones sociales se hicieron más difíciles, pudiéramos decir que los ingresos y los egresos se equilibraban, porque aquella finca se convirtió en una especie de institución pública, de asistencia social, por lo que he dicho. Es decir, que todo lo que pudiera llamarse ganancia se habría obtenido administrando la plantación de la forma en que lo hacían los norteamericanos, y habría podido dejar una ganancia muy grande todos los años. Yo diría que todo se invertía en la asistencia que se le daba a la masa creciente de trabajadores y de gente que venía a refugiarse, eventualmente, en Birán. Tal es mi apreciación clara de lo que recuerdo; incluso, casi me daba cuenta de aquello. En cierto momento, ya adolescente, me percataba de todo, porque veía cómo trabajaban mi padre y mi madre.

Cuando iba de vacaciones, me hacían trabajar en la tienda, en la oficina, y yo llevaba muchas de las cuentas, conocía los créditos de la gente, lo que le daban a todo el mundo. En corto tiempo, pude darme cuenta –realmente es así– de que las ganancias de las plantaciones quedaban allí en Birán, en una situación social difícil. Es posible que mi padre, en los primeros años, cuando se iniciaron aquellas plantaciones –joven, mi padre llegó a tener cientos de trabajadores bajo su dirección– hubiera acumulado mucho dinero, porque faltaba gente, eran grandes inversiones. Pienso que durante un período aquella riqueza creció, hasta que llegó un momento –cuando la situación social llevó a un equilibrio–, en que no se incrementara tal riqueza.



Mi padre, en cierta ocasión, también fue productor de madera. Mencioné la caña, mencioné el ganado, pero también se explotaban grandes bosques muy cerca, sobre todo, en las tierras que mi padre había arrendado. En una meseta extensa, poblada de enormes pinares vírgenes tenía una producción importante de madera. Su venta proporcionaba uno de los ingresos importantes de la casa, los demás eran por la caña y el ganado.

La madera era de él, pero recuerdo dos aserraderos particulares, no eran de mi padre. No le interesó disponer de ellos porque el ingreso fundamental estaba en la tala de los bosques, en el suministro a los aserraderos y en la venta de la madera aserrada. Mi padre llegó a tener 17 camiones trabajando en los bosques y transportando madera aserrada.

No todos los bosques de pinos eran de mi padre, pero la mayor parte sí. Una porción pertenecía a otra empresa, que le llamaban Bahamas. Ahora, no estoy seguro... Me acuerdo de algunos de los administradores de la empresa, pudiera ser que fueran también los norteamericanos, como en el caso de los centrales azucareros. Quizás algunos lo eran, porque sí recuerdo que eran quienes distribuían la madera. Tenían también algunos aserríos, la compraban, la comercializaban; estaban asociados en tal actividad, pero no puedo asegurarlo; tampoco era una empresa muy grande. Los mayores ingresos de los bosques los obtenía mi padre, y esto y convencido de que todos aquellos ingresos se quedaban en Birán, no iban a acumular cuentas o a comprar tierras en las ciudades, o a comprar fábricas.

La situación social llegó a ser tan difícil que Birán se convirtió, en cierta forma, en una institución de asistencia social. Creo que tal hecho estaba muy relacionado con el carácter de mi padre, su generosidad y bondad; su espíritu generoso que tengo que separar en él de todo lo que recuerdo: sus ideas, ideas conservadoras, lo que pudiéramos llamar derechistas. No le gustaban los sindicatos, no se podía mencionar el comunismo en mi casa, era la peor cosa que podía existir. Se escuchaban todas las leyendas sobre el comunismo. Para mi madre y mi padre, la palabra comunismo era una de las cosas más terribles. De los sindicatos no querían saber, les parecían muy malos, una cosa que creaba caos, desorden; aunque allí no había en general sindicato.

Al final de la década de los 30 se comienzan a organizar algunos sindicatos, porque la gente empezó a tomar conciencia. Empezaron a surgir algunos comunistas entre los obreros agrícolas, unos pocos fueron siendo captados por la prédica del comunismo.

Y, claro, con mi padre había un grupo de españoles también, muy humildes, unos 10 o 12 españoles. Allí se dividían en dos grupos entre los que estaban con la República, durante la Guerra Civil Española, y los que estaban contra la República. Mi padre decía que los que estaban con la República eran comunistas. Cuatro o cinco españoles jugaban dominó con mi padre casi todas las noches o los domingos, y la discusión era eterna.

Los primeros supuestos comunistas que conocí fueron el telegrafista, un cubano; Nono y el cocinero [Manuel] García, ambos españoles; todos ellos eran comunistas para mi padre, porque estaban con la República. Posiblemente ninguno leyó nunca el *Manifiesto Comunista*, pero para mi padre eran comunistas. Es decir, se llevaban muy bien, discutían, pero no había animosidad entre ellos. Eran interminables las discusiones. De modo que en mi casa tenían sus ideas preconcebidas sobre el socialismo, el comunismo, eran las peores palabras que podían pronunciarse en Birán. Eran contradicciones, paradojas.

Así que tengo que separar en mi padre, el hombre, la actitud como ser humano, la actitud con los demás, la actitud frente a los problemas de los demás y sus ideas políticas. A pesar de que mi padre antes era un campesino muy pobre, pobrecito, sin un pedacito de tierra en Galicia. Por ahí están las fotografías de la casa donde él nació, es un bohío de piedra, una casucha de piedra, de un material que hay allá, unas piedras típicas con las que construyen los campesinos. La casa tenía una sola habitación.

Lo traen reclutado para luchar en Cuba cuando la Guerra de Independencia, y viene de soldado. Él estuvo por la Trocha de Júcaro a Morón, porque oí alguna vez hablar de ello. A pesar de todo, parece que era un campesino avisado, listo.

Cuando se acaba la guerra, lo repatrian a España, donde había una gran emigración también, en toda la región de Galicia, por exceso de población. Él vino a Cuba, un hermano fue a Argentina, y una hermana quedó en Galicia; ella tenía un pedazo de tierra allá y la trabajó hasta los 80 años, muy pobrecita. A mi tía en España nunca la conocí, pero tenía noticias de ella.

Mi padre había sido un campesino muy pobre pero sus ideas políticas y su posición sobre todos estos problemas estaban determinadas por su condición de nuevo propietario, de terrateniente. Él tenía, digamos, una conciencia de clase, una ideología que respondía a una clase, la de los propietarios, de los terratenientes; pero era un terrateniente que convivía allí con la gente y ejercía una función paternalista, con relaciones muy paternalistas con todo el mundo.

No hay que olvidar su camino por la vida. Él llegó como inmigrante, sin un centavo, sin nada, y creo que empezó... Porque yo, desgraciadamente, no pude conversar con mi padre y pedirle que me contara todo: ¿qué hizo en la guerra?, ¿cómo vivía?, ¿qué recordaba?, ¿cómo llegó a Cuba?, ¿qué hizo cuando llegó a Cuba?, ¿cuándo empezó a trabajar?, ¿cómo hizo todo?; solo algunas cosas que oí, a veces contaba alguna anécdota.

Su carácter... Recuerdo que a veces cuando salía de la casa iba a los Pinares de Mayarí, dormía allá, se reunía donde comían los trabajadores. Era muy expresivo, muy comunicativo.

Físicamente no era alto como yo, no, él era de menor estatura. No era bajito, pero no tenía la altura mía. Mi madre sí era alta, pudiéramos decir, y

también familiares de ellos de España son altos , algún sobrino de él. No era un hombre muy alto, aunque sí de complexión fuerte.

Para mí habría sido muy interesante, una maravilla conv ersar con él. Mi hermana Angelita siempre supo más y Ramón; yo sé cosas que a veces, siendo muchacho, oí comentar en la familia.

Cuando él iba con los trabajadores era muy expresiv o, muy comunicativo, conversaba. A veces lo escuché hacer algún cuento , narrar una historia de cuando trabajaba, de sus años juveniles. Pero él, seguramente, comenzó como obrero cuando las empresas norteamericanas empezaron a construir los centrales en la provincia de Oriente. Por entonces no había buldóceres, vino la tala de enormes áreas de bosque. Yo, por ejemplo, sé que las maderas preciosas se cortaban como leña para el central; tales cosas hicieron cuando se crearon los centrales azucareros.

Él posiblemente se destacó . Las empresas promo vían a la gente que se destacaba, le conferían contratos para cortar madera, para suministrar leña. En tales condiciones, en medio de aquel ambiente y en aquel espíritu norteamericano, mi padre se convirtió en empresario , en jefe que tenía contratos de suministros y de trabajo con la empresa norteamericana y , a su vez, tenía obreros contratados por él, que laboraban con él. De esta manera se hizo empresario, así empezó a adquirir plusvalía y así, seguramente, empezó a reunir una cantidad de dinero de cierta consideración.

Entonces llegó a comprar , primero como tierras propias , 800 hectáreas de excelentes terrenos. Sin duda escogió uno muy bueno , donde terminan las montañas y empiezan las ondulaciones y los v alles, por donde pasaban tres corrientes fluviales, un río y dos arroyos; con un magnífico régimen de lluvia y una capa vegetal rica, donde se daban insuperables cañas.

Debe de haber tenido una cantidad de dinero acumulada de alguna importancia, porque oí decir que, además, a algunos amigos arruinados , él los ayudó, los salvó, y posiblemente no les cobró. Debe de haber manejado, incluso, cantidades importantes en efectivo.

40

Ya cuando yo nací, en el año 1926, no sé cuánto tiempo hacía que mi padre tenía dicha finca, pero pienso que entre 10 y 15 años; no solo tenía aquellos terrenos, sino tierras arrendadas. Tenía dominio sobre 11 700 hectáreas de distintos tipos: pastos naturales, pastos artificiales, plantaciones de caña, bosques vírgenes muy ricos en madera. Es decir , él había ido haciéndolo todo , pero empezó sin un centavo, nadie le dio ni le prestó un centavo. Al parecer, se contagió con el espíritu empresarial de los norteamericanos presentes en el norte de Oriente. Fueron los norteamericanos los responsables de haber convertido a mi padre en un empresario; deben de haber sido ellos quienes le dieron algún contrato y lo impulsaron por el camino de los negocios y de las empresas

Pocas veces me he puesto a meditar sobre todo esto , pero me parece paradójico que mi padre, influido por los norteamericanos y f ormado en

el sistema capitalista, esperara de mí alguien que cuidara sus intereses; y en cambio, yo no fuera heredero de tal tradición, de tal circunstancia que con humor podría verse o interpretarse, tal vez, como un intento de los norteamericanos por impedir el avance del socialismo en Cuba. Es paradójico, yo debía haber sido heredero de dicha cultura y de tal espíritu empresarial. Pero, bueno, tengo espíritu de empresario, pero espíritu de empresario socialista; es decir, me gusta la actividad que tiende a desarrollar la agricultura, la industria, las inversiones, pero no con el concepto de un propietario privado. Así que creo que heredé algo del espíritu empresarial de mi padre, pero no con el concepto que le inculcaron los norteamericanos sino con los conceptos que me inculcaron los fundadores del socialismo.

Él tiene que haber recibido influencia del espíritu de empresa norteamericano, porque él era un campesino de Galicia. Aprendió a leer y a escribir solo, autodidacta. No había podido estudiar; al igual que mi madre, aprendieron solos, no fueron a la escuela. No recuerdo haber oído que mi madre o mi padre hayan ido a alguna escuela. Entonces, los norteamericanos hicieron de él un empresario, cuando vinieron a Cuba, a principios del siglo xx. Esta es la verdad.

Katiuska Blanco. Usted recuerda que comenzó a montar a caballo bien temprano, pero ¿qué otros entretenimientos tenían los niños de su edad en Birán?

Fidel Castro. Bueno, casi todos estaban relacionados con el ambiente aquel. Me gustaba montar a caballo. Creo que era un *hobby* natural también de los indios norteamericanos, de los nómadas y de todos, porque vivía allí viéndolo y a todos los muchachos del barrio les gustaba. Yo montaba con montura y a pelo también, tempranito. Me agarraba de la crin, a veces no le ponía ni siquiera un freno, sino una sog a; claro, dependía del caballo, hay algunos más peligrosos. Pasé muchos peligros por las probables caídas.

Me gustaban los ríos. No recuerdo cuándo aprendí a nadar. Tengo la idea de que la primera vez que entré en el agua hice como los perritos y los gatos, y nadé, así que fue por instinto la primera vez. No recuerdo un momento en que no supiera nadar, la primera vez que entré a un río hice lo mismo, repito, que perros y gatos.

Me gustaban también otras cosas típicas: salir a mataperrear, andar con tirapiedras. Mi primer arma fue un tirapiedras. Lo aprendí con los demás muchachos campesinos: unas ligas de las cámaras de automóviles, una horqueta de guayaba –porque era más fuerte–, y un pequeño dispositivo para lanzar; desde muy temprano aprendí.

Y yo estaba salvaje, libre, cuando no me tenían en la escuela, o cuando me tenían fuera de Birán... Porque hay una etapa en que estoy fuera, pero es otra etapa. Aquí se mezcla un período que puede ser a los cinco, seis, siete años; no puedo decir a los cuatro no sé si a los cuatro me dejaban ir a un río y montar a caballo; sería, más o menos, a los cinco o seis años. Creo

que empecé a comportarme como adulto a los cinco o seis años . Bueno, en mi infancia, hasta los cinco años no puedo contar mucho, pero después estaba libre, sin control; cuando iba en el período de vacaciones, era lo que hacía fundamentalmente. Estaba en permanente contacto con la naturaleza. Si había disfrute, diversión, creo que era aquella. Todavía me gusta, en realidad, o por lo menos lo recuerdo con mucho agrado.

Ramón siempre andaba conmigo, estábamos asociados en todo tipo de aventuras, casi como si fuéramos mellizos . Éramos más o menos contemporáneos, aunque él era un poco mayor que yo. Hacíamos travesuras en la escuela, juntos en lo bueno y en lo malo.

No cometimos grandes delitos , pero me parece que molestábamos , hacíamos cosas en la casa que merecían castigo: robarnos los cintos y botar los, desaparecerlos; desobedecer las órdenes; correr y no dejarnos apresar cuando nos llamaban para cualquier castigo . Era el tipo de indisciplinas que cometíamos. Me imagino que las otras estaban relacionadas con la comida, o botábamos algo, o destruíamos cosas, o regalábamos, porque teníamos socios, cómplices. Íbamos a las tiendas y repartíamos mercancías: regalábamos tabacos o cualquier cosa a los trabajadores , ropa a la gente; o llegábamos tarde, o nos íbamos para el barracón de los haitianos a comer mazorcas de maíz asado

Recuerdo que una vez fuimos a las casas de los haitianos a comer maíz asado y después llegamos a la casa y no quisimos comer . En tal ocasión me amenazaron con enviarme para Guanaja y, un lugar en La Habana donde llevaban a los muchos delincuentes. Era una forma de impresionarnos: «Te vamos a mandar para Guanaja y». En mi casa nos amenazaban constantemente.

A ellos no les preocupaba que nos mezcláramos con los haitianos , sí que nos enfermáramos comiendo alimentos que pudieran indigestarnos . Nunca en la casa nos prohibieron tratar con los obreros , relacionarnos con los haitianos , blancos, negros. Tal tipo de manifestación nunca la vi en la casa. No se discriminaba a nadie por el color de la piel, la pobreza, la posición social. Nunca vi una manifestación de tal tipo . Los conflictos eran porque se preocupaban por nuestra salud, por lo que comíamos o por lo que hacíamos, no fuera a ser que enfermáramos.

Hacíamos travesuras un poco peores: nos íbamos , no sabían de nosotros; rompíamos cosas, andábamos en lo que no teníamos que andar, nos metíamos en lo que no teníamos que meternos. Inventábamos cosas, nos poníamos a fabricar hasta juguetes . A veces fabricábamos flechas parecidas a unas que vendían en los Ten-Cents, con unas plumitas, que se lanzaban y caían de punta; nosotros tuvimos y a después las fabricábamos y hacíamos daño probando las flechas con las gallinas, los guanajos, y los patos. Algunos de tales hechos, con toda razón, los consideraban en mi casa de una enorme gravedad.

Emborrachábamos a los patos, les dábamos maíz con alcohol; nos divertíamos viendo los patos ebrios. Hacíamos ya algunas travesuras un poquito más serias.

En aquel período, de cuatro o cinco años, cuando estaba en la escuela obligado, porque teníamos que ir por la mañana y por la tarde, ya habíamos adquirido un gran repertorio de malas palabras con los carreteros los ganaderos. Tenía un vocabulario completo y, por supuesto, estaba prohibido pronunciar tales palabras. Posiblemente había algo de tolerancia con nosotros, lo que le llamamos alguna malacrianza, y de nuestra parte, la rabieta cuando quieres hacer algo y no te dejan hacerlo: protestas gritas y lloras por algo con lo que no estás de acuerdo.

Recuerdo perfectamente que a veces la maestra nos castigaba. ¿Qué castigo nos ponía?: «Parados allí». Pero algo más: «Póngase de rodillas». No mucho tiempo, no era una tortura, más bien una amenaza y lo hacía. «Está castigado, póngase de rodillas ahí». «Tiene que estirar las manos». Después amenazaban con que nos iban a poner unas pesas en las manos y unos granos de maíz debajo de las rodillas por hablar en clases, o por una mala palabra, o por lo que fuera. Nunca llegaron a hacerme tantas cosas, pero unas cuantas veces me pusieron de rodillas y me hicieron poner las manos hacia arriba, me amenazaban con más castigos.

Aquello, naturalmente, daba lugar a protestas, y nosotros pronto aprendimos a rebelarnos contra la maestra. La maestra era una señora soltera y vivía en el campo. Tuvimos distintas maestras, en un período hasta dos. Una muy buena, se llamaba Engracia; la queríamos mucho –es de los más antiguos recuerdos–, porque llevaba jugueticos..., y tenía un gran prestigio. Era bondadosa. Después tuvimos como dos maestras, hasta que vino Eufrasita y permaneció más tiempo. No era como la otra, espléndida, sino más rigurosa. Entonces nosotros, cuando surgía un conflicto, nos parábamos y le decíamos un repertorio completo de malas palabras a la maestra, la más fina de todas era «puta» –no sabía lo que significaba, pero sabía que era ofensiva aquella palabra–. Luego salíamos corriendo, saltábamos por una ventana que daba a un corredor en el fondo, brincábamos la baranda y nos íbamos, escapábamos hasta que se calmaba la tormenta y volvíamos a la escuela.

Nosotros le hacíamos maldades a la maestra. En una ocasión –da la casualidad que aquel día mi madre había ido por allí– surge un conflicto mío con la maestra, descargo mi repertorio completo de malas palabras, salto por la ventana rápido, ágil –porque yo era delgado, flaco, y andaba mataperreando, corriendo para arriba y para abajo–, voy al corredor, brinco la baranda, me tiro y caigo. Cerca de la escuela estaba el servicio sanitario salgo en aquella dirección y había una tabla como de dulce de guayaba, o algo así, con un clavo. Caigo, con tan buena suerte que no me enterré el clavo en la cara ni en el ojo, sino en la lengua, e inmediatamente empieza a salir la sangre

abundante, porque cualquier herida en la boca da una hemorragia. Tenía embarrada de sangre toda la ropa. Claro, cuando ocurría una tragedia de aquel tipo, cesaba la persecución, venía la amnistía y entonces por instinto, ante algo tan grave como que usted se caiga, se entierre un clavo y haya derramamiento de sangre, se olvida del problema con la maestra y va para allá. Entonces mi madre hace así, me agarra y me dice: «Eso es castigo de Dios, eso te ha pasado por castigo de Dios». ¿Usted sabe lo que es insultar a la maestra, salir corriendo y enterrarse un clavo en la lengua? Creo que seguramente mi madre creyó de verdad que era un castigo de Dios.

Yo no me proponía blasfemar, no era eso propiamente. Blasfemaban allí algunos trabajadores: [Manuel] García, el cocinero, lo hacía todos los días, a todas horas; era un español que se había quedado inválido por el reuma y era muy genioso. Él realmente maldecía bastante, pero en la casa no, lo prevenían mucho; podía una vez, mas no era el hábito.

Nosotros usábamos el repertorio completo de los trabajadores, de todas las malas palabras habidas y por haber y las usábamos como armas ofensivas.

Otra diversión importante la vivíamos en la valla de gallos de Birán. A mí me gustaban las peleas de gallo. Ramón era cómplice y socio mío en las peleas. Yo no era un fanático de ellas, pero en Birán no había otra cosa. La valla solo funcionaba en una época del año, la de la zafra, porque en otra la gente no tenía dinero para ir ni para jugar a los gallos. La única época del año en que aquellos trabajadores, aquellos haitianos, tenían un poco de dinero en el bolsillo para jugar, era en la temporada de zafra.

La valla se la arrendaban a alguien allí, no podía ser diferente, y los domingos y los días de fiesta había lidias de gallo. Los campesinos les llamaban peleas de gallo. Distintos amigos tenían gallos; incluso, Ramón tenía algunos, cuando ya éramos un poquito mayores. Yo estaba interno, pero iba en Nochebuena y tenía interés en ver cómo eran las peleas, aunque no tenía mucho dinero en realidad.

44

Lo que hacía más emocionantes las peleas, más tensa aquella atmósfera, eran las apuestas a los gallos. ¿Qué ocurría? Se reunían 80 o 100 personas casi todos hombres –muy pocas mujeres iban por allí, aquello era de hombres–; venían de varios kilómetros a la redonda y traían los gallos en una bolsita de tela, por lo general de color azul o blanca, gallos que criaban con mucho sacrificio, porque había que darles buena alimentación –a veces tenían que darle huevo al gallo para que estuviera fuerte, maíz–, entrenarlo, hacerlo correr.

Digamos que un gallo es como un boxeador, al cual se le da una alimentación especial, un entrenamiento especial. A los gallos no los dejaban tener gallinas. Eso está por probar científicamente, porque una vez leí sobre unos estudios con atletas olímpicos, donde habían llegado a la conclusión de que no era imprescindible la abstinencia entre los atletas; pero en dicha época, y posiblemente todavía, los galleros pensaban que si el gallo estaba con su harén,

si se enamoraba, si hacía el amor, se debilitaba. En consecuencia, los gallos estaban aislados en sus jaulas separados de las gallinas, alimentados, entrenados y, además, rabiosos. Puede ser que tal conjunto de factores estimulara su espíritu belicoso, el espíritu guerrero de los gallos, su increíble instinto guerrero; porque esos animales, con una valentía absoluta, total, mueren combatiendo.

Estaba todo aquello, lo que era para campesinos y trabajadores criar el gallo, alimentarlo, entrenarlo, ir a la venta, ponerlo a pelear. Además, las apuestas no eran de 500 ni de 100 dólares, nadie tenía esa cantidad de dinero. Eran apuestas de 5 pesos, si acaso, a veces 10, 15 pesos. Y no era uno solo, había una lista, y uno apostaba 50 centavos a ese gallo, otro un peso, otro dos pesos. Así, 15, 20 o 30 eran los partidarios de un gallo y otros 15, 20 o 30 los del otro. Unos estaban con el gallo canelo, otros con el gallo giro, otros con el gallo pinto, otros con el gallo indio, otros con el gallo bolo –un gallo que no tenía cola–, y había uno al que le llamaban gallina, porque tenía cierta configuración especial, con menos gallardía que el macho –puede ser que la palabra gallardía provenga de gallo–. Había distintas razas, sobre todo distintos colores, y se distinguían unos de otros cuando peleaban.

Claro, no solo eran las apuestas, había mucho de simpatía por el gallo, por ser conocido, de prestigio, y de amistad con el dueño; influían una serie de ingredientes. Eran tensas aquellas peleas, porque afectaban no solo los sentimientos, sino el bolsillo.

Ahora bien, los que apostaban por listas tenían que hacer un pequeño descuento de las ganancias para el señor que administraba la venta, podía ser un 10 % o algo así. Se hacían apuestas oficiales y apuestas por la libre. Los valientes apostaban cinco pesos en medio de la pelea. Si el gallo al que habían apostado estaba perdiendo, le apostaban al que iba ganando: cinco a uno, cinco a dos; o al revés, si el gallo estaba perdiendo y aceptaba alguien, porque creían que aunque estaba perdiendo era muy bueno e iba a ganar, tres a cinco, aceptaban, hacían la apuesta, le iban al que estaba perdiendo.

Las peleas de gallos eran bastante entretenidas. Era una tradición cubana desde la época de la Guerra de Independencia, la mayoría de los campesinos eran aficionados a ellas.

Las mujeres muchas veces no eran aficionadas, con toda razón, porque no querían que los hombres fueran allí a perder dinero. En tal juego siempre se perdía, y voy a explicar por qué. El que criaba un gallo tenía que dedicarle tiempo, entrenarlo, alimentarlo y después tenía que apostar: si ganaba cinco pesos, tres pesos, aquel dinero lo gastaba fácil, porque vino así, por suerte; lo gastaba comiendo, tomando, privaba a la familia de los cinco pesos o tres pesos. En general, los familiares sufrían con tal juego, pero era muy popular entre los campesinos, y el único espectáculo de Birán. No había otra cosa.

Lógicamente, cuando vi y conocí todo aquello me entusiasmé. También tenía simpatía por un gallo o era amigo de un dueño de gallo; veía el espectáculo



y además apostaba mis pequeñas cantidades, un peso, dos, porque realmente no tenía dinero. A esa edad los muchachos están en los estímulos materiales de los helados, los caramelos, el cine, los juguetes. Nosotros estábamos enajenados por el dinero, es decir, la enajenación de que habla Marx por el dinero y a la padecíamos, y cuando yo iba de vacaciones participaba también en las apuestas como los otros.

Raúl y Ramón pueden haber sido mucho más aficionados a las peleas de gallo que yo, pero recuerdo que también tenía mi gallo. Yo era propietario de uno que me habían regalado, bien entrenado, y creía que el mío era el mejor de todos y el más valiente. No lo entrenaba porque no era especialista en eso, había unos galleros que lo cuidaban. Ramón tenía varios, yo tenía uno.

El hecho era que yo tenía mi gallo también, pero Ramón quedaba responsabilizado con él, porque la temporada de las peleas duraba como cuatro meses, durante toda la zafra, y como yo estaba interno en la escuela, iba a Birán nada más que dos semanas a fin de año, pasaban tres meses y volvía en Semana Santa, eran tres días de peleas: Viernes Santo, Sábado de Gloria y Domingo de Resurrección. Entonces, Ramón administraba mi gallo, apostaba, y de ganar me tenía que enviar el dinero. Él me mandaba un giro por correo con las apuestas, que eran de dos, tres pesos; el máximo que recibí alguna vez fueron cinco pesos. «Peleó tu gallo». «Ganó tu gallo». Era un acontecimiento tremendo. Estaba contento con mi gallo, no lo había visto pelear, pero ganó y yo recibía cinco pesos. Realmente Ramón nunca me pasó la cuenta el día que el gallo perdió, pero hasta las cuentas él me mandaba.

Como yo solo estaba dos semanas a final de año por Nochebuena, 24, 25 y 31 de diciembre y el día 1 de enero, aquellos eran los únicos días que iba a las funciones en la valla. A veces oía la bulla desde casa, porque la valla estaba como a 150 metros hacia el Sur, no lejos de la tienda, del correo y de la panadería. Un domingo cualquiera, de repente usted sentía una bulla: «¡Uh, uh!», y mucha gente dando fuertes palmadas contra las tablas porque era un círculo de madera con aserrín.

La valla era de madera y tenía techo de zinc, con los asientos a distinta altura. Abajo, alrededor de aquel círculo cercado, de unos diez metros de diámetro, están los dueños, los que dirigen la pelea; porque hay quien dirige, el mánager, quien en un momento determinado azuza al gallo; si hay una herida le chupa la sangre, si está muy cansado le echa agua. Sí, sí, le hacen un tratamiento al gallo como al boxeador, no hay *round*, pero hay momentos en que se detiene el combate, porque los dos están exhaustos, o uno está ciego, moviendo la cabeza, y no ve al otro.

A veces un gallo estaba perdiendo la pelea y de repente hacía un revuelo—así le llamaban cuando saltaba—, aleteaba, golpeaba con sus mortíferas espuelas y liquidaba al otro gallo, o le daba un golpe muy duro. Entonces una bulla, un escándalo que se oía a 500 metros, el público daba golpes contra

los asientos, contra la pared, era terrible. Si usted no estaba en la valla, sabía que había pasado algo tremendo por la bulla enorme de aquella gente.

En ocasiones el dueño, cuando veía que el gallo estaba sin posibilidades, lo retiraba, y muchas veces lo dejaba hasta que moría o quedaba ciego; a un gallo ciego, si era muy bueno, lo utilizaban para procrear.

Aquello era un acontecimiento . ¿Cuántas peleas había un domingo? Había 10, 12, 14 peleas. Empezaban a las 8:00 de la mañana y terminaban a las 6:00 de la tarde o casi de noche, desde que amanecía hasta por la noche. Allí se tomaban bebidas, se comían empanadillas, servían de todo: rallado, cerveza fría. Así era la atmósfera de una valla de gallos, un lugar inadecuado para muchachos. Nosotros no sé qué hacíamos allí, pero íbamos los domingos, cada vez que podíamos.

No me acuerdo de la primera vez que asistí a una pelea de gallos, pero fue bastante temprano, y también tomaba cerveza y comía empanadillas . En la casa nos dejaban ir. Hacíamos casi lo que nos daba la gana, sobre todo de adolescentes.

En Santiago de Cuba había vallas, pero nunca se me ocurrió ir, así que el espectáculo me interesó circunstancialmente.

Tengo que decir que desde entonces sentía lástima –tuve conciencia–, me daba pena ver a aquellas gentes que jugaban a los gallos y eran viciosos del juego; porque trabajaban muy duro para reunir 10, 15, 20 pesos, y aquel dinero lo perdían o lo gastaban en la valla, afectando a la familia. Lo comprendí desde bastante temprano y tuve conciencia de que era una cosa muy negativa.

Por eso, y porque la Revolución por principio combatía todas las manifestaciones del juego, abolimos todos los juegos de casino, de dados, las formas de juego ilegales –que estaban muy toleradas–, y los juegos legales: la bolita, la lotería. En tal campaña contra los juegos también fueron prohibidos los gallos, pero no guiados propiamente por un espíritu de amor a las aves, es la verdad, sino de amor a la gente que perdía su dinero allí y sufría. Tal vez fuimos un poco extremistas, porque a los campesinos, por tradición, les gustaba como deporte la cría de palomas mensajeras, la cría de gallos de lid, que puede ser un deporte también, un *hobby*, un espectáculo como lo puede ser la lidia de toros. Posiblemente las personas que sienten un gran amor por las aves no estén nunca de acuerdo con tales peleas. La razón por la cual nosotros lo prohibimos fue por las consecuencias negativas del juego en la moral y en la mentalidad de la población, porque nos parecía que mucha gente quería resolver los problemas a través de la suerte, en virtud del azar, y no del estudio, de la aplicación, del trabajo.

Creo que el vicio del juego es muy malo, porque la gente se abandona a él, deja de hacer el esfuerzo que tiene que hacer por estudiar, superarse. Soñar con el azar, con la fantasía, ganar dinero así, ganar un gran premio en la ruleta, ganar una lotería, me parecía de efectos realmente nocivos. Tal vez

se hubiera podido tolerar la cría de gallos como un deporte y no como un instrumento de apuestas y de juegos, porque hay también quien cría perros de pelea y otros animales de lid.

Aquí permaneció la cría de gallos, pero como una actividad comercial y de exportación; tenemos muy buenos ejemplares. Incluso, una vez, cuando tuve oportunidad de estudiar un poco de genética animal, de genética ganadera, cuando pude dominar y conocer los principios de esta ciencia, basado en la selección, partiendo de los resultados individuales de cada uno de los animales –bien sea la conversión en carne, el rendimiento en leche, la capacidad de conversión del alimento en leche–, y como esa fue una rama que después me interesó mucho, un día me puse a meditar sobre si un genetista pudiera producir gallos campeones que obtuvieran de 80 % a 90 % de posibilidades de victorias.

Recordando aquella época en que se practicaba el juego, me puse, por puro ejercicio mental, a analizar cómo se podían desarrollar gallos que ganaran todas las peleas o que tuvieran posibilidades de ganar. Sencillamente, aplicando las leyes de la genética, y basado en la selección de los animales con grandes capacidades para liquidar al enemigo –sé que tales cualidades se heredan–, se pudieran desarrollar ejemplares que difícilmente perdieran una pelea. Yo lo pensé como una posibilidad comercial, digamos, que si un país quiere y emplea la selección, partiendo de un nivel de masa determinado, puede producir gallos que tengan de 80 a 90 posibilidades de ganar todas las peleas. Así que mis conocimientos del tema me sirvieron un día para darme cuenta de eso.

Claro, también los campesinos aplicaban la genética, pero muy elemental: el gallo que ganaba, que tenía dos, tres, cuatro victorias, es el que utilizaban para reproducir.

Creo que en Cuba fuimos demasiado extremistas. Tal vez debimos haber prohibido las apuestas y autorizar las peleas de gallos, porque es una tradición centenaria. Cuando usted prohíbe algunas de esas cosas, da lugar a que haya gente que las haga de forma clandestina. Como deporte no, el problema no era ese, porque había algunos realmente muy aficionados a los gallos.

Había afición a las aves. No una afición positiva, porque teníamos afición a cazarlas. Ese instinto de cazador lo tuvimos desde muy temprano primero con tirapiedras y después con escopetas. Cazábamos todo tipo de aves. Creo que hoy tengo mucha más conciencia de la necesidad de preservarlas, de preservar la naturaleza, y sería incapaz de dispararle a una. De mucho le disparábamos a cualquiera, pero después fuimos más selectivos, cazábamos las que se podían consumir, ya no era aquel espíritu indiscriminado de cazar aves.

Katuska Blanco. En una de las visitas que hice a Birán conversé con Dalia López, condiscípula de usted en la escuelita de Birán y mencionó varios amigos suyos de entonces...

Fidel Castro. Sí, cómo no, los muchachos de allí: Carlos Falcón, Flores Falcón, Benito Pereira. Había un grupo, incluso, los hermanos, los primos también; siempre andábamos juntos en aventuras.

Ramón me tenía a mí de gallo fino. Él era el mánager, y me echaba a pelear a mí. A veces me ponían a boxear con alguno que era más fuerte que yo, y no siempre salía bien porque, además, el boxeo en que nos obligaban a participar, no era como deporte, era en serio. Colocaban a uno delante de otro y le ponían una pajita; entonces, quita la pajita de ahí; así empezaba y la pelea era en serio, no era como deporte. Me ponían a boxear. Era una de las cosas que hacía Ramón. Más de una vez salí mal.

Ramón padecía de asma cuando era muy chiquito. Yo sí me acuerdo siempre de eso. No sé si sería una alergia al ambiente o a la humedad, o si sería a algún alimento, pero se ponía bastante mal. Era, por cierto, muy desagradable cuando le venían los ataques. Yo lo veía por la noche, porque dormíamos en el mismo cuarto, ya un poco más grandes, cómo sufría. Le daban efedrina. Cuando le daban la cucharada, lo aguantaban, cómo lloraba y así se pasaba la noche. Era peligroso porque en aquella época no había oxígeno, no había ventilación pulmonar ni los medicamentos que ha y hoy. Y como consecuencia, físicamente tenía esas desventajas; era un poco más débil que yo, porque yo no padecía de asma, era saludable y, en general, ligero, ágil. Los dos éramos flacos, y por eso parece que yo era el que estaba llamado a ser el boxeador y Ramón el mánager; pero cosas de muchachos, tonterías. Andábamos juntos, íbamos para el río, a cazar, a todas partes; siempre juntos con todos los muchachos.

Algunas muchachas también formaban parte del grupo y pronto reparé en ellas. Cuando la gente vive en contacto con la naturaleza y en el campo, no sé cuál es la influencia –no quiero hablar mucho de eso– pero, en realidad, casi desde que tenía uso de razón tomé conciencia de la presencia de las muchachas. Desgraciadamente tomé conciencia temprano.

En el campo es así, porque todo lo induce; pero tempranito. Sobre eso –ya lo he dicho otras veces, a otros periodistas– voy a hablar con la misma franqueza que Juan Jacobo Rousseau cuando contó sus memorias. Eso es propio del campo. Yo creo que todos los muchachos del campo, en general, se caracterizaban por una gran precocidad.

En el grupo había muchachas por las que sentía afecto filial como mis primas y algunas vecinas como Dalia López.

Katiuska Blanco. Comandante, recuerdo que una mañana de febrero de 2008, poco después de que se publicara el libro *Ángel, la raíz gallega de Fidel* conversamos durante un buen rato de su infancia. A usted le interesaba saber de dónde había sacado el dato de sus 12 libras de peso al nacer. La verdad es que le parecía desmesurada esa afirmación, casi imposible de creer, y un poco impugnaba los recuerdos familiares que daban fe del mito. Revisé los

materiales y me encontré las voces de la historia. Ramón y Angelita coincidían en sus testimonios y usted –aún inconforme y descreído– continuaba preguntándose de dónde habría partido el dato y si habría entonces dónde pesar a los recién nacidos. Le escribí que existía en Cuba, desde tiempos inmemoriales, la costumbre de llevar a los niños a las bodegas y pesarlos en medio del bullicio de los comercios y con la solícita sonrisa de los dependientes, quienes se prestaban amablemente a la ceremonia. En los primeros días, la pregunta a flor de labios de todas las visitas era: «¿Cuál es el nombre? ¿Cuánto pesó?». ¿Todavía le parece una exageración?

Fidel Castro. En aquella época se consideraba como una señal de salud que el niño tuviera mucho peso, cuando, en realidad, lo más correcto es que el niño tenga seis libras, siete libras. Si el niño nacía con más peso, los campesinos lo miraban con orgullo porque era una prueba de salud. A cualquier persona gorda la celebraban mucho, la elogiaban; si era delgada les parecía que tenía una enfermedad. Hoy se ha demostrado que los niños deben pesar menos de diez libras y las personas deben ser delgadas, si quieren preservar la salud. Han cambiado muchos conceptos. Los únicos que sabrían cuánto yo pesaba serían mi padre y mi madre, y posiblemente se lo contaron a los demás; yo mismo no me acordaba de eso, pero algunos de los familiares a los que tú les has preguntado, te hablaron de las 12 libras.

Katiuska Blanco. Y hablando de nacimientos felices recuerdo los otros, los que se convierten en tragedia. Su padre, don Ángel, estaba marcado por una experiencia así. Él quedó huérfano cuando tenía 11 años; su mamá, Antonia Argiz, dio a luz a una niña a quien nombraron Leonor, poco después ambas murieron. También recuerdo a la tía Antonia Ruz. ¿Cómo se vivía o interpretaba la muerte en Birán? ¿Existían muchas creencias, presagios o supersticiones? ¿Se vislumbraban infortunios?

Fidel Castro. Al niño le hablaban de las cosas de los familiares, le hablaban de Dios, pero no porque le dieran una clase de religión. Uno estaba rodeado de creencias: que si esto es malo, esto es bueno, esto trae desgracias porque pasó una lechuza y oyó decir que es un mal agüero. Se vivía como en la época romana. Lo que cuenta Tito Livio en la *Historia de Roma*, sobre los presagios y supersticiones de todas clases. Así se vivía en el campo.

Ya de adulto, leyendo a Tito Livio, en la historia romana, vi que aquellos romanos vivían con tan gran número de supersticiones como vivía nuestra gente en el campo: siempre viendo presagios, mal agüero, una mezcla de todas las religiones, de todas las creencias, entre las cuales estaba la creencia en Dios, en los santos; y creencias en algunos santos que no están en el ritual católico ni en el ritual cristiano, una mezcla de todo. Claro, a uno le van explicando esas cosas extrañas, raras.

¿La muerte? Bueno, también rezaban, rezaban por la tía que murió, y había tristeza; recogieron sus hijos. La abuela los recogió, ayudada por la

familia. Mi abuelo poseía lo suyo, tenía su trabajo y la ayuda de la familia. El padre, José Soto Vilariño, que era empleado español, una especie de mayoral, de capataz en la finca, tenía un cargo y un sueldo, y también ayudaba a los abuelos en la crianza de sus hijos.

Mis primos vivían con los abuelos en una casa como a un kilómetro de la nuestra. Y una prima que tenía la misma edad que yo, fue para la casa con estatus de hija; pero no con todas las consideraciones que merece una hija. Era algo así como una pariente pobre en la casa. Recuerdo que cuando nacieron mis hermanas menores ella tendría ocho o nueve años, y ya ayudaba en los quehaceres de la casa.

Por ella no hubo la preocupación de que estudiara como con nosotros. Ella recibió apoyo yo, era familia, pero tenía ciertas obligaciones domésticas en la casa. Cuando ahora pienso en eso me molesta. En aquel entonces me parecía natural, todos nos llevábamos muy bien, aparentemente no existían diferencias; sin embargo, no se le dio el mismo trato que a nosotros en relación con el estudio. No la enviaron a ningún colegio a realizar estudios superiores y le daban tareas domésticas. Debían haberla enviado interna a una escuela como me mandaron a mí y a los otros.

Tiene que ver con las costumbres de la época. Generalmente, cuando se le daba protección a una persona en el seno de una familia, lo común era darle techo, comida, hasta cariño; pero no el mismo tratamiento que a los hijos. Ella cuidaba a los niños más pequeños, tarea que nunca me daban a mí –de lo que me alegró mucho–, y que no le daban tampoco a Angelita, la mayor.

No existían ideas suficientemente justas en aquel ambiente campesino, ellos creían que habían hecho mucho por ella al llevarla a casa, alimentarla, vestirla. Era propio de la época. Yo no puedo, con las ideas de ahora, ponerme a juzgar a mi familia, pero comprendo que no era justo. Y nunca la olvido a ella aunque vive lejos. Se llama Clara, teníamos la misma edad, y su llegada para mí fue algo muy bueno, a pesar de su tristeza cuando vino a casa.

Cuando evoco nacimientos en medio de sobresaltos, recuerdo el de Raúl, el 3 de junio de 1931. Me acuerdo bien de aquel día, dónde dio a luz mi madre, en qué parte de la casa. Yo estaba en el corredor, era de día ya, escuchaba unos gritos horripilantes, tremendos, en todo el tiempo que demoró el parto, durante varias horas, el correcurso en la casa. Isidra Tamayo, la comadrona, estaba allí. Me acuerdo perfectamente bien de cuando por fin nació Raúl y de la inmensa felicidad de aquel momento.



Katuska Blanco. Comandante, sobre los parajes tupidos y los peligros en Birán, recuerdo historias de bandidos contadas por su hermana Angelita, y también por Ubaldo Martínez, empleado de su papá en la finca. Ellos mencionaban bandoleros como Arroyito, Baguá y Azafrán, y hacían relatos sorprendentes de hombres que se untaban aceites para ser inatrapables o de otros, que esperaban al borde de los senderos en penumbras. Sé que usted disfrutaba ir a los campamentos madereros en la meseta de La Mensura, pero ¿iba solo a los Pinares de Mayarí? Y si oscurecía en el camino, ¿no sentía temores? ¿Nunca tuvo miedos?

Fidel Castro. Allá en Birán, a los muchachos a veces nos hacían cuentos de cosas extrañas, de fantasmas, y nos impresionaban; en ocasiones narraban historias de bandidos y aparecidos, pero hay que tener en cuenta la imaginación de los muchachos, les dicen algo y se impresionan. Yo me adaptaba relativamente pronto.

El campo no es como la ciudad. En la ciudad hay muchos ruidos, automóviles. Se puede decir que en la ciudad la persona está acompañada por el ruido, tiene menos sensación de soledad. En el campo, uno se despierta a medianoche, en la madrugada y no se siente ningún ruido, el silencio es absoluto; entonces, se experimenta un sobresalto por sonidos muy peculiares: el viento que sopla fuerte, las ranas al croar, el rumor de las hojas de los árboles, el canto de los grillos, la respiración de los animales, el perro que ladra. En la ciudad usted no oye ladrar un perro, pero en el campo oye un perro que ladró aquí, el otro allá, que se pone a aullar lastimosa, lúgubramente; después, las aves. Se escucha todo, es casi como una selva porque a veces se trata del ganado, un toro, una vaca, un caballo, un mulo, insectos, aves, lechuzas. Es decir, en el campo la atmósfera es diferente, es una atmósfera de soledad. No hay luz eléctrica, desde que oscurece se tiene que esperar a que amanezca otra vez, y todo ese concierto se escucha en medio de un silencio casi abrumador que no existe en las ciudades porque son muy ruidosas.





Estoy hablando de cuando era un poco mayor, digamos, seis, siete, ocho años. A tal edad ya estaba solo, no arriba, durmiendo con los padres y hermanos. Si uno duerme en un cuarto grande, y se queda muy solo, desde luego, se impresiona, más sobre todo si vive en el campo; en la ciudad se siente más acompañado. Y, claro, desde mucho tiempo recibí dichas impresiones de una forma o de otra; pero, en general, no recuerdo que hubiera sufrido mucho por tales razones.

Relativamente temprano, aprendí a manejar un arma, escopeta o fusil; y cuando tenía un arma, siendo mucho, me sentía más seguro. Tiene un efecto, incluso, curioso. Da la impresión de que las armas lo ayudan a luchar hasta contra los espíritus y los fantasmas.

Me acuerdo, tal vez tendría 9, 10 años, que andaba solo, salía y caminaba solo de noche. Si tenía un arma me sentía más seguro. Es cierta sensación de que un arma da un poder de luchar contra los vivos y hasta contra los muertos. Yo creía, por ejemplo, a esa edad, que si un fantasma se me aparecía le disparaba con el fusil. Entonces, hay ciertas cosas que se asocian.

Pienso que lo que produce más temor es la sensación de indefensión; pero si uno cree que puede defenderse, aunque sea utópica la defensa, siente seguridad.

Y muchas veces viajé solo, con 10 u 11 años. A veces iba Ramón, pero otras no. Yo iba y regresaba solo a los Pinares de Mayarí. La meseta de los Pinares se encontraba a muchos kilómetros de mi casa. Me gustaba ir a un campamento forestal allí. Esto y hablando, digamos, de cuando contaba 9, 10, 11, hasta 12 años; ya iba solo, entre montañas, por caminos solitarios, a veces se me hacía de noche. A mis padres, poco a poco, fui acostumbrándolos a que tomaba decisiones por mí mismo. Les decía: «Voy a los Pinares de Mayarí», y ellos lo aceptaban. Entonces, en períodos de vacaciones, agarraba el caballo —yo tenía mi caballo—, y me iba lejos. Cada año, desde el primer grado, en verano, venía a la casa por tres meses de vacaciones, junio, julio y agosto. Desde el primer grado, estaba interno en el colegio, y venía desde la ciudad de Santiago de Cuba para la finca en Birán, y en las vacaciones disfrutaba de la libertad de la casa, del campo. Yo mismo planificaba lo que hacía en los meses de verano.

El caballo me lo cuidaban, nadie lo usaba; lo enviaban para los potreros. Estaba gordo cuando yo regresaba. También a mí me parecía que un caballo gordo era fuerte y saludable, y me gustaba mucho verlo gordo, gordo! Entonces, tenía la preocupación de que nadie lo usara. Para mí era lo más importante, que no me cansaran la bestia, que no adelgazara, porque cuando se acababan las vacaciones había adelgazado de tanto que yo había cabalgado por los montes.

Entonces, ya usaba mi caballo, no tenía que pedirle permiso a nadie para ir a buscarlo al potrero. Siempre alguien me ayudaba, tenía

una soga larga para poder capturarlo fácilmente, porque cuando se daba cuenta de que quería usarlo, huía –era muy inteligente, trataba de escapar, para que no lo pudiera capturar–, primero había que enlazarlo, allí mismo lo hacía. Después, para que no estuviera amarrado, tenía que soltarlo en un potrero más bien pequeño. Muchas veces yo iba a buscarlo, a veces alguien iba y me lo llevaba. Al principio me ayudaban a ensillarlo, pero después yo mismo lo manejaba y decía: «Voy a casa de la abuela, o voy a otro lugar».

Y a veces –por la edad que tenía sería en quinto o sexto grado, cuando tenía 10, 11 o 12 años–, decidía cuándo me iba para un campamento maderero, lejos. Allí disfrutaba de una libertad mayor todavía porque no había nadie que me controlara, por lo menos en la casa había cierto control, pero allá me sentía mucho más libre. Viajaba solo muchos kilómetros; subía a las montañas. A veces iba acompañado por otros, pero en reiteradas ocasiones hice esos viajes solo, y el trayecto era largo. Había dos senderos: uno, un poquito más largo, pero menos inclinado; otro, más corto, pero había que subir una loma peligrosa, el caballo se agotaba mucho y sudaba. Cuando después de hacer un gran esfuerzo por subir llegábamos a la meseta, a 700 metros de altura, había un fresco asombroso en los Pinares, una brisa exquisita; en cuestión de minutos se secaba el sudor del caballo.

Como desde muy temprano me había conseguido un arma, me sentía con una seguridad absoluta frente a cualquier tipo de problema, sentía confianza, sentía seguridad; por eso, en tales circunstancias, no tenía ningún tipo de temor aunque siempre podía haber alguien que tratara de hacer algo, por el hecho de que nosotros éramos hijos de un terrateniente. Ya no eran seis o siete años, estaba entre los 9 y los 12, más o menos.

Bien temprano, también me las arreglé para usar alguna escopeta de caza de mi padre. Prácticamente nadie me enseñó. Desde el principio tuve buena puntería, tenía cierta facilidad natural para el uso de las armas de fuego. A veces, en la casa circulaba el rumor de que las auras tiñosas se estaban comiendo las gallinas, y yo estimulaba el rumor; me ofrecía de inmediato para cazarlas. Mi padre me dejó usar la escopeta para disparar contra las aves de rapiña que se comían los huevos y las gallinas. De eso me alegro, de que mis padres me tuvieran confianza tempranamente, y no tardé mucho tiempo en usar todas las armas guardadas en un inmenso armario: escopetas automáticas, por ejemplo.

Katiuska Blanco. Comandante, Raúl en una entrevista concedida en el 2003, narró cómo, en una operación temeraria para los tiempos que corrían trasladó a La Habana unos Winchester-44 del armero donde su padre guardaba rifles y escopetas en Birán. Dichas armas fueron empleadas después en el asalto al cuartel Moncada.



Fidel Castro. Sí. Cuando nosotros fuimos al Moncada, aquella escopeta que yo de adolescente utilizaba, nos la llevamos, la usamos en el Moncada. En el momento en que buscábamos armas, tuve en cuenta las que había en mi casa, y en complicidad con Ramón y Raúl, nos llevamos algunos fusiles Winchester-44 y algunas escopetas automáticas. En mi casa, mi padre contaba con unos rifles de cierto calibre que también usamos en el asalto.

Pero volviendo a mi niñez, después que me dieron alguna licencia, por iniciativa propia me tomé la libertad de disparar con los fusiles 44, con los rifles, las escopetas y, en definitiva, con todas las armas. No había protestas, excepto una vez que mi padre me hizo un regaño fuerte. Él había ido a dar una vuelta a caballo, regresó como al mediodía y vio que yo gastaba muchas balas calibre 44, mientras disparaba con un fusil haciendo prácticas contra las auras tiñosas. Me regañó bastante fuerte y con razón, porque estaba despilfarrando balas. Alguna protesta similar nada más pero en general, me fui acostumbrando, y él me autorizaba. Así que desde muy temprano, y desde que poseí con qué defenderme, no tuve esa sensación de temor.

Katuska Blanco. Y en tales lances, ¿tenía algún cómplice?

Fidel Castro. Ramón y yo compartíamos secretos, formábamos una pareja y siempre éramos cómplices en casi todas las aventuras, también a veces él me utilizaba, pero él y yo éramos los principales cómplices. Algunos trabajadores –como siempre– eran más amigos, más tolerantes con nosotros. Dependía mucho del carácter de la persona.

Hay gente que por bondad natural son amables con los niños y les hablan, les hacen cuentos, tienen atenciones con ellos, se ríen, bromean. Tal tipo de persona es la bendición de los niños. Hay otras que son más ásperas, menos tolerantes, de mal carácter; en general, por ellos no sentíamos grandes simpatías. Yo agradecía mucho a todos los adultos que nos trataban y conversaban, nos hacían cuentos, eran amistosos, eran amables con nosotros. Las personas adultas no se imaginan la importancia que tiene el trato que les dan a los niños y cómo les agrada que los traten, que conversen con ellos, que los tomen en cuenta, que no los ignoren. Los niños agradecen infinitamente este cariño, este tipo de relaciones.

Siempre recuerdo con agrado a toda aquella gente amistosa con nosotros. Por ejemplo, el tenedor de libros, que era muy conversador, me hacía historias, me hacía cuentos. Él era un hombre culto –un asturiano, más bien gordito, bajito, se llamaba César Álvarez, usaba unas botas, unos pantalones de montar, que lo hacían más bajito todavía–, sabía inglés, francés, italiano, alemán, griego y latín; por lo menos, todo eso me decía, y creo que, en efecto, sabía, porque hablaba el inglés, lo leía y lo traducía; hablaba el francés y el italiano. Sabía varios idiomas y, a juzgar por lo que él conocía en general, aunque no podía comprobar si de verdad él hablaba



alemán, recuerdo que pronunciaba palabras y frases enteras en dicha lengua. La maestra hablaba francés y él conversaba con ella en francés; él hablaba inglés, lo escuché hablarlo. Y así: francés, inglés, alemán y español, no sería extraño que hablara italiano, griego y latín. Era español, y por eso no contaba historias más cercanas sobre héroes nuestros.

Cuando yo estaba en cuarto, en quinto grado –nadie en quinto grado es una persona adulta–, él me hacía historias, me hablaba de Grecia, de Roma; a medida que yo iba estudiando, y ya cuando estaba en séptimo grado, en primer año de bachillerato, me hablaba de Cicerón, de Demóstenes, de los oradores, me hacía historias de toda clase y despertaba mi interés por todo. Fue el primero que me habló de personajes históricos y literatura. Era un hombre muy amistoso.

El cocinero, Manuel García, no era enemigo, pero tenía muy mal genio. El cocinero no era cocinero, él fue vaquero, y a consecuencia de un reuma y de unos dolores tremendos, se le produjo una artrosis total y caminaba con mucha dificultad, entonces dejó de ser vaquero –me acuerdo de cuando él lo era– y se convirtió en cocinero y, según mi padre, era muy mal cocinero. Vivía en una pequeña casa al lado del correo, a 90 o 100 metros de la nuestra. Él iba muy temprano todas las mañanas, cojeando, a la cocina desde el amanecer, y allí estaba hasta por la noche.

En mi casa no había cocina de gas, sino de carbón de madera, con varias hornillas. Él las encendía, preparaba café, hervía la leche; protestaba desde el amanecer, decía maldiciones, hacía ruido con sus pasos por la cocina de piso de madera, cargaba agua, lavaba platos, empezaba a preparar frijoles, arroz, garbanzos... Creo que él pasaba todo el día peleando, por todo peleaba, refunfuñaba, pero no era una mala persona. Era gallego, campesino, analfabeto totalmente; pero una persona que a pesar de estar afectada por el problema de la pierna, hizo ese trabajo durante muchos años.

Katiuska Blanco. Recuerdo que usted, en la visita que hizo a Birán cuando cumplió 70 años, prefirió el cocido de garbanzos con ovejuna a cualquier otro plato de comida, algo que nos regresa otra vez a las costumbres gallegas de su padre, pero ¿qué otras comidas se cocinaban en la finca?

Fidel Castro. ¿Qué cocinaba García en mi casa? Había buena comida, lo que yo no tenía apetito, porque estaba todo el día comiendo cosas por aquí, por allá. Recuerdo, desde muy pequeño, que cuando nos sentábamos a la mesa alargada, en un extremo se sentaba mi padre; en el otro, yo; y en los laterales, los demás hermanos, además de mi tía y mi prima hermana, mientras que mi madre trajinaba y se movía de un lado a otro. Recuerdo desde muy pequeño, que cuando nos sentábamos a la mesa, había presión para que comiéramos, había que comer el cocido, como le decían a los garbanzos. Cocinaban el garbanzo con ovejuna o hacían potaje también de garbanzos, o hacían frijoles, arroz, o arroz con pollo; siempre había

carne y pan en la casa, yuca, malanga o plátano. Pero había disciplina a la hora del almuerzo y a la hora de la comida, nos presionaban para que comiéramos; te servían y había que comer. Por cierto, no es un buen método que a uno lo obliguen a comer.

Mi padre siempre estaba protestando por la comida, que si estaba salada, que si le faltaba sal, que si los garbanzos estaban duros, que si los frijoles estaban mal cocinados. Mi padre protestaba siempre por el cocinero, decía que era muy mal cocinero. Así que si me preguntan al respecto, yo digo: a juzgar por mi padre, era muy mal cocinero, pero yo creo que no, que cocinaba normal, sabía cocinar. Cualquier campesino español sabe cocinar los frijoles, las alubias, los garbanzos. Es mi opinión, pero mi padre era más exigente, además de malgenioso, y tenía tendencia a protestar también, a regañar y a pelear, nunca le parecía que las cosas estaban del todo bien hechas.

Yo recuerdo que el cocinero era amigo mío, aunque no del tipo de amigo como el tenedor de libros. Y así había distintos españoles, trabajadores, gente amable.

En mi casa, mi familia tenía muy pocos conocimientos sobre los personajes de nuestra historia, y los trabajadores muchas veces eran analfabetos y con muy poca preparación, ni sabían la historia de Cuba. Claro, se hablaba de las guerras de independencia, leyendas, tradiciones, que si tal combate. Ya habían pasado más de 35 años desde la última guerra de independencia. Algunos veteranos, unos pocos, eran conocidos y respetados porque habían sido soldados, pero ciertamente nuestra historia recibió un tratamiento muy malo, fue objeto de un olvido casi total.

60

Después de la guerra surgieron nuevos valores: el valor de la riqueza, el valor de los latifundios, el valor de los centrales azucareros, el valor de los ferrocarriles, el valor del dinero, la importancia del norteamericano y las cosas norteamericanas, los nuevos políticos y los nuevos poderes, y todo aquello vino a sustituir lo que pudiéramos llamar la tradición histórica de nuestro país, que fue opacada por completo. Prácticamente no se hablaba de las guerras de independencia ni era tradición ni motivo de orgullo. Algunos veteranos, vistos con respeto, como figuras venerables, recibían una pequeña pensión y llevaban una vida modesta, austera, en el mejor de los casos.

Todo lo nuevo que surgió con la Neocolonia, opacó la historia pasada de Cuba en aquella atmósfera de gente con tantos problemas, con tantas necesidades, con tanta ignorancia y con tanta dependencia. No había el clima –pudiéramos decir– histórico de estar conversando sobre la historia pasada, sobre los héroes de nuestra Guerra de Independencia, sino muy ocasional y superficialmente –te esto y hablando de los años 30 y a, entre los años 30 y 35–, en una pequeña escuela pública, con unos 20 o 25 alumnos. Muchos

de ellos no tenían posibilidades de ir regularmente a la escuela porque estaban trabajando, ayudando a la familia; iban descalzos, mal vestidos. Pero en la escuela pública sí estaban el Escudo, el Himno, saludar la Bandera, y la costumbre de recitar algunos versos de Martí: sus *Versos Sencillos*, y la de recordar algunas figuras así, pero todo muy formal. En la escuela era el único lugar donde recibíamos cierta información sobre historia y algunos símbolos de la patria, pero muy formal, en lo absoluto formal. Es decir, no se respiraba un ambiente patriótico, no existía una atmósfera de tradiciones históricas, de respeto. Lo que prevalecía era una ignorancia casi total.

¿Qué se les podía pedir a aquellos trabajadores analfabetos? ¿Qué se les podía pedir a aquellos inmigrantes haitianos o a aquellos inmigrantes españoles, que se acordaban de su tierra con respeto, pero que no tenían una relación con la historia de Cuba? De manera que nosotros no recibimos en el seno de la familia o en aquel ambiente, lo que pudiéramos llamar una educación patriótica, una exaltación de los valores patrióticos; en tal edad nosotros no recibimos eso.

Katuska Blanco. En la primera etapa, su vida estuvo muy ligada a la de sus hermanos Angelita y Ramón, pero me gustaría saber cómo han sido las relaciones con el resto de sus hermanos, y si aún perduran.

Fidel Castro. En general, me he llevado bien con todos, con algunos más que con otros. Conmigo no me llevo muy bien. De los cuatro primeros me llevo bien con tres, pero conmigo no me llevo muy bien, soy exigente conmigo mismo, tengo mis conflictos conmigo mismo. Pero, bueno, con los otros, con los mayores tenía más relaciones: con Enmita, que es la sexta, tuve bastantes vínculos; con Agustina no he tenido tantos así porque era la más pequeña; con Juanita, la quinta, que está en Estados Unidos, no había malas relaciones, aunque ella tenía un carácter fuerte. Surgieron malas relaciones con ella después del triunfo de la Revolución por problemas políticos, pero anteriormente no. Hago una interpretación política, marxista del problema.

Hay que tener en cuenta que mi familia no era millonaria, pero era rica, tenía muchos privilegios –desde el punto de vista social, por lo menos en Birán los tenía–, y nos inculcaron la idea de la riqueza.

Yo soy el primero en tomar una conciencia política, revolucionaria. De ahí, el que me siguió con rapidez fue el cuarto, Raúl, cinco años menor. Ejercí una influencia sobre él, porque lo había entusiasmado para que viniera a estudiar a La Habana, ingresara a la Universidad, y compartiera mis ideas, de tipo político y social. Cuando empecé a tener una conciencia revolucionaria, una concepción marxista, Raúl se adhirió como una esponja para pelear por ellas. A pesar de que tenía el mismo origen –quizás por eso–, él siguió las ideas. Fuimos dos, en el seno de una familia burguesa. Nunca intenté persuadir a mi padre de mis ideas socialistas.



En una ocasión, siendo yo estudiante universitario –estaba de visita en mi casa quien no llegó a ser mi padrino, aquel millonario, don Fidel Pino Santos–, y mientras almorzábamos, mi padre y él conversaban sobre distintos temas, y como de vez en cuando me irritaba un poco, ya con mis ideas cada vez más radicales, aunque con mucho sentido común porque comprendía que no tenía objetivo ponerme a discutir con ellos, hacía algunas intervenciones impertinentes. Formulaba algunas preguntas y algunos planteamientos, sin decirles cómo yo pensaba totalmente para no alarmarlos demasiado, pero intervenía en algunas discusiones, y yo diría que eran más bien cosas impertinentes de mi parte.

Ramón colaboró algo en lo del Moncada –pero no era en la lucha por el socialismo, no, no– para obtener algunas armas. Él no sabía lo que íbamos a hacer, pero yo sí le di a entender que estábamos en actividades revolucionarias contra Batista y él era antibatistiano. Algunos más de la familia también lo eran, sin ser socialistas.

Mi padre, aunque pienso que estaría inconforme con nuestras ideas, no tenía una especial contradicción, no era un problema político para él, más bien tenía la preocupación por nosotros, porque sabía que andábamos en actividades políticas y revolucionarias.

Me imagino que mi padre y mi madre sufrieron mucho con todas aquellas luchas; cuando lo del Moncada vivieron días de gran incertidumbre. Claro, hay dos cuestiones: mi madre era de un carácter fuerte, muy sensible, pero fuerte, capaz de sobreponerse a los peligros, a las adversidades. Mi padre era un hombre muy sensible, me imagino que sufrió calladamente, pero tenía cierto sentido de la historia, y en reiteradas ocasiones le escuché exclamaciones sobre acontecimientos y personajes históricos, y tengo la convicción de que mi padre sabía que aquellos hechos se iban convirtiendo en acontecimientos históricos de una o de otra forma; para él debió significar una cierta compensación porque sabía apreciar, no era un hombre que despreciara los hechos políticos ni los acontecimientos que pudieran tener trascendencia en la vida de un país.

62

Por entonces, yo era el único que había concluido una carrera universitaria –había terminado todos los estudios del bachillerato y la Universidad–, y me había convertido en un personaje importante en la casa: era el estudiante universitario y, finalmente, el doctor, el abogado; todo aquel tipo de cosas. Me admiraban por mis conocimientos, mis estudios, mis notas, mis éxitos; y por el hecho insólito de que alguien de la familia iba a ser abogado, doctor, graduado universitario. Todo lo cual, en la atmósfera de una familia autodidacta, que apenas ha aprendido a leer y a escribir, me concedía una autoridad especial, y gozaba de prestigio.

En ocasiones también le presté ciertos servicios a mi padreya terminando mi carrera, en algunos problemas relacionados con su propiedad, con



los títulos de su propiedad, y su relación con el millonario anteriormente mencionado. Tuve la oportunidad de prestarle a mi padre, incluso, algunos servicios familiares en el terreno legal, y me tenía mucha confianza.

Creo que yo gozaba de gran aprecio por parte de mi padre y mi madre. Ellos conocían mi carácter, les preocupaba naturalmente, sobre todo, tenían una consideración, un aprecio personal por el hijo. Pienso que no estarían del todo de acuerdo con mis actividades, pero no me criticaban, no me condenaban por las actividades políticas; ellos tuvieron siempre un gran respeto, ya cuando yo era adulto, por mis actitudes, mis ideas, aunque no imaginaban cuán radicales podían ser. Realmente, nunca escuché el menor responso de mis padres.

Debo agradecerle, en especial a mi madre, porque fue la que más se preocupó porque yo estudiara. Mi padre tenía preocupación también, pero no en el grado tan alto en que mi madre tenía la suya para que yo estudiara. Ella siempre fue un gran apoyo.

Claro, desde bastante temprano fui independiente. Casi desde quinto grado decidía qué hacía, resolvía problemas, situaciones. Creo que ellos se adaptaron y sentían respeto por mí.

Pero desde quinto grado decidí en qué escuela estaría y en cuál no, y qué hacer y qué no. Es decir, sobre mi vida empecé a decidir desde entonces –debía de tener 10, 11 años–, pero era bastante anticipado decidir uno lo que debía hacer. A todo esto me ayudaron una serie de hechos, una serie de experiencias que tuve desde muy temprano, desde los cinco años aproximadamente. Esas vivencias me enseñaron y me determinaron a decidir y a resolver problemas por mí mismo.

Estaba en segundo grado cuando tomo la primera decisión. Pudiera decirse que yo decido por primera vez de forma precoz. Tenía nueve años; decido irme de la casa donde estaba en Santiago de Cuba. Esto y allí, elaboro un plan, una idea, llego a una conclusión y tomo una decisión, en virtud de la cual me llevo un interno en el segundo grado para el Colegio La Salle. Así que adopto la primera decisión sobre mi destino en segundo grado, debo de haber tenido nueve años porque a mí en aquella casa –no recuerdo cuándo aprendí a leer y a escribir, por lo temprano que me enviaron a la escuela, y me parecía que siempre supe hacerlo– me hicieron perder dos años. A mí me atrasaron por gusto, injustamente, por interés económico. Y, además, pasé el Rubicón allí en Santiago, primero en una casa, después en otra, es una larga historia.

Katiuska Blanco. Comandante, cuando visité Santiago caminé desde La Alameda, por toda la calle Santa Rita hacia arriba, en busca del Tivolí, donde usted vivió con la familia Feliú las penurias, allí, donde por primera vez tomó una decisión en su vida. Pienso que fue en enero de 1936, después de las vacaciones de Navidad a finales de 1935. Usted cursaba el segundo grado

externo en La Salle, y decide rebelarse de una vez y por todas para que lo envíen interno, pues en ello consistía la constante amenaza que le hacían.

Fidel Castro. Después de tomar mi primera decisión sobre la escuela en segundo grado, así que fue prematuramente; la segunda, la tomo en quinto; la tercera, en sexto grado. Asumo tres decisiones importantes, pero ya desde quinto grado, estoy decidiendo por mí mismo –pudiéramos decir al entrar en sexto grado–. Todo lo que se refleja en mis estudios lo decidí yo también, y creo que en mi casa se acostumbraron a eso.

En ocasiones tuve también que discutir duro y plantear el problema en mi propia casa. Hubo momentos en que me iban a sacar de la escuela, me iban a dejar en Birán; en un instante iban a suspender el viaje de regreso a Santiago, me iban a suspender los estudios por un problema en el que yo tenía toda la razón, pero mis padres no estaban bien informados al respecto, impresionados por la información dada en el Colegio La Salle, de donde nosotros, al fin, nos fuimos cuando yo cursaba el quinto grado.

Así que ocurren tales situaciones, y se explica mejor por qué voy tomando mis propias decisiones y por qué ellos se adaptan a respetar mi proceder al fin y al cabo mis decisiones no fueron malas, fueron correctas. A medida que transcurría el tiempo, fui adquiriendo un ascendiente, una admiración especial, por ser el único del grupo que progresaba en los estudios. Para ellos era el mérito más grande que podían recibir de mí: ser aplicado, ser estudioso, vencer las pruebas, los exámenes.

Era el tipo de relaciones que existía en mi casa. Era lo que explicaba de mi padre y mi madre, no nos criticaban las ideas, pero no es que tuvieran una especial posición política. Posiblemente si todo marchaba, a ellos les fuera indiferente que hubiera un gobierno del tipo de Grau, del tipo de Prío, del tipo de Batista, con tal de que no se metieran con ellos y todo siguiera su curso normal, y siempre que la sagrada propiedad privada fuera respetada. Era, en definitiva, lo más importante. Se molestaban más cuando había más robo en el gobierno, más pillaje, todo lo cual los disgustaba, pero existieron siempre en esta República. Por tal razón ellos no tenían especial compromiso en política, ya se habían adaptado a aquella desgracia, dentro de un sistema capitalista de propiedad privada y de libre empresa, que lo mismo funcionaba con Grau, con Prío que con Batista.

Los otros hermanos: Angelita, la mayor, observaba, pero no estaba implicada.

En la lucha contra Batista, y después en el Moncada, combatimos Raúl y yo, luego estuvimos presos; y ahí se fueron incorporando más familiares. Por ejemplo con Lidia, nuestra hermana mayor, hija del primer matrimonio de mi padre, siempre tuvimos muy buenas relaciones, porque se preocupaba por nosotros, aunque éramos medio hermanos, como se decía entonces. Cuando ya nosotros estudiábamos en los colegios La Salle y Dolores, ella

vivía en Santiago y nos invitaba con cierta frecuencia a la casa donde residía con su esposo, un profesional universitario.

Ellos nunca vivieron con nosotros, iban de visita muy raras veces a Birán, no existían las mismas relaciones entre los hermanos del primero y el segundo matrimonio. Nos conocíamos y había siempre un poquito de sutil rivalidad, no entre nosotros, pero sí entre familias. Era el rezago de todas aquellas situaciones de los hermanos del primer matrimonio y los hermanos del segundo, siempre; pero los hermanos mayores eran amistosos con nosotros, tanto la hembra como el varón, sobre todo ella.

Al hermano mayor, Pedro Emilio, yo le tenía mucha admiración, porque era un intelectual, sabía idiomas: inglés, francés, italiano, como cinco idiomas; era poeta, y siempre fue muy afectuoso, me trató con un especial cariño; era de los que conversaba mucho conmigo, me hacía cuentos y promesas de que me iba a regalar esto o lo otro. Estuvo en política. Me traía sus libros de versos, algunos todavía los sé de memoria:

*Italiana divina, yo te amo
por el amor de tu alma placentera,
haz que nazca en mí la primavera
haciéndome tu amo.*

Había otros poemas que eran picarescos, que decían, por ejemplo:

*Está casto, está casto, está casto:
así suena tu blanco zapato,
cuando vas por la vía,
campeona de la Biología.*

Era político demócrata, antibatistiano, pero tenía muy mala fama en mi casa: que si Pedro Emilio hace esto, que si gasta dinero, que si empeña las cosas, que si tiene unos amigos, malas compañías –eran algunos intelectuales amigos de él a quienes les echaban la culpa–. Pedro Emilio era medio regado, según la opinión que nos daban.

En mi casa no apreciaban las cualidades intelectuales ni de poeta de Pedro Emilio; todavía no puedo decir si eran buenas o malas pero a mí me gustaban sus poesías, me las aprendía. Él no vivía con nosotros sino en Santiago, con la madre. Era el menor del primer matrimonio de mi papá, creo que me llevaba, por lo menos, 10 años. Cuando yo tenía 13 años, ya él era aspirante a representante a la Cámara de Diputados, por el partido de oposición.

Katiuska Blanco. Sí, en efecto, Pedro Emilio nació el 8 de julio de 1914. Es decir, contaba 12 años más que usted, y tenía 26 años cuando la Constituyente de 1940.



Fidel Castro. En mi casa decían que era un muchacho indisciplinado, que había gastado algún dinero, que no tenía buenas compañías, que si era loco; porque en aquel ambiente, ser poeta era ser medio trastornado. Pero era culto, estudioso, leía mucho, tenía mucha preparación, sabía varios idiomas; creo que estudió los idiomas por el gusto hacia la poesía italiana, ya él me hablaba de «El Infierno» de Dante, y sus versos abordaban esos temas. Tendría que volver a leerlos –no soy buen crítico de arte–, y discutir con algún especialista cuál es su valor.

Pedro Emilio gozaba de prestigio intelectual en el ambiente de Santiago de Cuba; pero como no había estudiado más –se hizo un autodidacta muy culto, pero no estudió el bachillerato, que yo sepa, no estudió en la Universidad– quedaba descartado. Intelectual, políglota y poeta, mas ninguno de esos méritos tenía valor en mi casa; pero él siempre fue excelente conmigo.

Lidia, casada con un médico, el doctor Narciso Montero, de una familia profesional –tenían un laboratorio farmacéutico–, nos invitaba a su casa de Santiago de Cuba; no era muy lujosa, era una casa cómoda, bien amueblada. Los domingos nos invitaba, cuando ya estábamos en el Colegio Dolores, y nos preparaba una buena comida, con un buen postre. Recuerdo uno: charlota rusa, se hace con frutas, huevos y gelatina. ¡Qué maravillosa golosina! A nosotros nos gustaba mucho.

Lidia siempre tuvo preocupación por nosotros. Me parece que los dos hermanos mayores del otro matrimonio, de aquella familia con la cual existían ciertas rivalidades, siempre, como dije, fueron cariñosos conmigo; y ella fue algo más, porque Lidia más tarde fue una compañera en la lucha revolucionaria, podría decir que la primera simpatizante política fue Lidia.

Katiuska Blanco. Comandante, siempre he lamentado no haber podido conversar con ellos y, en especial, con Lidia. Ambos murieron en el mismo año 1994. Comencé mis indagaciones en 1996, es decir, dos años después, cuando ya no estaban.

66 **Fidel Castro.** Cuando vivían nos encontramos en varias ocasiones. A Lidia la veía con mayor frecuencia. Ella fue la primera gran simpatizante, si hablamos de los nueve hermanos: los Castro Argote y los Castro Ruz, y Raúl, el primero del segundo grupo. Después, con el curso de los años, nos distanciamos un poco de Pedro Emilio, no hubo esa relación política. Más tarde surgieron algunos conflictos, algunas desavenencias de Pedro Emilio con la familia, lo que influyó en las relaciones con él; en cierto momento adoptó una actitud hostil, y eso influyó en las relaciones en lo adelante; no desavenencias con la Revolución, sino con la familia. Eso fue tiempo atrás, ya después de que él aspirara a representante en 1940; entonces tuvo algunos problemas, necesidades económicas, y presionó a la familia para resolverlas; surgió alguna hostilidad y se produjo cierto distanciamiento con Lidia y conmigo.



Quando me gradúo de bachiller, Lidia se había quedado viuda. Al esposo de Lidia, el doctor Montero, le diagnosticaron el mal de Hodgkin, y ella tuvo que ocuparse de la enfermedad, que duró no sé si un año y medio o dos años, y fue muy sufrida, aquí en La Habana. Lidia estuvo a su lado, soportó todo aquello. Heredó algunos recursos muy modestos, una pensión, alguna propiedad familiar. Así que cuando me gradué de bachiller, Lidia se mudó para La Habana y alquiló una casa para que yo viviera con ella; entonces, varios de nosotros nos fuimos con ella un tiempo.

Siempre preocupada por nosotros, fue la primera que me apoyó mucho. Era la mayor, porque Raúl era más pequeño, entonces ya éramos tres con las mismas ideas. No era muy ideológica, pero estaba de acuerdo con la lucha, con mucha admiración, con mucha simpatía, con mucho orgullo. Después, en la lucha contra Batista, en lo del Moncada, y después del Moncada, cuando estábamos presos, en México y en la Sierra Maestra, nos dio un gran apoyo. En el período del ataque al Moncada, ya Ramón se había sumado, y Juanita lo hace posteriormente, se puede decir que todos, de una forma o de otra, participaron. Así que, en realidad, nosotros avanzamos bastante.

Con Enmita nunca hubo problemas, se mantenían excelentes relaciones. Enmita estaba bien preparada, estudió piano, adquirió una cultura. Agustinita también, la más chiquita, fue aplicada durante un período que permaneció en Europa por motivo de nuestra lucha. Juanita más bien se dedicó a algunas actividades comerciales, no estudió. Enmita sí, y también Agustinita.

Al final, después del Moncada, no pude ver a mi padre por la situación que había, le escribía y todo, pero no pude verlo. Desde que salí de la prisión permanecí breve tiempo en La Habana, no era fácil trasladarme a Birán; aparte de lo difícil que podía tornarse la situación, no era ni siquiera prudente ir a visitarlo y comprometerlo. Me fui directo a México.

Nunca tuve mucha información sobre lo que pensaba mi padre en tal período. Quizás Ramón conoció mucho más; pocas veces me detuve a conversar con él y preguntarle todo eso, a veces creemos que habrá tiempo, y ahora ya no tiene buena memoria. Pero estoy seguro de que, en el fondo, mi padre estaba con nosotros, no tengo la más absoluta duda, lo conocía muy bien. Creo que estaba preocupado, intranquilo; pensaría que las dificultades eran muy grandes, que los obstáculos eran muy grandes, que posiblemente moriríamos, pero esto y convencido de que estaba de acuerdo con nuestra lucha.

Para nosotros, ya aquella era una lucha por una revolución profunda, pero todavía en todo aquel período no estaba planteada una revolución socialista. Ya se había publicado mi discurso de autodefensa en el Moncada. Cualquiera que lea en serio dicho material, y lo lea bien, ve que hay un

programa, que ahí están todos los gérmenes de una revolución mucho más progresista, de una revolución socialista: hablo de utilizar los recursos en el desarrollo del país, de la ley urbana, de la propiedad de la vivienda, la reforma agraria, de las cooperativas; ya digo el máximo que se puede decir en tal período, el programa más ambicioso que se podía proclamar y que fue la base de todo lo que hizo la Revolución. Ya era el programa de un marxista-leninista, de alguien que comprendía bien la lucha de clases, que cuando habla de pueblo se refiere a los sectores humildes, los campesinos, los obreros, los desempleados; hay una concepción clasista planteada en *La historia me absolverá*, un programa que era el primer paso hacia el socialismo.

Quien lo vio, admiraba que nosotros lucháramos contra Batista, la valentía de aquella gente, pero decía: «No, no es revolucionario». Estaban acostumbrados a que todos los líderes políticos en su juventud fueran radicales, y en su edad adulta, madura, fueran moderados, al final conservadores y, por último, grandes reaccionarios. Entonces, ellos creían que estaban en presencia de lo mismo, y no prestaron mucha atención a los problemas que planteaba. Pensaban que el sistema era muy sólido y ahí estaba Estados Unidos, cómplice de todo, para perpetuarlo. Aquí no podía tener lugar una revolución social, pero: «Esos muchachos son muy valientes y están contra Batista, después nos encargamos de corromperlos; no hay que hacer mucho caso de esos planteamientos radicales, es el radicalismo de la juventud [...]. Veintiséis años, unos muchachos muy radicales». Nunca había existido un programa tan radical como *La historia me absolverá*, o casi tan radical, si se exceptuaba el del Partido Socialista.

Y triunfa la Revolución, y no voy a decir que mi madre era socialista ni que mi madre era comunista; tenía sentido de la propiedad, trabajaba en la tienda y en las otras dependencias.

68 Ahora, sí recuerdo que casi al final de la guerra hice una visita a mi casa. Entre dos grandes combates, en un jeep, con una pequeña escolta, recorro desde Palma Soriano hasta Birán para hacer una visita; fue como el día 24 o 25, creo que era Nochebuena. Claro, viaje de noche –teníamos que viajar de noche, porque de día los aviones eran dueños del territorio–, y llego allí casi al amanecer, iba contentísimo. La guerra andando detrás, por la Carretera Central, y cerca, en Birán, se sentía el estruendo del combate que se estaba librando en Cueto, a unos 12 kilómetros en línea recta. Cuando pasé por Marcané también sentí el ruido de los combates, se estaba luchando en muchos lugares. Era una tropa del Segundo Frente, de Raúl, por el Norte, tenían cercado Cueto y estaban combatiendo.

Entonces una de las cosas que hago después del encuentro familiar es ir al naranjal, 12 o 14 hectáreas de naranjos que había allá. Claro, allí se reunió un grupo de vecinos, no muchos, 15 o 20, los que estaban en

aquel momento, aunque era peligroso, vinieron a saludarme. Figúrate, ya llevábamos casi 25 meses de guerra en las montañas, ya habíamos ejercido funciones estatales, habíamos hecho Reforma Agraria, leyes de toda clase, habíamos confiscado grandes rebaños de ganado y establecido impuestos a los centrales azucareros del país. Entonces voy a aquel naranjal que recorrí tantos cientos de veces cuando de niño iba a comer naranjas. Después de 25 meses de guerra, casi al triunfo de la Revolución, le digo a la gente: «Pasen, coman naranjas»; ya casi había perdido el sentido de la forma. Mi madre, que recibió a todos muy contenta, protesta y me dice que es incorrecto, que no debo hacer eso, que no está de acuerdo, y me explica su argumento, y concluyo que tenía toda la razón. Creí primero que protestaba porque yo estuviera repartiendo las naranjas, pero ella no lo hacía por eso, sino por el desorden al entrar allí 15 o 20 personas, y empezar a arrancar las naranjas. Ella estaba de acuerdo con repartirlas, pero con orden. Decía que esa era la propiedad, recibí una reprimenda por andar creando desorden.

Mi madre tenía un carácter fuerte, sentido de la propiedad; pero, al mismo tiempo, estaba de acuerdo conmigo. Es decir, ella no estaba contra la Revolución. Después, la Revolución empieza a radicalizarse. Sin duda, hubo mucha gente que trató de influir, pero ella no se dejó influir. Cuando nosotros hicimos la primera Ley de Reforma Agraria, la finca de ella era de 60 caballerías, más las 800 que tenía arrendadas. De las 11 700 hectáreas, a mi madre le quedaron apenas unas 400 hectáreas tal como establecía la primera Ley de Reforma Agraria, y aceptó, ni protestó ni se quejó.

Ella, entre su concepción de propietaria, sus intereses económicos y su condición de madre, optó por su condición de madre y subordinó, al fin y al cabo, sus intereses, sus ideas, a las ideas y a la política de los hijos. Nunca la oí discutir, si veía algo mal, argumentaba: «Ha y algo que está mal hecho: aquella granja está mal administrada...».

En aquel período, Ramón se había sumado a la lucha contra Batista, pero después del triunfo se dedicó a la agricultura.

A medida que la Revolución se radicalizó, mi madre siguió con la Revolución y Ramón también siguió con la Revolución, a pesar de que la clase de los terratenientes y toda aquella gente trataron de ejercer influencia sobre ellos. La prensa de derecha, reaccionaria, los entrevistó para ver si hacían una declaración, y utilizarla fuera de contexto. Ni mi madre ni Ramón nunca dijeron una palabra. Mi madre, muy firme, siguió con la Revolución, y Ramón también.

Nosotros teníamos familiares pobres, los hijos de los tíos que eran carreteros: Enrique, Alejandro y, además, los parientes hijos de la tía que murió; los pobres de la familia, encantados porque hicimos la Revolución. Al fin y al cabo, nosotros habíamos llevado, de una forma o de otra, la Revolución a la familia, a pesar de nuestra procedencia de terratenientes



y burgueses. Si se analizan estos orígenes, la historia de todo, podría considerarse que tuvimos un éxito total, porque habíamos llevado a prácticamente toda la familia por el camino de la Revolución.

La única que no se adaptó a la idea de la Revolución fue Juanita, una sola. Se ve como cosa natural, porque su mentalidad era capitalista, una ideología capitalista. Desde joven, tenía en Birán un teatro, un cine, algunas propiedades, administradas por ella; tenía sus ingresos y adquirió una ideología capitalista. En definitiva, para mí existía una explicación absolutamente lógica, y a que había una diferencia de ideas, más un carácter fuerte. Ella reaccionó marchándose del país, se convirtió en una activa militante contra la Revolución; pero eso no me preocupa, siempre tuve mucha sangre fría para analizar estos problemas dentro de una concepción revolucionaria y marxista. Si hubiera tenido otra concepción, otra filosofía, quizás me habría parecido absurdo, una acción mala, pero ella actuó en consecuencia con sus ideas, y reaccionó como otras muchas personas con ideas capitalistas, no querían saber nada de socialismo, de comunismo o de marxismo. Siempre lo vi así, con mucha naturalidad, como una cosa muy lógica, casi natural. No tengo la más mínima duda, ni siquiera pudiera decir que tengo el más mínimo rencor hacia Juanita a pesar de todo.

Me parece incorrecto que hicieran campaña, sobre todo, me parece incorrecto que el imperialismo use esos métodos de manipular y utilizar a familiares para hacer campañas de esa naturaleza. Ella es ciudadana norteamericana, y la han utilizado en más de una ocasión en tal tipo de acciones hostiles, la última vez recientemente, por los días del año pasado [2009] en que la casi totalidad de las naciones del mundo condenaron el cruel e injusto bloqueo de Estados Unidos contra todo un pueblo, contra nuestra patria.

Yo creo que eso deshonra al imperialismo, son métodos sucios que no hemos usado jamás. Es como si, para combatir a Reagan, a Bush padre o a Bush hijo, hubiéramos utilizado a una prima de cualquiera de ellos que esté con la Revolución; es ridículo, no son recursos políticos, son recursos demagógicos y sucios, utilizados por el imperialismo. No me extraña, ¡cómo me va a extrañar!, ¿por qué me va a extrañar que el imperialismo lo haga?, es lo más lógico del mundo. Pero nosotros nunca hemos actuado así. La Revolución nunca actuaría de modo tan poco honorable, lo ha demostrado a través de su historia. Cuando usted tiene ideas o valores que destruyan los mitos, eso no constituye un problema. Son mecanismos de tipo psicológico, de guerra psicológica, y corresponden a la esencia del imperialismo.

Katiuska Blanco. En la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado se conserva aún el registro escolar de la escuelita de Birán, tiene tapas duras de color anaranjado y hojas amarillentas por el paso del tiempo. Todo lo anotado en aquel libro, durante los años 30 del siglo xx, resulta muy



interesante. Aparecen disímiles datos: alumnos, asistencia, calificaciones y hasta cuándo se suspendían las clases por epidemias de tifus o paludismo. Pienso que al salir de aquella primera escuelita, usted vivió experiencias que lo determinaron muy precozmente a tomar sus propias decisiones, pero ¿cómo ocurrió todo según sus recuerdos? ¿Qué lo llevó a esas encrucijadas de la vida a tan corta edad? ¿Usted sabe con certeza por qué lo enviaron a Santiago?

Fidel Castro. Era una época difícil, la época que hoy y le llaman del mac hadato, de la gran crisis de los años 30, cuando el precio del azúcar bajó de forma estrepitosa.

Eufrasita, la tercera maestra de quien hablé, era miembro de una familia de tres hermanas huérfanas de madre, que vivían con su padre en Santiago de Cuba. Las tres hermanas habían estudiado: una era médica, era como la estrella de la familia; la otra profesora de piano; y la tercera, maestra.

Eran mestizas, alguna relación histórica tenían con Haití. Eso no tiene nada de extraño, porque cuando la Revolución de Haití muchas familias haitianas vinieron hacia Cuba, a la zona de Oriente, algunas llegaron con esclavos. Era la época de la esclavitud, desapareció en Haití, pero continuó en Cuba. Y esos inmigrantes de origen francés que vinieron de Haití desarrollaron una sólida agricultura de café y cacao en Cuba, y tuvieron mucho que ver con el gran auge que en el siglo XIX alcanzó la producción cafetalera. Eran agricultores muy eficientes, notablemente eficientes para aquella época, que sabían usar la humedad y la fertilización a base de cal. Desarrollaron una importante riqueza y, a la vez, adquirieron nuevas dotaciones de esclavos. Por eso, en Santiago de Cuba y Guantánamo hay un gran número de nombres de origen francés entre la población cubana; es decir, los descendientes de los esclavos tienen los nombres de los antiguos amos franceses.

Algún tipo de relación tenía dicha familia con la cultura francesa y con Haití. Yo sé que las tres hermanas estudiaron, incluso, fuera del país. No tengo información de la madre, tal vez se pudiera investigar; no tengo información del padre; lo conocí de muchacho, pero no tuve mucha relación con él. Hablaban un francés perfecto, no sé si lo estudiaron en Haití o, incluso, si lo estudiaron en Francia.

Cuando Eufrasita va de maestra para Birán, era una época de gran crisis económica. Cuando surge la idea de llevarnos a Santiago, la hermana médica había muerto, y la hermana pianista, que después fue mi madrina, quedó sin empleo; la maestra era la única empleada, y su ingreso también único para su familia, y en aquella época, muchas veces, el gobierno no les pagaba siquiera a los maestros.

Vivían en Santiago de Cuba, en una casita de madera, muy modesta. Todavía está allí.



¿Por qué voy a parar a Santiago de Cuba a casa de la maestra? Porque ella, naturalmente, vivía una situación económica apurada. En mi casa, mi padre y mi madre se dedicaban al trabajo, y la escuela era mi círculo infantil. Angelita ya era mayorcita, no sé si estaba en quinto o en sexto grado, y la maestra convence a mis padres de que Angelita debía ir a Santiago a estudiar tal grado para después seguir los estudios en una escuela mejor, porque ya no existían perspectivas en Birán. Y a mí, que debo de haber tenido seis años, que llevaba sentado en la primera fila desde hacía por lo menos dos años –después me deben haber pasado para la segunda porque ya escribía y sacaba cuentas–, deciden mandarme también con Angelita. La maestra, indiscutiblemente, hizo una campaña; como yo había aprendido a leer y a escribir, dijo que yo era brillante, que era buen estudiante, muy inteligente y que, por lo tanto, también había que mandarme a Santiago de Cuba, para recibir una mejor educación. Ella convenció de alguna forma a mi madre y a mi padre de que era bueno que me fuera con Angelita. No se llevan a Ramón, él no va.

Angelita y yo somos remitidos a Santiago de Cuba. Así empieza la historia.

Parece que convenieron con mi familia el envío de 40 pesos lo equivalente a 40 dólares, por cada uno de nosotros; o sea, la maestra aseguraba un ingreso de 80 dólares con nosotros dos en la casa. Para la época aquel era un ingreso muy grande, 40 dólares tenían entonces el poder adquisitivo que hoy tienen aproximadamente más de 1000 dólares en Estados Unidos; era un enorme poder adquisitivo, una resvalía dos dólares, tres dólares. Fue un recurso que buscó la maestra para mejorar su situación económica. Hasta ese punto no la critico aunque no puedo estar de acuerdo con que me hayan utilizado como instrumento. Los primeros en viajar fuimos Angelita y yo. A Ramón lo convencí después para que se quedara en Santiago, en una visita que nos hizo con mi madre. Soy el culpable de que Ramón haya pasado también aquel calvario.

Yo nunca me había separado de mi familia, y mandarme de Birán para Santiago de Cuba era casi casi como mandar a un muchacho de seis años para Estados Unidos, porque los de mi casa muy rara vez iban a Santiago.

Santiago de Cuba me pareció una ciudad enorme; recuerdo la estación de ferrocarril, construida en parte de madera; la ciudad, la bulla, todo.

Fuimos directamente para la casa de una prima. ¡Ah!, no estoy seguro de que ya tuvieran alquilada la casa aquella adonde fuimos a parar. En la calle Santa Rita, cerca del malecón, en una casa muy modesta, vivía la prima gorda, que le llamaban Cosita, y allí dormí por primera vez en Santiago de Cuba.

Katiuska Blanco. Ella se llamaba Osoria Ruiz y vivía en el n.º 51 de la calle de Santa Rita baja, muy cerca de La Alameda. Estuve allí y me impresionó la



exactitud con la que usted recuerda la cercanía al embarcadero . Llegué y era como si conociera el lugar desde antes, y es que en verdad ya lo había recorrido a través de sus palabras memoriosas...

Fidel Castro. A los pocos días, vamos a vivir en la casa chiquitica de madera, ubicada en un alto cerca de donde se encontraba el instituto en Santiago y allí nos reunimos el padre de la maestra, la hermana de la maestra, Angelita, Esmérida, una campesinita que llevaron de criadita y yo: cinco cuando menos. La maestra estaba unas veces, y otras no; según fuera el período de clases, ella regresaba a trabajar en la escuela de Birán.

Entonces, de la casa de la prima gorda, mandaban una cantinita chiquitica donde podía caber la alimentación de una o dos personas. Aquella cantinita, que llegaba por el mediodía, era para comer los cinco por el mediodía y por la noche.

Yo no sabía lo que era el hambre, pudiera decir que no sabía lo que era el apetito, porque estaba todo el día en la tienda, en la casa o en el campo comiendo dulces, caramelos, frutabombas, mangos y toda clase de chucherías. Cuando nos sentábamos a la hora del almuerzo, había que presionarnos, casi obligarnos a comer; eso era en la casa. Pero cuando llego a Santiago descubro el apetito, no el hambre porque yo no sabía lo que era el hambre, no estaba consciente de que estaba pasando hambre, sino de que sentía un apetito enorme, la comida me parecía una maravilla, fabulosa. Todos los días esperaba que llegara la cantina aquella, a la hora del almuerzo, y al final, por la noche, repartían el buchito de lo que quedaba en un platico. Era una cucharadita de arroz, un poco de boniato... ¡Hasta el último granito me lo comía!, ¡lo pinchaba con una punta del tenedor! Y lo digo sin exagerar en lo más mínimo . La comida se había vuelto de repente para mí algo maravilloso , exquisito, pensaba todo el tiempo en eso . Parecía una cosa infinita, que yo no pudiera nunca satisfacer aquella ansiedad... Estaba esperando por la tarde que llegara otro granito de arroz.

Aquello se une a otra cosa: en la casa, cuando llo vía, caía más agua adentro que afuera. Era un barrio pobre, muy pobre.

Mis padres enviaban 40 dólares por cada alumno. Daba para comer igual que un rico. Creo que la maestra hizo demasiada economía. Ella empezó a ahorrar dinero. No sé cuánto se dedicaba a la casa y al gas, pero creo que serían 10 dólares, 14 dólares, 20 como máximo.

Claro, lo único que podemos decir con justicia es que todo el mundo pasaba hambre allí: el padre de la maestra, la hermana, todo el mundo; era un hambre bien repartida entre todos, porque aquella pequeña cantina no podía dar para los cinco.

En aquel momento yo vivía en el barrio de muchachitos pobres, donde un durofrío valía un centavo, un rallado o granizado con sirope de fresa, de cola o de cualquier cosa, costaba un centavo. Figúrese, con el hambre que



pasaba, salía por allí y los muchachos que tenían un centavo compraban, pero los muchachos son egoístas, los muchachos, en general, son egoístas.

Además del hambre, la hermana de la maestra me daba una esmerada educación francesa: cómo uno se sienta, cómo uno tiene que comportarse, cómo se debe comer en la mesa, y entre las cosas que no se podían hacer jamás, estaba pedir. Entonces, los muchachos conocían las reglas por las cuales nosotros teníamos que regirnos, y cuando un muchacho estaba comiendo rallado y yo le decía: «Dame un poquito de rallado», me respondía: «No», e iban a ver a la hermana de la maestra y le decían: «Oiga, está pidiendo». Me delataban si violaba las reglas de la casa, porque ellos también pasaban hambre y no querían dar ni un poquito del rallado.

Todavía recuerdo que un día le pedí un centavo a la que fue mi madrina después, y me dijo: «No, no te puedo dar un centavo, porque ya te he dado 81 centavos». Sería cuando llevaba dos meses allí. La situación era tan crítica que ella no me podía dar un centavo para comprar un durofrío ni yo podía pedirlo. Eso duró unos cuantos meses, puede ser medio año.

El hecho es que un día, no sé por qué, llegó Ramón a Santiago de visita, y llegó rico, porque Ramón tenía una carterita de bolsillo, que se dobla, con un dinero en menudo –10 centavos, 20 centavos de plata, centavos de cobre, medios de níquel, ¡me parecía una fortuna!– y tendría alrededor de un peso y hasta más ¡Figúrese! Salimos a una tienda, no sé si de unos chinos, y nos compramos unos turronecitos de coco que valían un centavo. Ramón llevaba capital suficiente para 150 turronecitos de coco, por lo menos. Cuando vi eso aquello, le digo a Ramón que se quede, que no se vaya, que se quede allí para garantizar aquella colosal riqueza. Como resultado, a los pocos días, la cantina había que estarla repartiendo con una sexta persona, que era Ramón, los comensales aumentaron a seis. El dinero de Ramón voló, no sé, en poco tiempo desapareció todo, y recuerdo que la situación llegó a ser tal, que además de pantalones cortos, sin medias, los zapatos que tenía se rompieron, y pedí una aguja y cosí los zapatos con hilo de coser. Tendría entonces seis o siete años.

Katiuska Blanco. Tenía seis años, Comandante, porque lo llevaron para Santiago en mayo o junio de 1933, en agosto de ese año cumplió siete.

Fidel Castro. Aquel fue el período más crítico. ¿Cuánto duró? Quizás Angelita supo cuánto duró tal período, porque Angelita me llevaba como cinco años.

La maestra en Birán –según oía a mis tías, a mi madre y a todo el mundo después, cuando se formó el escándalo por todo esto– comía en mi casa, se servía y escogía las piezas de pollo en el arroz amarillo. Ella estaba espléndidamente en mi casa. Cuando llegó Ramón a Santiago, Eufrasita comenzó a recibir 40 pesos más, 120 pesos en total por los tres. Pero en la casita de Santiago de Cuba, para todos nosotros, la cantina seguía siendo la misma.





Fuimos objeto de un negocio y pasamos hambre pero hambre de verdad. Es así como te he contado , con un rigor histórico exacto y preciso . Tiene importancia porque creo que influyó después, cuando me vi desde muy temprano enfrentado a problemas y situaciones muy difíciles , como el hambre, que al principio no podía explicarme. Me doy cuenta de que hemos sido víctimas de una gran injusticia, bastante tiempo después, cuando mi madre llegó a Santiago; pero no sé qué tiempo pasó . Tengo presente que en el año 1933, en agosto, cae Machado. Con el golpe del 4 de septiembre, sube Grau. Fue él quien promulgó las leyes nacionalistas sobre el trabajo. Angelita y yo fuimos al barco *La Salle*, en el que expulsaron a los haitianos. Era en el último trimestre de 1933 o a comienzos de 1934.

Grau estuvo de septiembre a enero, tres meses, y en dicho tiempo dictó la ley de expulsión de los haitianos . Cuando esto ocurrió y a Luis Hibbert, cónsul de Haití, era novio o marido de Belén, y estábamos nosotros con él presenciando la expulsión de los haitianos, que fue al final de 1933 o principios de 1934. Ya habíamos vivido en la casa de madera muchísimo tiempo. Recuerdo que desde que fui interno en segundo grado 1936 y 1937, no tuve más contacto con dicha familia. Mientras permanecí en aquella casa recibí tres obsequios por el Día de Reyes, es decir, tres días de Reyes Magos. De ello sí que me he acordado toda mi vida: las tres cornetas . Ya Luis Hibbert era mi padrino, y si no lo era todavía, ya tenía relaciones con Belén, porque si no, ¿por qué fui al vapor *La Salle*? Él nos llevó allá al muelle, al vapor *La Salle*, que tenía dos o tres chimeneas, a ver la expulsión de los haitianos, a quienes él como cónsul debía despedir.

Katuska Blanco. Comandante, el 18 de octubre de 1933, el Gobierno Provisional de los Cien Días dictó el Decreto n.º 2232, ordenando la repatriación de todos los extranjeros desocupados o que se encontraran ilegalmente en el país. El 20 de diciembre se concede un crédito de 20 000 pesos para cubrir los gastos de los extranjeros menesterosos e indigentes –así decía–, a quienes el gobierno consideraba necesario enviar a sus respectivos países de regreso. Tal decisión se cumplió en vapores como el *San Luis* y el *La Salle*, que usted recuerda tan nítidamente.

Fidel Castro. Sé que estuve en aquella casa tres días de Reyes Magos, es de lo que me acuerdo . Hubo un momento en que se produjo un cambio de casa, pasé a una un poquito más cómoda, no me acuerdo qué factores lo determinaron.

Una vez mi padre había ido a Santiago, y recuerdo que mi madrina –después viene la historia con la que fue mi madrina–, contaba que cuando mi padre estaba bajando por la escalera, lo vi, salí corriendo y decía: «Ahí está Castro, ahí está Castro, ahí está Castro». Nosotros no los llamábamos papá y mamá, todo el mundo les decía Castro , y nosotros le decíamos Castro al padre, y a la madre, Lina. La madrina decía: «Igualito que él».



Acabábamos de pasar no sé qué enfermedad, no sé si era la papera, la rubéola, una de las tantas. Según contaban en mi casa, estaba flaco, peludo, pero todo se explicaba porque habíamos estado enfermos, y mi padre no se daba cuenta.

El asunto se descubre cuando va mi madre a Santiago a vernos. Ella llega. Parece que Angelita está más consciente y le cuenta. Mi madre comprende que estábamos pasando hambre. Yo me acuerdo de una cosa fabulosa. Aquel día mi madre nos llevó a la ciudad a la mejor heladería que había en Santiago de Cuba, se llamaba La Nuviola, cerca del parque Céspedes, nos sentó, y nosotros: toma helado y helado. También lleva para la casa un saco de mangos –tiene que haber sido en la época de los mangos, en el verano– y entre Angelita, Ramón y yo nos comimos el saco de mangos completo.

Desde luego, aquella fue la peor fase, la del hambre física. Por entonces también viví otra experiencia que me causó una impresión fuerte. Mientras estaba yo en Santiago de Cuba en casa de la maestra, siendo un niño, fue de Birán a Santiago la mujer de Antonio Gómez para visitarlo en la cárcel. Antonio era mecánico y su familia vivía a orillas del río Manacas, cerquita de la tienda estaba el correo, siguiendo por el Camino Real en Birán. Después de la tienda, a unos 80 metros, había una casita de madera de dos pisos a orillas del arro yo. En los bajos de la casa vivía una familia y en los altos, otra. No sé el origen de dicha edificación. Allí vivía Antonio, el mecánico, que tenía varios hijos.

Era la época del mac hadato, y no sé por qué razón, posiblemente, como era una mujer de Birán, al único lugar que se dirigió fue a la casa de la maestra, y por alguna razón la mujer de Antonio me llevó con ella a visitar a su marido. Fue la primera vez que vi una prisión. El vivac estaba hacia el oeste de Santiago de Cuba, donde termina la avenida de La Alameda; como a tres o cuatro cuerdas más estaba el vivac. Antonio permanecía preso por razones políticas, por ser comunista y por algún otro problema o protesta. La mujer se sentía muy triste. La imagen que recuerdo es de tragedia: al padre de familia, al sostén de la familia, de allá de Birán lo mandan preso al vivac de Santiago, y la mujer lo va a visitar. No sé por qué, no recuerdo cuál fue la causa, pero por alguna razón y o también fui incluido en la visita. Lo recuerdo perfectamente bien. Me daba mucha pena, sentía mucha lástima por aquella familia. La mujer lloraba desconsolada, muy triste. Aquello inspiraba mucho respeto, por el concepto que le hacían a uno de que la cárcel era un lugar muy malo, que estar preso constituía una tragedia muy grande.

Recuerdo que vi algunas escenas de los soldados, pasaban frente a la casa, ubicada al lado del instituto, y allí había unos marinos apostados. Posiblemente el instituto estaba ocupado por la fuerza pública. Existía una lucha revolucionaria en aquella época. Recuerdo la imagen de alguien que pasa –no sé si le dijo algo a un marino– y le dan un culatazo con un arma.

Vi algunas escenas de violencia, porque vivíamos frente al instituto, cuando permanecíamos en la casita chiquita.

De aquella casita no nos mudamos para otra más amplia, sino que al lado, de vecino, vivía un pequeño comerciante –su hijo se llamaba Gabrielito, quien al triunfo de la Revolución era ingeniero de tv, trabajaba en la televisión–, que se quedó con una parte de la casa y le dio la de abajo alquilada a la familia de la maestra. De la casa aquella, que era mucho mejor, se bajaba por una escalera. Quedaba en el borde de una loma y tenía una buena vista. Eso no ha cambiado, allí todavía está la casa de madera y también la otra. Con la mudada se mejoró algo la alimentación.

Un día llega mi madre y nos lleva otra vez para Birán, transcurre así el primer período, porque hay dos etapas.

Cuando se da el escándalo, tomo conciencia de que habíamos pasado hambre, que habían cometido una injusticia con nosotros. Oía en mi casa a todo el mundo hablando, decían horrores de la maestra: que si era esto, que cuando volviera le iban a tirar la puerta, que ella comía allí, que recibía todo. Según el escándalo y las conversaciones en mi casa, le sacaron a relucir todo. La maestra se convirtió en un personaje tenebroso. Pero luego pasó la tempestad, llegó la maestra, volvieron las relaciones normales en mi casa, un convenio de paz, y nos volvieron a mandar para allá para Santiago, en verano. Volvimos para la casa después del escándalo, de la discusión, los esclarecimientos y bajo juramento solemne de que nosotros no íbamos a pasar más hambre. Ya no la pasamos más, efectivamente, ya en el segundo período no pasamos hambre, hubo un cambio en cuanto a eso; pero la situación siguió siendo desagradable, porque había una pérdida injustificable de tiempo.

Angelita decía horrores, porque tenía más edad, hablaba, contaba, pero Ramón y yo al regresar a Birán estábamos en guerra con la maestra, y decidimos tomar represalia; éramos sus enemigos, con plena conciencia de que habíamos sido víctimas de una injusticia. ¿En qué consistió nuestra represalia? Otra vez en Birán, libres, salvajes de nuevo, recuerdo una de las acciones que tomamos contra la maestra: rumbo a la panadería había un caminito, y enfrente una gran estiba de leña para el horno. Cerca estaba la escuela. El techo era de zinc. La profesora era una mujer nerviosa y se irritaba con facilidad. Ramón y yo hicimos una estiba de piedras pequeñas, y con unos tirapiedras, como si fueran morteros, en las primeras horas de la noche –la maestra estaba al acostarse a dormir– le tiramos desde la estiba de leña y empezaron a caer las piedras en el zinc, las que rodando por el techo hacían un ruido infernal: ¡Ta ta ta ta ta!, la maestra gritaba. Aquello fue del diablo, Ramón y yo tomamos así venganza contra ella, pero a pesar de todo, a mí y a Angelita nos mandaron otra vez para su casa. A Ramón no lo enviaron la segunda vez.

A Angelita la pusieron en una escuela de monjas, en el Colegio de Belén, como a dos cuadras de la casa. A mí no me pusieron en ningún

colegio, me ponían a estudiar con la que fue después la madrina. Me daba clases. Así que me sacaron de una escuela, me sacaron del campo, me encerraron en Santiago, y aun cuando y a no estaba pasando hambre, me daban clases, pero no con libros, sino con una libreta de esas que en la carátula tenía la tabla de sumar, restar, multiplicar y dividir. Me ponían a aprender las tablas y yo me las sabía de memoria, todavía me acuerdo de las cifras; me hacían algún dictadito, y así me tenían perdiendo el tiempo.

Katuska Blanco. Sí, Comandante. De mayo a diciembre de 1933, y luego, todo 1934 estuvo sin cursar estudios.

Fidel Castro. Recuerdo que pasé tres 6 de enero, tres días de Reyes Magos en casa de la maestra.

En el ínterin, ocurrieron importantes acontecimientos. Se establecen relaciones entre Belén y el cónsul de Haití, se crea un compromiso y se casan. Esperando porque el millonario y el cura se reunieran, cumplí ocho años sin bautizarme. Ya era grande, y entonces, el 19 de enero de 1935, me llevaron a la Catedral de Santiago de Cuba y me rociaron el agua bendita.

Ya no pasábamos hambre en aquel período, pero yo continuaba perdiendo el tiempo, hasta que, por fin, me ponen externo en el primer grado en el Colegio La Salle, después de todas aquellas calamidades. Eso solo podía ocurrir en 1935 si me hubieran llevado a Santiago de seis años, tal como fue, porque me llevaron antes del derrocamiento de Machado. No recuerdo con exactitud en qué momento. Con ocho años, antes de cumplir los nueve, ingresé en La Salle.

Esto implica que me deben de haber llevado de seis años y estuve aproximadamente dos años sin estudiar. Por eso pasé tres Reyes, tres veces el 6 de enero, porque me acuerdo de los regalos que me hicieron –se lo conté a Frei Betto–: primero me dieron una cornetita de cartón y un pito de metal; después me dieron otra que era mitad de cartón y mitad de metal y después me dieron una de aluminio. Yo hasta entonces les escribía interminables cartas a los Reyes pidiendo de todo; mientras más pobreza y más necesidades, más le pedía yo a los Reyes. Mis cartas a los Reyes estaban en relación directa con la pobreza.

Ahora, si los datos son correctos, me mandaron a Santiago cuando estaba cerca de cumplir siete años, y me enviaron a la escuela cuando tenía los ocho cumplidos porque yo cumplí en agosto; así que me deben de haber mandado a La Salle a principios del año 1935, hasta entonces me han hecho perder dos años de estudio.

Katuska Blanco. Efectivamente, Comandante. Lo enviaron a Santiago por primera vez en mayo o junio de 1933, con seis años cumplidos. Lo sé porque conseguí localizar el certificado de defunción de la doctora Nieves Feliú Ruiz. Ella muere el 30 de enero de 1933 y usted recuerda la llegada de tal noticia a Birán

cuando afirma: «Ya Eufrasita era maestra en Birán, porque yo me acuerdo del llanto, de la historia, de la tragedia, que murió la hermana, y de todo eso». Ustedes viajan a Santiago poco después. En la finca esperaron que concluyera el curso para enviarlos. Cuando la caída de Machado, en agosto de aquel año, ya están en la capital de Oriente.

Fidel Castro. A mí me han hecho perder allí dos años. Entro con ocho años en primer grado; nueve años, segundo grado; diez años, tercer grado. De tercero, Ramón y yo —ya estamos juntos— pasamos a quinto, recupero un año, a los 11 en quinto —ya después voy para otro colegio en quinto—; 12, sexto; 13, séptimo. Ahora, aparece un problema cuando voy a ingresar en el instituto, pero eso ocurre cuando tengo 12 años, no en sexto grado, que es cuando viene una maestra negra, la profesora [Emiliana] Danger que se entusiasma conmigo y quiere que estudie el séptimo y el primer año de ingreso, y que al cumplir la edad los examinara. Ella traza un plan conmigo.

Recupero un año por buenas notas. A unos pocos alumnos nos pasaron del tercero al quinto por excelentes notas; nos ahorramos el cuarto grado, y yo recuperé uno de los años que perdí. A mí me hacen perder dos años académicos, por lo menos, porque llegué en 1933 y debía de haber hecho el primer grado con seis años, ¡si ya yo sabía! A falta de círculo infantil, me enviaron a los cuatro años a la escuela.

Es mejor que el hambre la haya pasado a los seis o siete años y no a los cinco, porque ya entonces no me producía daño cerebral, menos mal que comí bien antes. Creo, por lo menos me imaginaba, que era alto, flaco y crecido. Los primeros seis años fueron abundantes de leche, carne, proteína, de todo. Si me llega a pasar aquello en el primer año de vida hubiera sido un desastre. El hambre en Santiago debe de haber durado por lo menos un año.

Katiuska Blanco. Sí, Comandante. Calculo que fue de mayo de 1933 a mayo o junio de 1934, cuando Lina fue a verlos en plena temporada de mangos. Anteriormente, su papá había ido a visitarlos, pero sin percatarse de lo que acontecía, pues le dieron como explicación de su delgadez, la enfermedad del sarampión. Para Lina era difícil ir hasta Santiago porque había dado a luz a Juanita la noche del 6 de mayo del propio 1933. Entonces, cuando su mamá va a verlos y los encuentra en aquel estado deplorable, sufre un gran disgusto.

Fidel Castro. En aquel tiempo enfermé de una epidemia. No me podía enfermar del estómago, porque no comía nada. Cuando daban purgante, ¿para qué me iban a dar purgante a mí?

En la primera casa había riesgos porque se mojaba toda, era húmeda. En tal época hubiera podido contraer una tuberculosis. Mucha gente sobrevivía a todo aquello. Algún efecto tiene que haber hecho en nosotros; calculo en alrededor de un año el período de hambre, posiblemente fue un año y tanto.

Yo no entendía nada, parecía que me estaban ayudando, que me mandaban para la ciudad, que me hacían un favor con todo aquello para allá y para

acá, y posiblemente hasta me embullaron para ir, me lo presentaron como un acontecimiento importante, como una gran cosa. Sé que salí encantado para allá, iba con Angelita, y el tren y la ciudad y las luces eléctricas, todas aquellas cosas nuevas... Pero nunca me llevaron al cine en dicho período. Recuerdo que una sola vez, muy al principio, me llevaron a la entrada de la bahía de Santiago de Cuba, a La Socapa, y a un islote que está en la entrada, debe de haber sido en ese tiempo, a los seis años. Fue una excursión campestre, a la francesa: en una lanchita, llegamos hasta cerca de la entrada de la bahía de Santiago de Cuba, Cayo Alto. Trajeron algo maravilloso: unos dulces de leche; recuerdo que tenían unos pedacitos de guayaba –una sola vez–. Después, en la misma lancha, nos sacaron hasta la entrada de la bahía, y por primera vez vi el mar abierto, una cosa impresionante, lo más impresionante que vi, el mar abierto y olas fuertes en pleno verano. Una sola vez. Nunca me llevaron al cine ni salí más a ninguna parte: una excursión solitaria que hicieron una vez, al estilo francés, con una canasta.

Fue una época de pobreza, pero no como para pasar hambre, porque la gente estaba mal alimentada, sin embargo, resolvía el problema del apetito desmedido comiendo harina de maíz; compraban una libra y con ella se llenaban. La gente no comería carne, no tomaría leche, pero por lo menos comía harina seca de maíz, pan, se llenaba aunque estuviera desnutrida. Nosotros, no era que estuviésemos desnutridos, sino que pasábamos hambre. No nos llenábamos, al estómago no llegaba lo que tenía que llegar.

A mí me da pena hacer esta historia, porque todas aquellas personas murieron hace tiempo y fueron unos infelices. No es que fueran malas personas, sino que estaban obligadas a ser mala gente, porque la hermana de la maestra era una excelente persona y nos quería a nosotros y nosotros la queríamos muchísimo a ella; era una víctima. Ahí la autoridad, la que mandaba, era la maestra Eufrasita, porque era quien recibía un sueldo, cuando se lo pagaban, era quien tenía la relación con Birán, con mi familia, era la que recibía el pago. Ella administraba todo; era, además, dura y ahorrativa, demasiado ahorrativa.

Lo que podemos decir es que el hambre que nosotros pasábamos, la pasaba la hermana y la pasaba el padre. Ella hacía pasar hambre a todo el mundo para ahorrar el dinero. Incluso, en aquel período fue a una excursión que organizaban a las Cataratas del Niágara. Era un viaje largo de Santiago a La Habana, de La Habana a Estados Unidos en barco, y no sé si luego, por tierra, iban en tren hasta las cataratas. La maestra de Birán, en aquella época de tanta pobreza y de tanta miseria, hizo el gran viaje y llegó llena de souvenirs, de banderitas. Nos pasamos un año entero oyendo hablar de las Cataratas del Niágara. Fue el acontecimiento más grande que ocurrió en aquel período.

También se produjo entonces el derrocamiento de Machado. Recuerdo que en la mejor casa, yo no dormía en un cuarto, sino en un pasillo; y no dormía en una cama, sino en un canapé de mimbre, era rígido y no sé si le ponían algo, sé que dormía allí. Pero lo peor no era eso, sino que en aquella época de gran convulsión, todas las noches estallaban bombas. En una sola noche explotaron 22 bombas en Santiago de Cuba, y cada vez que explotaba una me despertaba. Aquella noche explotaron como 22, y a mí me parecía que iba a explotar una allí mismo, al lado. Yo no sabía ni por qué explotaban, ni a qué se debían. Había temor, pero a mí me ponían a dormir al lado de la calle; si hubiera estado en un cuarto más hacia dentro, más resguardado, habría estado más tranquilo. Cuando no había hambre, había bombas. Hubo de todo allí. Conocí el terrorismo desde temprano, fui víctima del terror.

Además, en dicho período se establece la relación con el cónsul, hay matrimonio, el cónsul va a vivir allí, son mis padrinos, van cambiando las cosas y la situación mejora.



Katuska Blanco. Comandante, al recordar su estancia en Santiago, Angelita pone luz en todo lo que conversamos. Ella piensa que la iniciativa de enviarlos a la ciudad nació compartida. Por un lado, la maestra Feliú expresó la idea de que los tres hijos mayores de don Ángel y Lina fueran para su casa en Santiago a recibir una mejor educación, pues ella, como maestra habilitada –sin graduarse de la carrera de magisterio– no podía ofrecerles muchos más conocimientos en la escuela de Birán. Por otro lado, Lina, como no había podido estudiar, deseaba que sus hijos sí tuvieran la oportunidad de aprender, por eso se entusiasmó con el viaje.

Angelita considera que la maestra hizo la propuesta pensando en la posibilidad de recibir un ingreso estable en su casa, tras la difícil situación económica creada con la muerte de su hermana, la doctora Nieves Feliú. La conoció cuando su mamá la llevó con Raúl a su consulta, a comienzos del año 1932. Raúl tenía seis meses y ella, nueve años de edad. Recuerda que le indicó un tratamiento para la vesícula que consiguió aliviar las molestias que padecía.

Según su hermana, Eufrasita amparó su ofrecimiento de llevarlo a usted a Santiago con el argumento de que era un niño brillante.

Angelita nunca olvida la excursión a La Socapa porque cuando salieron mar afuera y comenzó a bambolearse el barco por una fuerte tempestad, se aterró, comenzó a llorar y a pedir que la regresaran a tierra. Tampoco olvida el último Día de Reyes Magos que pasó en casa de la maestra en Santiago, el 6 de enero de 1936, pues le obsequiaron una muñeca.

Angelita reconoce que, como era la mayor, se dio cuenta de que estaban pasando hambre. Inconforme, comenzó a escribir una carta a sus padres, pero Eufrasita, quien casualmente se encontraba de visita en Santiago por licencia u otro motivo, se percató de que la niña demoraba mucho encerrada en el baño, intuyó algo y cuando Angelita salió le dijo: «Deme lo que lleva en la mano», y allí mismo, al leer la misiva, se enteró de todo lo malo que decía de ella. Por supuesto, la carta nunca llegó a su destino.





En otra ocasión, mientras Belén y Luis noviaban en una terracita, ella se acercó para desearles las buenas noches. Eufrasita interpretó mal su actitud, dijo que la niña espiaba a los novios y la regañó fuertemente. Angelita asegura que no atinó a hacer otra cosa que irse pronto a la cama, coger un crucifijo, rezar y pedirle a Jesucristo una y otra vez que, por lo que más quisiera, hiciese llegar a su mamá. Al otro día Lina apareció, lo que hizo que Angelita, para el resto de su vida, viera esto como una prueba irrefutable de que Dios existía y escuchaba sus ruegos.

Ella recuerda que su madre se asombró de verlos destruidos, muy delgados y peludos, con la misma ropa de Birán y los zapatos virados. Dice que Lina se quedó fría. Angelita piensa que la maestra Eufrasita, debido a su carácter fuerte, ejercía gran influencia sobre su familia, dominaba a Belén, e incluso, a su padre Néstor Feliú, un buen sastre que había conseguido darles estudios a sus hijas en Haití.

Fidel Castro. Ellas hablaban francés durante las conversaciones en la casa. Es muy probable que como afirma Angelita, las hermanas estudiaran en Haití. En aquella época, para Santiago de Cuba, Puerto Príncipe resultaba más cercano que La Habana, por goleta o barco. Ellas charlaban en francés y lo hablaban perfectamente, pero no lo hacían para que no entendiéramos, lo tenían como un *hobby*, un orgullo, una manifestación de conocimiento porque les daba jerarquía, cultura, y creo que así lo practicaban. En realidad, las tres hermanas eran muy buenas, pero la que sentía más egoísmo era Eufrasita. Así es la historia. No quiero hablar mal de la gente. Vamos a echarle la culpa al capitalismo que obligaba a tales actitudes.

Katiuska Blanco. Angelita recuerda que Lina enseguida los sacó a las tiendas a comprar ropas, zapatos. Los llevó a pelar, les compró dulces, todo lo que se les antojara. A Angelita le dio un fuerte dolor de muela y comenzó a llorar. Entonces, para colmo, Eufrasita le dijo a Lina: «Usted ve, por comprarle dulces le está doliendo la muela». Y Lina le respondió: «No, por no llevarla al dentista es que le duele la muela».

86

Al otro día salieron rumbo a Birán. Ramón cuenta que tomaron el tren de Santiago de Cuba a Antilla, pero solo pudieron llegar hasta Canapú. No podían continuar hasta Birán porque las malezas cubrían la línea del ferrocarril. Se desmontaron cerca de la casa de Joaquín Fernández, un español, viejo militante del Partido Comunista y compadre de don Ángel. Joaquín era el capataz de una brigada de reparación de línea y contaba con su propio motorcito, pero tampoco pudo llevarlos. Entonces la numerosa comitiva enrumbo hacia la casa de Almeida, otro compadre de don Ángel, quien alistó dos caballos; en uno iban Lina y Raúl, y en otro, Angelita, Ramón, usted y las maletas. La llegada a Birán causó gran revuelo. Allí, ante la gran mesa servida, ustedes arrasaron con todo en unos minutos, ante lo cual, don Ángel, no sin asombro, confirmó: «Pero... ¡es verdad que pasaban hambre!».



A pesar de todo, los volvieron a mandar para Santiago. Por eso, Angelita asegura que dicha señora ejercía una especial influencia también en la casa de Birán, y que tal era su plan, porque seguramente todavía no tenía dinero suficiente para el viaje que dio a las Cataratas del Niágara, en el verano de 1935.

Su hermana estudió primero en una escuela pública, mientras usted perdía el tiempo en casa, solo le orientaban aprenderse de memoria las tablas. Luego, ingresó externo en el Colegio La Salle, y Angelita en el de Belén. Por entonces las costumbres de la casa habían cambiado con la presencia del cónsul haitiano, que se había casado con Belén. A él le gustaba servir la mesa a la francesa. ¿Recuerda tales detalles?

Fidel Castro. Sí, ya nos hacían comer vegetales: tomate, zanahoria, remolacha, chayote. A mí me obligaban a comerlos porque no me gustaban, en Birán no había remolacha ni zanahoria. Recuerdo muchas cosas porque pagué más platos rotos que nadie.

Nosotros vivimos en la casa de madera largo tiempo. Allí estuvieron Esmérida y Ramón.

Me ponían a estudiar solo. A mí Belén no me daba ninguna clase, me ponía a estudiar las tablas de multiplicar, dividir y sumar que aparecían en el forro de la libreta. Nunca di una clase.

Debieron de haber hecho un negocio a largo plazo, porque si se hubieran ocupado de nosotros y nos hubieran dado comida, habrían tenido un negocio por 20 años, pero fue por dos años y medio.

Cuando Eufrasita regresó de las Cataratas del Niágara le regaló a Angelita una trusa.

Katiuska Blanco. Comandante, recuerdo una de mis conversaciones con Angelita hace varios años. Sería a finales de 1996 o comienzos de 1997, cuando inicié las investigaciones. Le pregunté sobre los espejos de la casa, la lencería, los armarios, las visitas, los seres que habitaban dichos espacios. Indagué sobre los más insignificantes detalles de la vida cotidiana allí. También viajamos a Birán, Santiago, Guane, Pinar del Río, Guáimaro, Sibanicú y otros poblados para buscar papelerías en iglesias y archivos. En los recorridos por carretera, conversamos largamente. Ella recuerda historias de la familia y de su papá, de cuando don Ángel estuvo en la guerra de 1895, de su regreso a Cuba, de la existencia de unos parientes de España en Las Villas a quienes acudió, de su aventura al Oriente del país y sus trabajos –primero como sereno en unas minas y, luego, como contratista en la United Fruit Company–, de cómo llegó a Birán aproximadamente en 1912. Según ella, su hermana Enmita hablaba de las madrugadas de insomnio que pasó su papá como sereno, porque él mismo se lo contó...

Fidel Castro. Yo digo que la United Fruit fue la que hizo empresario a mi padre. Casi no tuve oportunidad de hablar con él.



Mi padre era muy vivo, un campesino de los listos, porque oí decir que, incluso, él jugaba a las cartas con los oficiales y con los jefes, y que era hábil haciendo todo eso. Lo que se sabe es lo que él contó, y él no era un hombre que contaba muchas cosas; rara vez hablaba, por lo menos en la época en que lo conocí. A veces conversaba con un grupo de trabajadores en un campamento, y yo estaba a su lado. Cuando él salía de la casa estaba más alegre, más comunicativo, no era el carácter habitual que tenía en la casa. Siempre observaba que cuando salía de viaje a cualquier lugar, al central, a Santiago, cambiaba su carácter. Salía de la rutina diaria y experimentaba un cambio significativo. En tales momentos era más comunicativo; hacía cuentos, historias. Tal vez no se daba cuenta de que yo estaba al lado oyendo. A lo mejor se imaginaba que no le prestaba mucha atención, pero yo sí se la prestaba.

Lo que se conoce es por lo que él contó, y en realidad contaba muy pocas cosas. He recogido algunas de las historias que él hacía a veces. No estuve mucho tiempo en casa porque desde los 18 años, cuando empecé a estudiar en la Universidad, no me fue posible visitar con frecuencia Birán para tener informaciones.

Incluso, es importante también para ver cómo fue la vida a principios del siglo xx, qué pensaban las personas. Muchas veces me rompo la cabeza, ¿qué había en el pensamiento de la gente? Y ya lo he dicho, a él no le oía expresiones negativas contra los norteamericanos, no le oía este tipo de expresiones. Si vino después de la guerra, él no debe haber analizado políticamente mucho el conflicto armado, y todavía menos puede haber conocido que era una guerra imperialista. No existía razón para suponer que tal intervención limitaba la independencia de Cuba. Mi padre no era cubano, no podía reaccionar como un soldado cubano, como un patriota cubano.

Un patriota cubano, incluso, si no tenía un nivel de cultura, no comprendería bien los fenómenos ocurridos alrededor de dicha guerra. Me imagino a un cubano, soldado, combatiente, muy contento porque el jefe le dio una orden: «Se acabó la guerra». Está luchando contra el español, es independiente, le han puesto una bandera. Un cubano, incluso, no se habría dado cuenta de que una potencia extranjera estaba tomando posesión de Cuba.

Por su procedencia española, mi padre no debe haber comprendido muy bien cuáles eran las causas de la guerra ni por qué intervinieron los norteamericanos. Un campesino gallego a quien traen de soldado... A lo mejor el día que se acabó la guerra se alegró mucho también. No analizó aquello ni siquiera desde el punto de vista español, de nación derrotada. Es decir, no vi en él un ápice de resentimiento por la adversidad militar en la contienda. No pudíamos decir que era un patriota español, pero sí era un soldado español que, como en muchas guerras, lo sacaron del campo, lo reclutaron y lo pusieron a combatir aquí en América. Tan solo era un soldado español; ni siquiera un patriota.





A lo mejor muchos de aquellos soldados, cuando se acabó la guerra, estaban contentos y ansiosos por volver a España otra vez: iban a ver la familia, a su país; iban a ver su tierra una vez más. Es posible que él se haya alegrado de eso, pero yo nunca le vi una manifestación de resentimiento contra los norteamericanos.

Era su característica ser capaz de admirar en la historia los acontecimientos importantes, la técnica, la ciencia, la industria, y no hay duda de que él tiene que haber admirado a los norteamericanos. Si él viene como un hombre que no tiene nada, empieza a trabajar, después va a una empresa norteamericana, lo hacen contratista, y comienza a ganar dinero y a comprar cosas –un hombre muy pobre, que apenas sabía leer y es ciego– tenía que haber tenido una buena opinión, una apreciación, una valoración positiva de la United Fruit Company. Mi padre no debe de haber nunca leído el *Manifiesto Comunista*, ni los libros de Lenin sobre el imperialismo. Él tenía la vida, y ante la realidad de la vida admiraba a los norteamericanos, porque era gente emprendedora, organizada, y es posible que mirara con aprecio tales cosas.

Hay que situarse siempre en la época, indiscutiblemente. Mi padre había venido cuando la Guerra de Independencia. Le compró a un soldado español su puesto en el barco, y así fue como vino la primera vez. Yo conozco la historia del viejo cuando era soldado y estaba en la Trocha de Júcaro a Morón, cuando la Guerra de Independencia.

A él lo repatriaron al final de la contienda, va a España, a todos los soldados españoles los repatriaron, pero él regresa, no se queda allá, entonces hace algún dinero aquí en Cuba, de contratista con la United Fruit Company.

Katiuska Blanco. Angelita dice que en 1917, cuando su abuelo don Pancho llega a Birán, ya don Ángel, probablemente desde 1912, poseía tierras en el lugar. También guarda un testimonio de Panchita, la hermana mayor de su mamá Lina. Panchita tenía 12 años cuando don Pancho acepta la oferta del contratista de Camagüey y sale con su familia en tren desde Pinar del Río hacia Tana, pasa por Batabanó y hace empate de ferrocarril en Santa Clara. Vivieron también en Hatuey e Ignacio y luego, al conocer el ofrecimiento de trabajo de don Ángel, parten a Guaro Tres, en Oriente. Dos años después, como don Pancho era tan laborioso, don Ángel le ofrece trabajo en Birán, y mientras están allí se presenta la guerra de La Chambelona en 1917.

Gracias a la localización de las escrituras de propiedad se determinó que la posesión más antigua de don Ángel en Birán data del 22 de noviembre de 1915, cuando compra la finca Manacas a don Alfredo García Cedeño.

Fidel Castro. Entonces, ellos fueron para Birán más o menos en 1917 –son los abuelos por parte de madre, provenientes de Pinar del Río–.

Katiuska Blanco. Lina nació en Las Catalinas y viajó en tren cuando contaba siete años de edad. Angelita conocía innumerables detalles del trayecto. Ella

tenía más edad y conserva en su memoria los testimonios de los mayores, especialmente el de la tía Panchita.

Comandante, una fotografía suya junto a Angelita en Santiago muestra la hermosa relación entre ustedes. Usted va vestido de marinerito y usted no se percata de que los pantalones van quedándole cortos, como adquiridos un tiempo atrás. Angelita siempre ha dicho que llegaron en diciembre de 1933 a Santiago, guiándose por la fecha apuntada al dorso de la estampa. Para mí, el detalle del largo de los pantalones dice mucho. La propia Angelita reconoce que cuando Lina va a buscarlos se sorprende de que tuvieran la misma ropa que habían llevado desde Birán. Finalmente, gracias a los documentos pude llegar a conocer casi con exactitud la fecha del viaje de ustedes de la finca a Santiago en mayo o junio de 1933.

Fidel Castro. Claro, las fotos no prueban que haya sido en diciembre de 1933 que arribamos a Santiago porque todos los elementos conllevan a que fue en un momento anterior. Estábamos ella y yo solos, también Esmérida, pero Ramón no viajó entonces.

Para mí, aparte de los tres días de Reyes, existe otro elemento a tener en cuenta: los haitianos.

El derrocamiento de Machado, en agosto de 1933, da lugar al llamado «gobierno revolucionario», creado después del primer golpe de Estado de Batista, el 4 de septiembre de 1933. En el gobierno de Grau, un profesor universitario, se aprueba la ley de nacionalización del trabajo en octubre de 1933, y con ella, la expulsión de los haitianos. Cuando conocemos al cónsul de Haití ya vivíamos en la casa de abajo. Mi madrina no lo conocía de antes. Es en 1933 o 1934, y yo fui al muelle a despedir a los haitianos.

Además, en dicho período el Ejército no tenía ocupadas las escuelas ni los institutos; era un gobierno llamado revolucionario o pseudorevolucionario. Me acuerdo que al principio de nuestra estancia en Santiago, el Ejército sí tenía ocupado el instituto allí, al lado nuestro, y presencié algunas acciones de violencia.

Las fotografías no prueban nada; en todo caso demuestran que pueden haber sido captadas mucho después que llegamos por primera vez de Birán porque, ¿quién me compró un traje de marinerito a mí, con el hambre que estábamos pasando?

Angelita no recuerda que Esmérida vivió con nosotros en la casa chiquita, y yo me acuerdo más porque mientras ella iba a la escuela, nosotros estábamos todo el día en la casa. Ramón llegó cuando vivíamos en la casa de madera que se mojaba, muchos meses después. El dato que más conservo, y concilia con los demás, es nuestra presencia en dicha familia en la celebración del Día de Reyes, tres años consecutivos.

En 1935, efectivamente, cuando ingreso en La Salle no he cumplido los nueve años. Después me convalidan el cuarto grado y paso directo al quinto.

En el verano de 1938, Angelita estudiaba para ingresar en el bachillerato y tenía una maestra, Emiliana Danger, una profesora de Santiago que le estaba dando las clases de ingreso, para entonces ya he pasado el quinto grado. Ella empezó a ser para mí como una preceptora. La profesora negra fue la primera que en serio, de verdad, me puso una meta. En aquellas vacaciones cumplí 12 años, y en septiembre debía comenzar el sexto grado. Entonces yo estaba en la casa de Martín Mazorra, asistía también a las clases que le daban a mi hermana porque no había otra cosa que hacer. Eso fue después de salir de La Salle. Estoy adelantándome un poco en esta historia.

Como oía las clases de Angelita, la profesora me preguntaba las mismas cuestiones que a ella, y yo me sabía las respuestas de las preguntas, entonces la maestra se entusiasmó, quería prepararme para el ingreso y el primer año de bachillerato. Es decir, se supone que al cumplir 13 años –los cumplía en agosto del año siguiente– al terminar el sexto, yo hacía el ingreso y el primer año en septiembre, cumplidos los 13, ese fue el plan de la maestra, y así nos presentaba a examen a los dos.

Bueno, yo adelantaba muchísimo, pero es precisamente cuando no puedo hacerlo, porque al llegar el nuevo curso escolar me enfermé y el plan de la maestra no se cumplió. Fue cuando me operaron del apéndice en Santiago de Cuba.

Todo el mundo le temía a una taque agudo de apendicitis. Como los médicos tenían que hacer algo, yo diría que se puso de moda la operación de apéndice. Tuve quizás alguna molestia que no tenía nada que ver con el apéndice, pero inmediatamente se diagnosticó que había que intervenirme quirúrgicamente.

Acababa de terminar el quinto grado en junio y empezaba el sexto en septiembre. A principio de curso me ingresaron en la Colonia Española, una clínica mutualista. Me operaron y guardé cama siete días, como se acostumbraba antes. En la actualidad, no se le ocurriría a nadie semejante disparate porque facilita la formación de coágulos y problemas. Al séptimo día me levantaron –ya casi uno no sabe caminar cuando está 10 días en cama, tienen que ayudarlo–, y dos o tres días después, por estar caminando, empezó a irritarse la zona de la operación. Se infectó la herida y explotó. Era una infección peligrosa, aunque parece que no llegó al interior, más bien fue superficial, pero la herida se abrió completa, por lo que me vi obligado a estar tres meses en el hospital, mientras se iba curando por un proceso natural. En 1938, posiblemente, no existía la penicilina ni otros antibióticos, de manera que yo tuve una gran suerte de que la operación, más bien preventiva, no hubiera terminado con mi muerte.

En el hospital, sin poder salir, tres meses allí, aparte de algunos libros, historietas y muñequitos que leía, tenía que emplear el tiempo en algo. Estaba bastante impresionado por las operaciones y pensaba ser cirujano. No poca parte de mi tiempo lo empleé en hacer operaciones de lagartijas y de otras cosas en el hospital. Después, cuando se me morían, lógicamente, observaba



cómo las hormigas daban cuenta de los cadáveres de los animalitos. Me entretenía en todo, incluso, en ver cómo a una lagartija, que tiene la forma de un dinosaurio, cientos de hormiguitas, miles de hormiguitas la cargaban y se la llevaban, la transportaban. Yo empleaba horas observando.

Pero bien, aparte de mi afición médica, hija de las impresiones relacionadas con la propia operación de apendicitis –en aquella época había quienes decían que yo iba a ser cirujano, realmente no sabían lo que iba a ser–, como yo tenía que invertir mi tiempo en algo y, excepto a los que estaban en la sala de infecciosos, visitaba, una por una, a las personas que estaban recluidas en el hospital: mujeres, jóvenes, niños, viejos, hombres, todo el mundo. Conocía a cada uno, no sé cuántas camas serían, habría 150 o 200 personas recluidas allí y yo tenía amistad con el ciento por ciento de todas. A muchas las visitaba diariamente, desde que me levantaba por la mañana hasta por la noche.

Tenía 12 años entonces. Un mejor observador se hubiera dado cuenta de que yo tenía muchas más cualidades de político que de cirujano, porque para todo tenía una salida.

Así invertí mi estancia allí, siempre se alegraban cuando los visitaba. Tal vez porque yo sabía de lo que padecían, me preocupaba por cómo estaban, hablaba con ellos. La clínica era más bien un hospital, usted pagaba dos pesos y tenía derecho a que lo atendieran, a que lo internaran, a que lo operaran, incluso, a que lo mataran; todo por dos pesos. No sé si el entierro estaba incluido en los derechos de los socios de la clínica mutualista. Mis padres estaban en Birán. Ahora sé que mi madre acababa de dar a luz a la más pequeña de mis hermanas, a Agustinita, el 28 de agosto de 1938, apenas unos días antes de mi ingreso. Por tal razón, rara vez iba alguien. Ramón me cuidaba a veces, pero debía ir a clases en el colegio. Me pasé casi todo el tiempo solo en el hospital. Hice amistad con todos por instinto natural. Claro, las monjas me dejaban porque era una especie de mascota bastante grande. Por supuesto, no me permitían ir a la sala de infecciosos porque es lógico. Caminaba todo el tiempo, así que me era posible conversar, hablar con todo el mundo y, además, hacer algunas operaciones quirúrgicas.

92

Katuska Blanco. Comandante, ¿sabía que la casa donde vivía la prima Cosita, aquella primera a donde fue cuando llegó a Santiago, pertenecía a la familia Ruiz de mucho tiempo atrás? La dirección de Santa Rita baja n.º 51 a parece asentada como domicilio de varios parientes que mueren a comienzos del siglo xx, en 1906 y 1908, según los libros de enterramientos en el archivo municipal y también en los viejos volúmenes y en las tarjetas del cementerio de Santa Ifigenia. La doctora Nieves Feliú Ruiz vivía en otro lugar de la capital de Oriente, en la calle baja de Princesa n.º 50. Ha pasado mucho tiempo de todo aquello, ¿no pone en duda sus recuerdos?

Fidel Castro. Una buena prueba de que me acuerdo bien de todo, de cada detalle, es la fecha de la muerte de mi querida tía Antonia. Cuando ella muere, nuestros



abuelos vivían en el 31, cerca de aquella vivienda, en la esquinita al lado del cañaveral, y fuimos por el camino que iba directo desde nuestra casa, por una guardarraya. Si la fecha es el 8 de junio de 1929, yo tenía 2 años, 9 meses y 25 días. Ese dato está más atrás de lo que creía.

Tengo en la memoria hasta las paredes con fotografías, santos, todo. Me acuerdo cómo estaba tendida: contra una pared, y ese dato es de 2 años y 10 meses, decisivo para mí. Tengo muchos elementos en los que me apoyo. Me convencen más mis cuentas.

Mi primera rebelión fue en el segundo grado. Allí se seguían una serie de reglamentos y me amenazaban con que si no era disciplinado me iban a mandar interno. Yo me doy cuenta de que me convenía mucho más que me pusieran interno que vivir allí, y un día tomo la decisión de crear una crisis, y la creo: decido desobedecer todas las órdenes, violar todos los reglamentos, si había que hacer esto, hacía lo otro, una rebelión. Realmente me puse insoportable y los obligué a cumplir la promesa. Por esa razón voy interno la primera vez para la escuela, como resultado de una sublevación.

Si el dato es correcto, tendría nueve años la primera vez que llevo a cabo, planeada, conscientemente, una actividad de rebeldía total. Entonces, ya antes de finalizar el segundo grado voy interno.

Fue para mí un enorme paso de avance, por primera vez estaba igual que los demás porque vivía allí en la escuela, comía lo que comían los demás, los jueves y los domingos nos llevaban al mar y valía hasta más barato. Nos llevaban a una pequeña península dentro de la bahía de Santiago de Cuba, que se llamaba Renté, tal lugar ya no existe, la península sí, pero nadie la reconocería. Allí nos bañábamos en el mar, en una parte cercada dentro de la bahía, pescábamos. Fue un cambio radical en mi vida desde que me sacaron de aquella casa y me enviaron interno a la escuela. Sentí una gran liberación. Eso puede explicar por qué me adaptaba, después de haber pasado tantos trabajos en una casa privada y por qué me sentía feliz interno en la escuela.

En quinto grado, en el Colegio La Salle, tiene lugar una nueva sublevación, la segunda rebeldía, obligado por otras razones diferentes a las anteriores.

Aunque hasta el segundo grado no había sido rebelde, realmente me obligaron a serlo, a resolver el conflicto. Tomaba conciencia de un problema, ya ocurría por segunda vez: en segundo grado y en quinto grado.

Katiuska Blanco. A comienzos del año 2009 hice un viaje al pasado. Visité el edificio del Colegio La Salle. Ahora es la sede de la Oficina del Historiador de la Ciudad de Santiago de Cuba. Frente a sus muros tuve la impresión de que los conocía de antaño, y era realmente así, porque antes, en 1997, había estado allí con su hermana Angelita, entonces permanecía cerrado por reparaciones, y no conseguimos traspasar el umbral. Sin embargo, esta vez sí recorrí despaciosamente las habitaciones, el patio, los corredores y las salas y percibí las diferencias entre el edificio más antiguo, de la época colonial, y



lo que fue la ampliación en 1937. Lo imaginé en aquellos ámbitos, entre los escolares de entonces. ¿Cuán exaltado estaba su espíritu?

Fidel Castro. Para mí fue un primer gran acontecimiento que me enviaran interno. Me sentía dichoso.

En aquel momento soy un muchacho feliz: estoy en la escuela, vivo como todos los demás. Cuando salíamos de paseo atravesábamos la bahía en una pequeña lancha, íbamos todos los estudiantes internos, de 25 a 30, aparecemos en una foto; yo estaba entre los más pequeños, porque cursaba el segundo grado. La lancha se llamaba *El Cateto* y hacía: ¡Pum, pum, pum! Iba lenta por toda la bahía, la bahía tranquila; tardábamos 20 o 30 minutos. Bajábamos de la escuela al muelle, y cuando llegábamos montábamos en la lancha y atravesábamos la bahía. Íbamos a otro muellecito –todavía recuerdo el aire y hasta el olor del mar–, y allí había una casa de retiro de los Hermanos de La Salle. Esta tendría el equivalente a un cuarto de hectárea cercada. Existía un campo de béisbol en la península y un balneario con trampolín en el mar. No era una playa, era de fondo cenagoso y estaba cercado para protegernos, para que no nos fuéramos lejos y para que no entraran tiburones. A fincados en lo hondo del mar, una serie de troncos de palmas canas nos protegían. Allí muchas cosas interesantes llamaban la atención: se veían viejos barcos hundidos. Era una maravilla.

En segundo grado me bañaba, me tiraba del trampolín, pescaba. Me gustaba mucho la pesca. Iba con un cordelito, buscando caracoles como carnada para pescar. Recuerdo que agarraba mis pescaditos y después me los comía en la escuela, porque en la cocina nos cocinaban lo que pescábamos.

Yo diría que ingresar interno fue uno de los grandes acontecimientos de mi vida.

Otro suceso resultó ser el progreso o la bonanza de la escuela a medida que se rebasaba la crisis económica. Sería ya por el año 1937, por tal fecha iba mejorando la situación y los Hermanos de La Salle deciden construir un tercer piso para más alumnos.

94

Posiblemente, Ramón y Raúl ya están allí –Raúl muy pequeño, tendría cinco años–. Estamos los tres y, además, un muchacho de los Pinares de Mayarí, cerca de Birán, que se llamaba Cristóbal Boris [Cristobita], hijo del administrador de una empresa, un aserrío; y ya con él éramos cuatro.

Katiuska Blanco. Ramón recuerda que una noche allí hubo un incendio grande, y entonces Cristobita empezó a gritar porque Raúl, de apenas cinco años, le había dicho: «Oye, se está quemando Santiago de Cuba». El Hermano Enrique tuvo que buscar un calmante para Cristóbal Boris. Su hermano habla de las disputas en el cuarto porque ninguno de ustedes quería nunca apagar la luz, por lo que a él le tocaba ceder. Otras veces obraba de intermediario. Según él, usted mortificaba mucho a su hermano más pequeño, a quien Ramón bañaba y veía porque Raúl no tenía cinco años cuando quiso quedarse con ustedes en la escuela, durante una visita que Lina les hizo. Usted cuenta que le ponía disciplina a



Raúl, mientras Ramón lo malcriaba. Ramón evoca también la contribución de su papá a la ampliación constructiva del Colegio La Salle y dice que por tal razón destinaron un cuarto solamente para ustedes...

Fidel Castro. Cuando los Hermanos de La Salle construían el tercer piso, mi padre tenía fama en la escuela de tener dinero y grandes ganancias. Había oído hablar de que en mi casa ingresaban 300 pesos diarios, y un día, no sé por qué, le conté a uno de los Hermanos de La Salle cosas de mi casa y, como muchacho al fin, lo que oí se lo conté. A partir de aquel momento nos convertimos en gentes muy importantes. Ellos sabían que mi padre tenía dinero, pero cuando yo les dije –entonces– aquel dato, causó una gran impresión. Y no era falso. Cuando construyeron el piso de arriba para los alumnos internos, fabricaron un cuarto especial para los hijos de Castro –para los tres, pero éramos cuatro, Cristobita también estaba–, y todo se debía a la fama de rico de mi padre. Yo tuve una prueba palpable –no quiero decir que sea un juicio crítico, pero me di cuenta, y no sin cierta malicia– de que en el colegio se interesaban mucho por nosotros y nos daban un tratamiento especial porque éramos una familia muy rica. Allí tuve la oportunidad de ver manifestado el interés. Aquel fue un acontecimiento, la construcción de la escuela.

Los alumnos internos teníamos cada semana dos días de descanso: jueves y domingo. Quizás era una fórmula inteligente, porque dividían la semana en lunes, martes y miércoles; y en viernes y sábado: tres días de clases y un día de descanso. No sé si es la semana inglesa, creo que más bien se trata de una semana francesa, porque los Hermanos de La Salle tenían una cultura francesa, y algunos de ellos eran de esta nacionalidad. Cuando estudié en La Salle, tuve contacto con la cultura francesa, no con la española.

En el segundo año, cuando vinieron las vacaciones de Nochebuena, por alguna razón nos quedamos allí, nos pasamos todo el tiempo jugando –creo que Raúl aún no estaba con nosotros–. Fueron las únicas, después que estuvimos internos en la escuela, en que no visitamos la casa; permanecemos como seis meses sin ir a la casa.

La vida era muy buena, maravillosa en aquel momento, comparado con lo que habíamos tenido anteriormente. Así transcurrió el primero, el segundo y el tercer año, y con notas excelentes.

Hubo un congreso eucarístico –de acción de gracias– por aquellos días. Entonces la escuela y los Hermanos de La Salle, con motivo del congreso, organizaron algunas ferias, donde vendían muchas estatuas de santos. Parece que por el interés de ganar dinero, les vendían a los muchachos todo lo que querían. Ramón y yo compramos cuantas estatuas había de todos los santos, y las llevamos a mi casa cuando fuimos de vacaciones, después del congreso. Como mi madre era muy religiosa y siempre tenía estatuas de todas clases, qué sé yo cuántas pequeñas estatuas compramos allí de las vendidas por los curas con motivo de aquella actividad religiosa.



Llegamos a Birán con las maletas llenas de todo tipo de estatuas de yeso, y todo el mundo muy contento con ellas. A nadie se le ocurrió pensar cómo las habíamos comprado, pero las habían anotado en un solo crédito.

Antes de terminar las vacaciones, desde la escuela llegaron unas cuentas enormes. Mi padre estaba indignado, irritado, protestando porque le mandaron la cuenta de no sé cuántas decenas de pesos por los santos que habíamos comprado. Mi madre era un poco más devota, pero, realmente, a mi padre nunca lo vi muy devoto, nunca lo vi comprando estampas ni estatuas de santos. Aquello dio lugar a una severa reprimenda.

Diría que fue una vida buena hasta que surgieron incidentes en el colegio que determinaron mi salida de allí.

En la escuela había un hermano, se llamaba Bernardo, uno de los amigos de nosotros, muy interesado, era inspector –quiere decir que estaba con los internos–. Yo observaba en él tendencias que me parecían un poco extrañas. A veces, a algunos de tales inspectores, de dichos hermanos, tenían ciertas preferencias por algún alumno. No se saben las razones, pero se veía una preferencia, alumnos predilectos sin que tuvieran méritos especiales.

Una vez, posiblemente estaría yo en tercer grado, veníamos de Renté a Santiago en el barco *El Cateto* y había un muchacho de Baracoa –un muchacho como cualquier otro, pero por quien el inspector tenía cierta preferencia–, y tuve un pequeño conflicto con él mientras viajábamos. Sacamos pleito, nos fajamos dentro de la lancha en la bahía. Recuerdo que yo venía con la camisa desabrochada. Los otros muchachos se metieron y nos separaron.

Después desembarcamos en el muelle de Santiago. Era un espectáculo, porque Santiago tiene elevaciones, y del nivel de la bahía usted va subiendo por algunas empinadas calles hasta las partes más elevadas donde está el colegio. El camino más corto era una calle que atravesaba los barrios de prostitutas. Yo debía de contar con 11 años, sabíamos bastantes cosas, veníamos del campo, y allí los muchachos están un poco más a leccionados. Ramón cuenta que yo, muchas veces, como una travesura, tocaba las puertas de las casas por las que pasábamos...

Entonces, subíamos por esa calle. Regresábamos de noche los 25 muchachos en hileras por cada acera. Pasábamos cerca del mercado, pero antes atravesábamos como tres calles de bares y de prostitutas, y recuerdo que ellas se metían con el hermano, lo llamaban: «Curita... ven, curita», y los muchachos oían aquello. El hermano se mostraba muy abochornado. Los hermanos iban con el hábito propio de la orden La Salle, pero no eran sacerdotes; llevaban el hábito y un cuadrado blanco aquí en el pecho, con su sombrero.

Aquella vez atravesamos las calles, llegamos a la escuela de noche, pero como yo no consideraba concluido mi *match* de boxeo, tan pronto llegamos a la escuela fui donde estaba sentado el otro y le dije: «Levántate, vamos a seguir», le di un *jab* en un ojo y seguimos la pelea. Otra vez se metió todo el



mundo y nos separaron, pero el hecho real es que al predilecto del inspector yo le había puesto un ojo morado. Era un muchacho de mi edad, igual que yo, y fuerte. Enseguida presentí que me había creado un conflicto serio.

En la escuela existía una pequeña capilla donde todas las noches realizaban una ceremonia religiosa en la sacristía, le llamaban «la bendición», y a veces algunos niños íbamos allí antes de comer.

La misa era por la mañana. Por la noche era la cruz con la hostia y la campanilla sonando.

Estaba yo en la sacristía, viendo la bendición, muy devotamente, como se supone, cuando abren la puerta y se asoma el hermano inspector Bernardo, interrumpe mi actividad religiosa y me llama. Caminamos por un pasillo, doblamos, y cuando hemos caminado unos metros, me dice: «¿Qué te pasó?». Entonces, le fui a explicar, pero no me dejó, me dio un galletazo con todas sus fuerzas, que me dejó el oído..., y cuando todavía estoy así, aturdido, me golpeó con la otra mano por el otro lado. Me dio dos golpes de hombre. ¡Me dio dos golpes realmente muy fuertes!

Me pareció injusto, humillante, abusivo. Debió de ocurrir, quizás, al final del tercer año. Después, cuando pasé de tercero a quinto, en el primer trimestre –no sé si en aquel mismo año o anteriormente–, en otra ocasión íbamos subiendo hacia el dormitorio que estaba en el tercer piso –teníamos que ir en dos filas–, yo estaba conversando en la fila y me dio un coscorrón, no muy fuerte. Era la segunda vez que me golpeaba.

Cuando estaba en quinto grado, como en el mes de noviembre, las clases iban muy bien, la conducta nuestra, bien. Desayunábamos, y cinco o diez minutos antes de empezar las clases teníamos un recreo. En el desayuno nos daban café con leche y unos panecitos, pero no nos ponían límites. Si queríamos comer dos, dos; tres, tres. Con frecuencia el estudiante se comía un pan rápido y le echaba mantequilla a los otros dos y se los llevaba, o se comía dos y se llevaba uno –comprábamos una mantequilla que se guardaba en unos pomos verdes y nos la comíamos medio rancia–. Cuando salíamos formados del comedor, llegábamos al otro lado del patio y allí rompíamos filas. Aquellos 10 minutos los aprovechábamos para jugar pelota, y el que tocaba primero una columna que había allí se ganaba el mejor lugar para empezar a batear; a veces los estudiantes se disputaban el primer lugar. Yo salía de desayunar, creo que llevaba dos panes en la mano, además, quería tocar la columna, parece que hay un conflicto, alguna empujadera con otro muchacho, y viene el inspector por detrás y me hace: ¡Paf!, el tercer coscorrón. Entonces, me paro, agarro el pan y le hago: ¡Ra!, y voy sobre el Hermano Bernardo, que es mucho mayor que yo y más fuerte. Lo muerdo, le entro a piñazos, a patadas, comienzo con un fuerte *match*. Por fin, logró separarme y me empujó hacia allá. El director estaba cerca de mí en una sala de lectura, desde donde,

además, vigilaba. Me le acerqué y le dije: «Me golpearon», pero él respondió: «No, si nada más lo empujó». Él había visto tal vez el final y no el comienzo.

Fue un acontecimiento muy grande. El problema no fue el hecho en sí, el daño que yo le hubiera podido hacer al inspector porque él logró dominarme al fin y al cabo, sino que significó un reto a su autoridad. Todos los muchachos siempre decían: «Le voy a tirar un tintero por la cabeza, le voy a hacer esto...», algo que jamás hacían; pero esa vez se dio la circunstancia de que un estudiante no tuvo otra alternativa que responder a un hecho de violencia. Entonces, éramos tres hermanos allí, yo era buen estudiante, tenía buenas notas, no me portaba mal y decidieron dejarme en la escuela. La actitud que el hermano Bernardo adopta es la de ofendido. Su autoridad había quedado muy resquebrajada. La escuela tenía unos 200 alumnos entre internos y externos y todo el mundo supo lo que pasó: un estudiante le había tirado el pan por la cabeza... Él asume el papel de víctima, su dignidad estaba ofendida; no me hablaba y yo tampoco lo hacía. Me portaba rigurosamente bien, con más razón desde que había sucedido aquello.

Pasaron de cuatro a seis semanas antes de las Navidades, me porté rigurosamente bien dentro de la situación, por tal de no dar pretexto, es decir, que reaccioné con mucha dignidad ante semejante problema. Hacía deportes, jugaba pelota, iba a competencias, me destacaba, y pasaron las semanas, hasta que llegaron las Navidades.

Ellos tenían un sistema de notas para la disciplina. Todas las semanas daban un boletín de acuerdo con la conducta: al que se portaba bien le daban un boletín blanco; al que se portaba mal, un boletín rojo, y al que se portaba muy mal, excepcionalmente, un boletín verde. Después de aquel conflicto, no sabía lo que iba a pasar.

98

Llega el día en que hay que dar los boletines, y decían: «Boletín blanco...», y casi siempre yo sacaba boletín blanco porque tenía buena conducta, pero esta vez no me mencionaron. Después: «Boletines rojos: Fulano, Mengano...», y no estoy incluido. Me quedé esperando, tal vez me van a dar un verde —pensé—. Anuncian: «Boletín verde: Fulano...», y tampoco estaba. Me habían sacado de todos los boletines, del blanco, del rojo y del verde. Así sucedió hasta que se acabó el trimestre. Mantuve mi comportamiento correcto, y aun así él me ignoraba, fue la actitud que adoptó.

No es que decidieran expulsarme, sino que yo estaba dispuesto a irme del colegio, convencido de no volver a aquel lugar, y esperaba las Navidades. Recuerdo bien que llegaron mis padres a recogernos, esta vez fueron los dos, mi padre y mi madre, para las vacaciones de Navidad. Entonces, el director de la escuela los cita y da su versión.

Antes, el director del colegio era un hermano muy bueno, se llamaba Fernando. Fue el director mientras nosotros estuvimos en primero y segundo grados. Era medio francés, de tez rosada, un hombre muy noble. Después

nombraron como director a un hermano llamado Leonmarí. Él tenía la información que le dio el inspector Bernardo, y aquella misma fue la que transmitió a mis padres. Después de esto salimos de la escuela decididos a no volver más; yo por lo menos pensaba así. Ramón no tuvo ningún problema. Raúl, con seis años, era el más chiquito de la escuela y tendría poca posibilidad de discernir lo que acontecía. El conflicto lo había vivido yo, por este problema. Nos fuimos para la casa. Allá se sentían muy irritados con nosotros, porque estaban bajo la influencia de la información que les dieron.

Realmente lo que el cura le dijo a mi padre –y, por supuesto, mi padre se impresionó mucho– fue que sus tres hijos eran los tres bandidos más grandes que habían pasado por la escuela. Así, con tales palabras.

Si acaso, el único bandido era yo, porque no existía ni la más remota justificación para llamar bandidos a Ramón o a Raúl que tenía seis años. Ellos no hicieron nada, solo solidarizarse espiritualmente conmigo ante el problema. Tuve aquel conflicto, mi reacción ante un acto de violencia, y después me porté con una dignidad completa, no tenían que llamarme la atención; yo no existía, pero mi no existencia la llevaba con mucha dignidad: ni una falta, ni la más mínima podían señalarme, porque yo consideraba interiormente que tenía razón.

Viene la etapa en que cambiamos de escuela, fue el segundo problema serio que tuve, en un período de tres años: en primer grado y en quinto grado.

En lo absoluto considero incorrecta mi conducta en la escuela, no tenía malas notas ni faltas de disciplina. En general era activo, inquieto, practicaba deportes, pescaba, hacía y deshacía. Era un alumno normal de aquella escuela, con las faltas habituales, un día hablaba en clase o en filas, cosas intrascendentes. No era de un comportamiento especialmente malo, pero también existía otro problema: aquellos hermanos no eran los jesuitas, que sí eran mucho más rigurosos, gente más seleccionada, ostensiblemente más preparada, de una vida mucho más dura. Los hermanos de La Salle, incluso, no hacían voto perpetuo, harían un voto temporal, podrían prolongarlo.

Muchos de ellos eran personas muy buenas y nobles. Me acuerdo del hermano Fernando, pero yo observaba en algunos hermanos de La Salle más relajamiento, y ellos a veces tenían preferencias. Quizás nos verían como sobrinos, les recordaríamos a un familiar, un primo, algo así.

Pienso que el inspector tuvo una reacción histérica –no sé si está vivo o muerto, no tengo ningún interés en hablar mal de nadie, no me resulta fácil mencionar un nombre, porque no sé si vive o si murió, si vive en Cuba, si se encuentra en Estados Unidos, si tiene hijos y nietos; no lo quiero mencionar, aunque recuerdo su nombre–. Realmente su reacción fue exagerada, sin lógica. Hoy veo que reaccionó con espíritu de venganza, y me golpeó con toda su fuerza, me dejó aturdido –primero con la derecha y después con la zurda, con las manos abiertas–, me dio duro, con toda su fuerza.



Ahora, me hizo a mí un efecto tremendo, me quedó aquello por dentro. Es más, me quedé aturdido y con la idea de la injusticia. En las otras ocasiones en que me golpeó, no lo hizo con fuerza, pero sí fue humillante, y ya yo sentía indignación por lo sucedido, lo que me hizo reaccionar. Tal vez él creyó que lo podía hacer también, golpear. A mí me parece, y ahora más, que lo más absurdo es que se golpee a un estudiante, y tal fue la causa de mi conflicto, determinó la salida, el cambio de colegio y, como consecuencia, problemas en mi casa; porque lo peor fue que mi familia aceptó la versión dada por el director de la escuela.

Raúl y Ramón fueron víctimas inocentes. Ni él ni Raúl estuvieron en el problema. Raúl en aquel momento tendría seis años, estaría en segundo grado porque era el más pequeño de la escuela al inscribirse.

Cuando nosotros llegamos a Birán otra vez – el punto de partida y el punto de regreso siempre era Birán, el campo –, en una feliz fecha por la Nochebuena, la Navidad, el Año Nuevo, eran las vacaciones, pero como en la casa estaban disgustados, le pedían al asturiano tenedor de libros César Álvarez, que nos pusiera tareas, cuentas de multiplicar, de dividir; de manera que las vacaciones nos las desgraciaron.

Por las mañanas, el tenedor de libros debía cumplir la misión de poner un montón de cuentas; como él tenía que calcularlas y eran cuentas de multiplicar o de dividir muy grandes, utilizaba un libro de tareas de la escuela al que correspondía un libro de respuestas. Ramón había conseguido el volumen de las soluciones. No sé cómo Ramón consiguió el libro de respuestas, nos fue muy útil. Cuando el tenedor de libros nos ponía aquellas cuentas larguísimas, Ramón y yo hacíamos rápidamente todos los ejercicios para irnos a pasear. Y yo ¡estaba feliz! Ahora recuerdo que Ramón contó una vez que, como era monaguillo, tenía amistad con el hermano Miguel, quien aunque malgenioso, lo ayudó.

Recuerdo que en dichas Navidades algunos amigos visitaron a mi padre – un día, uno; otro día, otro; algunos agricultores, colonos – y mi padre se presentaba como el hombre más desgraciado del mundo por lo que le habían dicho en la escuela, y le contaba a sus amigos que era un hombre muy desgraciado porque sus tres hijos, según las autoridades del colegio, eran los bandidos más grandes de la escuela. Me enteré de que mi padre le había explicado su tragedia a todos, y circula la noticia de lo que dijo don Ángel Castro a su amigo tal y más cual. Yo me sentía más irritado todavía porque era absolutamente injusto; me sentía incomprendido en medio de un problema en el que tenía toda la razón.

Katuska Blanco. Comandante, pero ¿nunca pensó que los comentarios de su papá a los amigos de algún modo también expresaban un sentimiento de orgullo? Los veo como la típica reacción de alguien que, por un lado está molesto debido a las quejas que le han dado y la pena o la vergüenza por el llamado de atención de la dirección del colegio. ¡Oígame! Imagino a su papá, con toda su

prestancia, casi recibiendo un regaño en el despacho de Leonmarí... Debió de disgustarse mucho; pero, ciertamente, por otro, apenas consigue ocultar la satisfacción al saber que sus hijos no se dejaron influir o arrastrar por la vida de la ciudad y el estricto colegio religioso. Hay como un repunte de orgullo, al ver que los hijos no se le convirtieron en unos señoritos remilgados, sino que siguen, de una manera muy especial, fieles a la naturaleza agreste, sana y viva de la casa y la finca. Hay que pensar en lo vivido por él, se hizo con esfuerzo y trabajo, y era lo que más valoraba. Tal vez si hubiera guardado silencio, pero aquello lo comentaba a todos, pienso que no sin alarde, casi vanagloriándose. Imagino que siendo usted niño le sería bien difícil apreciar de tal manera lo acontecido, sobre todo si el castigo lo consideraba una decisión injusta.

Fidel Castro. En verdad, siempre creí que estaban muy contrariados. Así pasó la Nochebuena, el Año Nuevo y llegó el día 6 de enero. Se suponía que al día siguiente partiríamos hacia la escuela, y a mí nada, suspendido todo; ni Raúl ni Ramón ni yo fuimos para la escuela. En realidad, cuando llegó el día de partir vi que era en serio, que no íbamos para la escuela.

A Raúl, ¿iqué le importaba eso!?, si no entendía, era aún muy pequeño; Ramón, ¡feliz!, porque quería ser tractorista, chofer, mecánico y no sé cuántas cosas más. Entonces, yo, que soy en realidad el del problema, y que he sido víctima de la agresión y la violencia física, el infractor que creía tener toda la razón, me siento injustamente castigado y no me resigno a aceptarlo. Así –eso lo sé yo, Angelita posiblemente no ha de saberlo– hablé con mi madre y le dije que había que mandarme a la escuela, que no era justo dejarme sin escuela.

Eso realmente es muy interesante, porque si no doy semejante batalla, me quedo en Birán y no paso del quinto grado. Me hubiera dedicado allí a la ganadería, ¡qué sé yo lo que habría sido! Un bandido de verdad, porque no habría estudiado más. Fue una brillante idea, una gran cosa que hubiera dado mi batalla por estudiar. Y como teníamos más respeto por el padre y más confianza con la madre, siempre hablábamos con ella.

Y fue verdad que amenacé, aunque es un poco duro decirlo. Mi casa se afinca en pilotes de madera y era de madera. Amenacé con que, si no me mandaban para la escuela, le iba a prender candela a la casa, fue mi más seria amenaza. No creo que lo hubiera hecho, lo dije muy serio, pero no lo hubiera hecho, estoy convencido de que no. Pero la verdad es que al decirlo en serio, demuestro la indignación, el énfasis, la pasión con que planteo el problema.

Entonces tengo 11 años, aún no he terminado el quinto grado. No creo que hubiera cumplido mi ultimátum; además, estoy convencido, no porque quiera disminuir la gravedad de mi reacción, sino que lo afirmo con mucha franqueza. Empleé algo para tratar de impresionar y lo dije, a lo mejor lo creían, pero como me conozco muy bien, sé que no hubiera hecho algo así; habría sustituido aquella protesta por otra. Realmente me habría hecho

ingobernable, si no me mandan para la escuela, habría sido ingobernable. Tal sentimiento estaba arraigado en mí ante el maltrato del profesor, el abuso, el golpe, todo permanecía vivo y quemante en el fondo de todo, porque sentía que era una medida injusta, y a ello atribuyo una reacción tan airada. Tenía una actitud muy seria, estaba traumatizado con lo ocurrido. Además, no era mal alumno, estudiar no me desagradaba, no sentía odio por la escuela y los estudios, más bien sentía cariño, porque había pasado por experiencias peores de las que me libré cuando fui a la escuela, lo que significó un progreso para mí. Y, de súbito, lo bueno que había alcanzado se perdía, pudiéramos decir. Ya había estudiado segundo grado interno, separado de la familia; también, tercero; he pasado al quinto sin vencer cuarto grado gracias a los excelentes resultados. Siento entusiasmo, tengo una valoración por mis estudios, mis esfuerzos y los éxitos, y todo se viene por tierra por una injusticia –lo creía entonces y lo creo hoy–. Pero lo que aprecio, es la convicción y la seguridad con que enfrenté tremenda injusticia.

Creo que fue la primera cuestión: no acepto tal castigo. Me privan de algo que yo no rechazo, el estudio, y tengo la impresión de que me están haciendo un daño, me castigan sin razón –quizás alguna idea, algún instinto de que era correcto que estudiara porque era lo que venía haciendo–. Eso se combinó con el rechazo ante lo injusto, por lo cual yo exijo la vuelta a los estudios. Entonces por fin regreso a la escuela el día 11 de enero de 1938. No, no podía ir a la misma, y me envían al Colegio Dolores.

Mi madre debe de haber convencido a mi padre de que me mandaran a estudiar otra vez. Entonces, él debía viajar a Santiago para visitar a su compadre, a su amigo, don Fidel Pino Santos. Creo que en dicha época estaba en campaña electoral, aspirando a representante, por supuesto, por el partido del gobierno.

El millonario amigo de mi padre, que iba a ser mi padrino, está en la campaña de comprar votos para ser representante –las campañas eran así, comprando votos–. Este millonario salía con el número uno por la provincia de Oriente, sacaba más votos, sencillamente, porque era el que más votos compraba, el que más dinero tenía para comprarlos. Creo que por entonces coincidió que ese señor se quedó viudo.

Katiuska Blanco. En efecto, el 19 de diciembre de 1937 murió la esposa de don Fidel Pino Santos. Llevaba un nombre garcíamarquiano, por eso no lo olvido: Exuperancia Martínez Gandol. Lina asistió al velorio y llevó con ella a Angelita, a quien nunca se le borraron de la memoria las imágenes tristes.

Fidel Castro. Seguramente mi padre le expresaría condolencias al amigo durante su visita. A mí deciden inscribirme en el Colegio Dolores, y por eso viajo con él. Pero en mi casa vuelven a cometer una equivocación, en vez de mandarme al Colegio Dolores interno, me envían a la casa de don Martín Mazorra, un comerciante español en Santiago, dueño de una tienda de ropa

llamada La Muñeca. Comprábamos ropa allí y teníamos relaciones comerciales. No sé cuáles fueron las razones, pero a Angelita la mandaron conmigo, Angelita y yo siempre estábamos juntos. No sé si Angelita estuvo interna y la sacaron, pero ya iba a ingresar al bachillerato. Ramón se queda feliz en Birán, y a Raúl lo inscriben en una escuela cívico-militar, de las creadas por Batista en un programa de educación mediante algunas escuelas rurales. Batista lo hacía como parte de su campaña política, demagógica, porque era fascistoide, y al lado de las 2000 o 3000 escuelas públicas rurales, creó algunos cientos de escuelas denominadas cívico-militares. Un sargento era el maestro en cada una de aquellas escuelas; seguramente, eran maestros seleccionados, convertidos en sargentos tras un breve curso.

Eran útiles, pero ¿qué ocurría? Se veía como una campaña de promoción, para conceder prestigio al Ejército: el Ejército abre escuelas, el Ejército da clases. Y, por supuesto, las escuelas cívico-militares de Batista disponían de mayores recursos que las públicas.

La escolita se encontraba a cuatro kilómetros de Birán, en un lugar llamado Birán Uno. Raúl fue allí, vivía con la familia del maestro, pero estaba bien, porque era hijo del terateniente. El sargento también quería sacar provecho, pero era más vivo, y como estaba próximo a la casa, trataba muy bien a Raúl y lo malcriaba. Mi hermano era el más chiquito de dicha escuela. El sargento hizo lo que debió haber hecho la maestra con nosotros. Raúl sí que no pasó hambre cuando lo pusieron en aquella escuela.

Katuska Blanco. No pasó hambre allí, Comandante, pero acuérdesese que Raúl también fue objeto de lucro porque el maestro, por no perder a un alumno como él –que le daba cierto rango por ser hijo de un hacendado rico– pidió permiso a su mamá para llevarlo con él al Instituto Técnico Militar en Mayarí. Ella accedió, pero como Raúl no tenía edad para cursar estudios en aquel instituto, el maestro lo envió para el barrio de Los Hoyos en Santiago de Cuba sin permiso de la familia, y cuando su mamá fue a verlo, se encontró con que el niño no estaba allí, lo habían enviado solo a otro lugar sin su autorización. Por suerte, Raúl cuenta que estaba ajeno a todo eso, se sentía muy feliz en Los Hoyos jugando a la quimbumbia y pidiendo caramelos de ñapa en una bodega.

Fidel Castro. Conmigo siempre existía el problema de que no hallaban qué hacer, para dónde mandarme, y no sé por qué estaba en casa de la familia Mazorra, si debía estar interno. Pero, bueno, había ganado mi batalla, le di mi respuesta al inspector aquel, salí de la escuela, salí de Birán, me tuvieron que enviar a otra escuela. No podía exigir mucho más.

El nuevo colegio al que me mandan era de más jerarquía social y existía la discriminación racial, ausente en el Colegio La Salle. Dicha escuela era más exigente, de mayor rigor, y yo tenía en mi mente aún el problema anterior, del que, como resultado, cualquier muchacho habría sufrido un trauma psicológico, de lo cual no se recupera tan fácil o rápidamente.

Voy a una escuela más difícil, de más rigor, después de haber tenido problemas. Llego tarde, así que tengo que adaptarme desde el punto de vista de la instrucción, del estudio. Pero, además, me ponen otra vez en una casa de familia, la del comerciante. En ellos no prevalecía tanto el interés del dinero, sino más bien la amistad con mi padre, y mi padre pagaba, tenían un alumno allí. Creo que es el peor sistema, que una familia tenga un hijo postizo; eso requiere un gran cariño, un gran amor, un gran desinterés, la capacidad de tratar como si fuera un hijo a alguien que no lo es; ya eso requiere una conciencia moral, una conciencia política, una conciencia social muy elevada que no se le puede pedir a un burgués.

Usted le puede pedir a un revolucionario, si tiene un hijo postizo en su casa, que a ese hijo lo trate mejor que a los propios: con más respeto, más cariño, con más atención, pero es muy difícil que una familia burguesa lo haga, a no ser que sea de tradición muy piadosa, con motivación religiosa, no le da el mismo tratamiento al hijo de otra familia que al suyo propio.

Llego a un hogar donde había tres hijos, uno de ellos del primer matrimonio del español.

El español era un hombre trabajador, bajito, menudo, no era un hombre grueso. La mujer era una mulata santiaguera más alta que él, gruesa, gustosa –como diría García Márquez–. El hijo estudiaba para piloto civil en Estados Unidos, un muchacho bueno, era el hijo mimado; y la hija, en el bachillerato: una muchacha trigueñita, mezcla del español con la mulata, bonita, no gruesa, era muy graciosa, y tenía tres rayas en el uniforme del instituto, estaba en tercer año; era mayor que yo, pero eso no obstruía mis amores platónicos con ella, que tal vez sospechara aunque nunca se lo dije.

Vivíamos allí y éramos gente de fuera, de otra familia, pero no nos trataron mal, no pasábamos hambre, comíamos lo mismo que comía toda la familia, dormíamos bien... Influían otros factores de tipo social, orgullo de la familia y todo lo demás.

104

La mulata santiaguera, de origen muy humilde, que era mujer del comerciante, había progresado notablemente, pero no era de pura estirpe aristocrática... Simpatizo con ella. Recuerdo cómo era de luchadora, en su casa era la señora, la dueña, la autoridad, aunque no autoridad absoluta, porque el gallego –llamo gallego al español, aunque no sé si era de Galicia o de qué parte de España–, que era un hombre tranquilo, calmado, le daba todo, pero tenía su genio y su carácter. De modo que la mujer era monarca en la casa, pero no monarca absoluta, porque él era capaz de ponerse bravo un día y exigirle. Él era el jefe con autoridad delegada en la mujer, no obstante, conservaba la suya, no era un hombre débil. En esa casa estuve casi un año.

Allí empieza otra historia, porque cuando se reinicia el curso en la nueva escuela, en el mes de enero, me voy adaptando. Las notas no son malas, pero no son óptimas, debido a las experiencias anteriores.

Creo que fue bueno que me enviaran para tal escuela, aunque hubiera sido mejor como interno, pero quizás en mi casa creían que era bueno, que me hacían un favor al no tenerme interno, preso en la escuela, que era mejor externo, en un ámbito familiar, porque Angelita estaba externa. También por la nobleza campesina de mi familia, ellos creían que era lo mejor, aunque sin duda no lo era. Yo mismo no sabía qué problemas iba a tener, no me sentía disgustado cuando me llevaron a aquella casa, con una familia amistosa, a estudiar de nuevo. Me ponen externo y estudio en la escuela, que no está lejos. Solo voy a almorzar y a comer a la casa. No era una vida insostenible, pero surgieron también algunas contradicciones.

Aquella familia quería ingresar en la sociedad de la gente más rica, más aristocrática. Ellos no nos explotaron económicamente, tenían sus ingresos. Además, la economía mejoraba en el país y planeaban construir una residencia en Vista Alegre, el barrio de los ricos. El hecho de que su pupilo, que era yo, estuviera en el Colegio Dolores, los relacionaba con las familias que tenían los hijos allí. Aquel fue mi problema también porque ellos me exigían –y no estaba mal– que sacara el máximo de puntos, era pura cuestión de vanidad, su pupilo tenía que ser el mejor.

Mi gasto semanal era de 20 centavos: 10 para el cine, cinco para un sándwich o un helado y cinco para comprar *El Gorrión*, una revista argentina para menores, la literatura que leía en aquella época, muñequitos y algunas novelas. Si no tenía las notas máximas, no me daban mis 20 centavos. Entonces me vi obligado a hacerle una trampa a la señora.

Yo tenía que llevar la libreta de notas todas las semanas a la casa y regresarla firmada a la escuela. Un día dije en la escuela que se me había perdido la libreta. Me dieron una nueva, entonces la escuela ponía las notas en la nueva libreta y yo era quien la firmaba. La vieja la firmaban ellos y las notas las ponía yo.

Al final del año, la criolla santiaguera, por aquellas notas brillantes, excelentes, creía que tenía un genio, y ya se hacía ilusiones de que su pupilo se llevara todos los premios al final del curso.

Yo mismo sabía que existía una dificultad –mis notas no eran muy malas, pasaba de curso, pero no me llevaba todos los premios–, mis verdaderas notas eran relativamente buenas, pero no eran las mejores que se habían alcanzado nunca en la escuela –las que yo ponía sí–. Cuando llega el final del curso, sabía que no tenía solución para aquel problema.

Entonces, un acontecimiento, el acto: uniformes –medio militares–, las gorras, un zamarán blanco y azul; y ella ilusionada con que el pupilo se llevaría todos los premios, todas las notas y los honores. Se hacía imprescindible un vestido negro y largo para la ocasión. Iban todas las familias burguesas, aristocráticas, 200 alumnos y todos los padres. Un acto final, una clausura solemne del fin de curso con un programa cultural, música,

canto, espectáculo y la entrega de premios a cada alumno, y las excelencias de la escuela, grado por grado. Ese era mi problema...

Yo iba al cine, tenía *El Gorrión* y me comía un sándwich todas las semanas. Bueno, depende, porque primero eran 20, después eran 25 centavos, cuando incluía cine. *El Gorrión*, sándwich de puerco –los vendían en unos carritos–, y helado, eran 25 centavos, es posible que en tal tiempo hubiera tenido el tope de mi cuota semanal. En un período no, pero con la nueva libreta yo había resuelto el problema, por lo que es posible que en el último trimestre de aquel curso hubiera tenido cine, *El Gorrión*, helado y sándwich: lo máximo.

Cuando llegó el fin de curso, no encontraba la solución del problema, aparecí con mi uniforme y todo, acompañado de la señora grande, la mulata, vestida de negro, con traje largo, muy solemne, y de toda la familia, porque su pupilo es el más brillante de todos los alumnos de la escuela –ellos creían eso–. Entonces, empiezan por el primer grado: «¡Excelencia: Fulano de Tall, primer premio en tal cosa; segundo, poesía», cosas de esas, hasta que dicen: «¡Quinto grado: Excelencia: Enrique Peralta!». La gente aplaudiendo y a Enrique le ponen no sé qué cosa. Ellos veían lo que pasaba, un poco a sombrados; y yo admirado, como preguntándome qué pasará, cómo es que a Enrique Peralta es a quien le han otorgado el premio. «¡Y primera y segunda excelencia...!». Y tampoco es toy entre los mencionados. Entonces, «¡Historia, primer premio, Fulano de Tall!» –primer accésit, le llamaban–; segundo premio, y yo no aparezco por ninguna parte. Creo que me mencionaron una vez o dos, por no sé qué cosa que saqué, pero nada más. Yo cada vez ponía más cara de asombro y es cuando se me ocurrió algo y dije: «Ahora me explico todo, es que como llegué en el segundo trimestre, en el promedio me faltan los puntos del primer trimestre, no me podían haber dado nada de eso. A pesar de haber tenido unas notas excelentes, me falta un trimestre completo, y por eso yo no tenía premios». Vaya, entendieron, comprendieron, les pareció lógico, y creo –todavía no lo he preguntado– que si hubiera tenido las notas que yo decía, aunque hubiera faltado un trimestre me hubieran dado la excelencia y los premios.

En aquel momento acudí a la Aritmética, a la Matemática y les hice un cálculo: «Ahora sí me explico bien por qué no me han dado ni un premio». Ellos se creyeron de verdad aquello y salieron tranquilos y contentos.

Recuerdo mucho que el colegio puso una pequeña estación de radio de onda corta como parte de las actividades.

Al contrario de La Salle, Dolores era una escuela de más categoría, pero no tenía un lugar como Renté –aquel retiro de los franceses–, no tenía una finca, llevaban a los estudiantes a distintos sitios, un día a un lugar, después a otro, porque no tenían aquel retiro de los franceses. Un cura jesuita, el cura García, inspector, era un español muy activo, muy entusiasta, siempre estaba inventando eventos, exploraciones y concursos. Una de las iniciativas suyas fue la estación de radio, también intentó comprar un ómnibus para la escuela.

Pusieron una estación de radio de onda corta, debe de haber tenido 0.50 kilowatt o 0.25 kilowatt, pero se comunicaban con las familias que la oyeran y ponían algunos concursos de poesía. Creo que Elpidio Gómez tenía más dotes de poeta que yo, pero yo hacía poesías también. Y no sé si son míos o de Elpidio estos versos que recuerdo de memoria:

*Bella entre las bellas
la más tierna y loca
tus ojos son estrellas
un rubí es tu boca...*

Realmente considero que Elpidio hacía mejores versos que yo. Pero ¿qué ocurría con Elpidio? Bueno, era de Bayamo, los bayameses tienen tradición de poetas, de músicos, y los de Birán no tenemos esas tradiciones. Entonces ¿qué pasó?, el concurso era por votación y yo tenía mucha amistad con los demás estudiantes, eran muy amigos míos y yo les decía: «Diles en tu casa que voten por mí».

Llegó el momento crucial del concurso de poesía. Los muchachos por radio y todos los medios llamaban a votar por mí, entonces, al final del concurso... Recuerdo que las familias decían: «Las poesías de Elpidio son maravillosas, pero nuestro voto, naturalmente, es para Fidel». Mi primera campaña política fue esa. Me avergüenzo al recordarlo porque Elpidio era mucho mejor poeta que yo, pero las familias, por complacer a los hijos, votaban por mí. Los estímulos eran morales, pero los métodos para definir al mejor no eran muy justos. Yo apliqué un método político y creía que estaba haciendo muy bien, pensaba que era correcto, excelente, justo; incluso, porque si el problema era quién ganaba más votos, pues yo sacaba más votos. Claro, tal vez no me daba cuenta, me percató ahora: los versos de Elpidio eran mejores que los míos. Es posible que considerara los míos tan buenos como los de él; pero, realmente, recuerdo que los de él eran mejores.



Katuska Blanco. Comandante, cada época tiene su olor , su música, su voz, su película, libro, artista o personalidad histórica para la memoria. Para los mayores de mi casa, la melodía de un bandoneón y la tristeza en las letras de los tangos eran como la banda sonora de sus años juveniles. A usted, ¿qué rumor le llega de los años 30 y 40? ¿Qué voz portentosa? ¿Qué aroma? ¿Cuál perfil de la historia? ¿Qué artista maestro? ¿Qué imágenes en 24 cuadros por segundo?

Fidel Castro. Creo que en toda aquella primera etapa de la enseñanza primaria: segundo, tercero, hasta quinto grados , no tenía un gran gusto por las películas. Me refiero a que mi gusto era el común de un niño deslumbrado ante el cine, no el de un conocedor. Me agradaban las películas de vaqueros –era la época de Tom Mix y de Bull Jones, no sé si eran los nombres de los artistas–, los episodios y las películas del Oeste, y me gustaban algunas de ciencia ficción, porque en aquella época había también filmes sobre luchas interplanetarias, que eran el prelude de la guerra de las galaxias y de los escudos antimisiles. Me gustaban las películas y las canciones de Libertad Lamarque, los tangos de Carlos Gardel –entonces estaban de moda los artistas argentinos–; también algunas canciones mexicanas . Era la época de María Félix, Agustín Lara, Jorge Negrete.

Vi la película *La carga de los 600*, una de las más famosas, relacionada con acciones del siglo XIX en la India.

En mi niñez sentía predilección por las películas cómicas . Las que más recuerdo son las de Chaplin y las de Cantinflas, pero claro, Cantinflas fue después.

Entre las películas de mis grandes actores preferidos en todas las edades, ahora mismo, están las de Charles Chaplin y las de Cantinflas, desde que vi la primera, en aquel período y por siempre.

Después iban siendo otras las películas que prefería y, por supuesto, también me atraían las de Tarzán. Admiraba lo que Tarzán hacía con los animales



Luego supe que tales filmes podían influir negativamente, pero a mí no me hicieron ningún daño definitivo.

Las películas del Oeste me gustaron siempre, con la diferencia que de niño las tomaba en serio, pero de joven, sobre todo de adulto, las veo como películas humorísticas, me río mucho viendo aquellas barbaridades, y las cosas que de muchacho consideraba serias.

Cuando estalla la Segunda Guerra Mundial tengo 13 años. Surge un gran número de películas y documentales desarrollados en Occidente, sobre todo de la guerra: distintos episodios, de antes de la guerra y de la Guerra Civil Española, que ocuparon considerablemente mi atención en dicho período.

Ya desde mi época de estudiante universitario surgieron algunos largometrajes como *Lo que el viento se llevó*, una película que recuerdo mucho.

En toda esta etapa siguen apareciendo filmes de Cantinflas y de Chaplin.

Entonces, no proyectaban filmes soviéticos, casi no ponían películas de Europa en los cines. Casi todas las que veía en el bachillerato, incluso en la Universidad, eran norteamericanas. Las de la época del bachillerato y aun después, en la década del 40 al 50, estaban muy influidas por la guerra y, más adelante, por la Guerra Fría. Hubo dos fases: el período de la guerra y los años subsiguientes a esta. En el período de la Guerra Fría, en general, predominaba la superficialidad, las películas eran simplistas.

No existía un cine más serio, más profundo, de carácter histórico, psicológico. Tengo la impresión de que aquellas películas aparecieron posteriormente, en los últimos setenta y tantos años, porque recuerdo que en la primera etapa de Batista, vi *Candilejas*, de Chaplin, una de las que más valor siempre. Ya Chaplin había sido, por cierto, expulsado de Estados Unidos. Él era un hombre progresista.

Más tarde sobreviene un período en el que vi muy pocas películas. Diría que desde 1953 al sesenta y tanto, durante diez años, apenas ninguna. Estuve todo el tiempo en las prisiones, en el exilio, en la Sierra Maestra, después de la Segunda Guerra Mundial. Es decir, que estuve separado del cine durante diez años o más.

Katiuska Blanco. Usted hablaba de *Candilejas*, la música es protagonista de los filmes, también de las emisoras de radio de entonces...

Fidel Castro. En la primera etapa de mi vida no teníamos ni radio. En mi casa solo existía un fonógrafo muy viejo, con unos discos; había que darle cuerda cada vez que sonaba. Realmente no tuve mucho contacto con la música, a pesar de que mi madrina era profesora de piano, y casi todo el día estaba oyéndola practicar las notas musicales. Nunca toqué ni siquiera el piano y nadie me estimuló a ello. En aquella época de la que estamos hablando, lo poco que nos enseñaban era a entonar algunos himnos y, después, en la escuela, un poco de música sacra, canciones religiosas, nada más.

Una vez me pusieron en el coro de la escuela, pero siempre fui muy desentonado, tenía muy mal oído musical, en realidad. En una oportunidad escucharon que alguien desafinaba y nos pusieron a prueba individualmente, me dijeron que cantara solo aquellas notas y me descalificaron, porque mientras formaba parte del grupo más o menos pasaba, pero cuando tuve que hacerlo solo, el hermano director del coro me sacó. Aquello me ocurrió como en tercer grado.

No demostré poseer grandes condiciones para la música y, si tenía alguna, nadie me ayudó a desarrollarla. Eso, en cuanto a mis condiciones como cantante, lo cual no influyó en mi gusto por la música.

Katuska Blanco. ¿Qué lecturas le apasionaban?

Fidel Castro. De los libros de la época, para mí el más fabuloso era la Historia Sagrada porque hablaba de los orígenes del mundo, de la vida, del universo, del hombre, el Diluvio Universal, el Arca de Noé, los animales mitológicos, la historia de Moisés, el cruce del mar Rojo, las Tablas de la Ley. Incluía las narraciones de guerras y combates: las proezas de Josué frente a Jericó haciendo llevar las trompetas, la fuerza hercúlea de Sansón, quien lograba derribar un templo. Me parecía algo maravilloso. Todos los años nos daban clases sobre Historia Sagrada ampliada, que viene a ser el Antiguo Testamento, donde se cuentan cosas tan fabulosas que siempre me llamaron la atención. No tenía oportunidad de leer la *Ilíada*, la *Odisea*, *Don Quijote de la Mancha* o algunas de tales obras clásicas.

Entonces, me llamaban mucho más la atención la Geografía y la Historia, en general, lo mismo la de Cuba que la universal, por todos los acontecimientos que narran. Pienso que a casi todo el mundo le gustaban aquellas asignaturas. Soportaba la Gramática; no me asustaba la Matemática, la entendía perfectamente bien, solía tener buenas notas en Matemática o Aritmética, como le llamaban entonces. Era bueno para los dibujos geométricos, que había que realizarlos con círculos, con cálculos matemáticos e, incluso, me otorgaban premios. Era malo en la pintura de los paisajes. Ya la naturaleza me estaba negando sus cualidades: un buen oído musical y una buena habilidad para la pintura de los paisajes. Los dibujaba: una casa, un horizonte, los árboles; pero estaba probado que no disponía de una especial vocación, si tenía alguna, nadie fue capaz, realmente, de estimularme. En cambio, obtenía premios, tanto en el trazado como en la pintura de los dibujos geométricos, que practicábamos bastante. Pero creo que la lectura era mi mayor pasión.

A mí me fascinaban todas las tiras cómicas. Me daban cinco centavos para comprar un magacín cómico que venía desde la Argentina porque ni siquiera en Cuba existía uno. A decir verdad, llegaba con mucha puntualidad a los estancillos. No recuerdo una sola vez que se retrasara. Además, algunas novelas del Oeste, de acción, me acuerdo que una de las que leí con mucho interés se llamaba *De tal palo, tal astilla*.



No tenía acceso a la literatura. En general, los libros a nuestro alcance eran los textos que nos enseñaban en las aulas. En los comedores, a la hora de almuerzo y de comida, nos leían algunas novelas, algunas historias; una sección de lectura pública, por lo cual teníamos que comer en silencio. Más o menos la mitad del tiempo se dedicaba a la lectura, y era yo o uno de los alumnos escogidos para leer aquella literatura de un cierto sentido religioso.

Así que cuando estaba en la primaria, entre los 7 y los 11 años, tanto en el Colegio La Salle como en el Colegio Dolores la literatura suministrada no era universal, sino más bien religiosa: historias de santos y mártires, y de epopeyas mágicas.

La prensa sí me interesaba. Mientras estudiaba la enseñanza primaria, regularmente seguía los acontecimientos, sobre todo los internacionales. Incluso, cuando iba a Birán en las vacaciones, allí aún no existía radio pero los periódicos sí los llevaban y yo los leía.

Recuerdo que estuve al tanto de acontecimientos históricos: la guerra de Etiopía, entonces llamada Abisinia [iniciada en 1935]; la invasión de los italianos. Sería en 1936, cuando se inicia la Guerra Civil Española, yo tendría alrededor de diez años y seguía de cerca la descripción de los combates más importantes y las últimas noticias. Seguí completa la Batalla de Teruel, una batalla fuerte. Como García, el cocinero español, no sabía leer, yo era su lector de noticias, le leía los periódicos todos los días por la mañana. A veces me estaba una hora u hora y media junto a él. El cocinero estaba a favor de la República y con mucha impaciencia esperaba que yo le leyera los periódicos todos los días en las vacaciones del verano.

Ahora, a mi casa llegaban como cuatro o cinco periódicos, entre estos, el *Diario de la Marina*, muy reaccionario y profranquista. En sus páginas a los republicanos les decían «los rojos», «los comunistas», y a la gente de Franco la llamaban «los rebeldes», «los patriotas», «los nacionalistas», y las noticias eran muy contrarias a los republicanos. Al cocinero, republicano furibundo, yo de todas maneras, trataba de consolarlo, de explicarle los combates, que no iban tan mal.

Claro, otros periódicos no eran tan reaccionarios. Los diarios *El Mundo*, *Información* y *El País* daban noticias más objetivas. Un periódico de Santiago, creo que se llamaba *Diario de Cuba*, y algunos otros diarios de la capital, eran como cinco o seis, también eran más realistas. No había ningún periódico de izquierda, todos eran de derecha o de centro, pero el más militante era el *Diario de la Marina*, así que yo tenía que estarle leyendo a García una prensa bastante parcializada, no muy objetiva.

Mi padre decía que el cocinero era comunista; para él todos los que estaban con la República eran comunistas. Se parecía un poco a la historia del cura y del alcalde que aparece en la obra *Don Camilo* del italiano Giovanni Guareschi, ese tipo de relaciones en que se hacían bromas. Era un antagonismo amistoso

entre los partidarios de la República y los de Franco; los españoles allí estaban divididos más o menos a partes iguales. . Discutían mucho, pero no pasaba de ahí la polémica. No había guerra en Birán con motivo de la diversidad de criterios entre los españoles.

En aquella época, sentía gran afición por la prensa. Era, digamos, lo más serio que leía, por lo cual estuve muy informado de casi todos los acontecimientos de entonces.

También estudiábamos historia de Cuba, pero en la escuela no se nos suministraba literatura cubana, ni sobre las guerras de independencia. Se explica porque eran sacerdotes de órdenes francesas o jesuitas españolas que, en realidad, no se preocuparon en lo más mínimo de inculcar lo que pudiéramos llamar amor a las tradiciones y a los conocimientos amplios sobre la historia de Cuba. Aquella literatura la pude adquirir y leer por mi cuenta, pero mucho después, a lo largo de mi vida.

Pienso que a esa edad fui privado de la posibilidad de leer numerosos libros maravillosos, los cuales, estoy seguro, me habrían encantado porque todo lo que caía en mis manos sobre historia, sobre literatura o cualquiera de esos temas, siempre me despertaba un enorme interés pero no hubo una orientación en tal sentido.

Katuska Blanco. Comandante, en Birán, en el trajín vaporoso y oliente de la cocina, usted leía en voz alta las noticias de la Guerra Civil Española al cocinero Manuel García, su amigo malgenioso que arrastraba una pierna y las angustias del dolor reumático. Luego, con textos de sentido religioso, también leía para sus condiscípulos en el comedor del colegio, circunstancias que evocan a los lectores de tabaquerías. ¿Piensa que tales vivencias influyeron en sus conocimientos, su expresión oral, sus dotes como orador?

Fidel Castro. A mí me escogieron para leer en el comedor porque parece que tenía buena pronunciación y cierto énfasis, cierto acento, cierta declamación, y por el interés que ponía en la lectura de los materiales, de manera natural. En la escuela no dictaban clases de oratoria.

Cuando le leía al cocinero, en realidad estaba leyéndole a tres personas: al español, a quien yo veía sufrir, tenía un interés enorme, a pesar de ser un campesino analfabeto y también un enfermo, en cierta forma; al hombre ignorante, que no sabía leer; y, además, al cocinero, que antes había sido vaquero y que tenía muy mal genio.

No recuerdo cómo empezó nuestra amistad. Indiscutiblemente, yo también tenía interés por las noticias, y como venía de la escuela y sabía leer, pues allí estaba hasta leerle la última novedad, el último cable de la Guerra Civil Española y, sin duda, venían muchos. Yo leía todas las informaciones de la contienda, a él no le interesaban otras noticias.

Desde entonces yo mostraba un gran interés por la historia, y de la misma forma seguí de cerca la Segunda Guerra Mundial y casi todos sus

episodios. En la época de la guerra de Etiopía, de la guerra de España, acontecía una tercera guerra, la chino-japonesa. Desde 1935 hasta más allá de 1940 tenían lugar varios acontecimientos históricos en el mundo.

Por las cuestiones de Cuba ni siquiera me interesaba tanto; las noticias eran de rutina, corrientes.

Claro que tuve que ejercitar un poco mientras leía porque realmente nunca recibí clases de declamación ni de oratoria. A lo sumo, recitaba algún poema o escenificaba alguna obra teatral muy sencilla, preparada para la ocasión de fin de curso.

En la comunicación con las personas repudí siempre la forma de expresarse que fuera abstracta, confusa, pomposa y aparentemente docta, como lo era la de Belaúnde San Pedro, un profesor del Instituto del Vedado, su libro era el texto de Enseñanza Cívica en Belén. Considero que la forma de expresarse de cada persona forma parte de su personalidad y mentalidad.

Lo habitual en mí ha sido tratar de comunicar lo comprendido de manera sencilla. Puede haber habido un período en que la forma fuera una traba para las ideas. Quizás cuando en la enseñanza de la Literatura, la Retórica y el Discurso, la formalidad de hacer estuviera un poco prevaleciendo sobre la idea –se decía que un discurso tenía que tener una introducción, una hipótesis, una tesis, una demostración y una conclusión–, a medida que estudiaba, a medida que progresaba, que aprendía la forma de expresarse. Es decir, al estudiar nos enseñaban cómo se explicaban las diversas cuestiones, así como aspectos formales de la comunicación. Creo que cuando me libré totalmente de los aspectos formales de las explicaciones, me olvidé de la forma y pude expresarme con más soltura, algo que tal vez caracterizó mi oratoria, que es como decir la expresión en voz alta.

Quando era un estudiante de bachillerato hacía mis exámenes, respondía las preguntas y explicaba lo que creía haber entendido. Es posible que a veces usara en lo escrito algunas expresiones formales: brillante, elocuente escritor, una prosa bella, digamos, un poco lo que el profesor decía. Por ejemplo, el de Literatura hablaba así de los poetas y literatos españoles. Era un buen profesor, rendía un buen culto a los escritores de su lengua, podría ser desde Cervantes hasta Lope de Vega, y yo, a veces –quizás como un pequeño truquito–, usaba algunos de los adjetivos del profesor. Recuerdo que, por cierto, le halagaba mucho cuando escribía mi respuesta y empleaba casi el vocabulario empleado por él. No estoy muy seguro de que mis adjetivos, mis elogios y mi caracterización de los personajes fueran muy correctos, pero creo que bastaba con que fueran elogiosos y al profesor Rubino, de Literatura, le gustaran. Me daba el máximo de puntos.

Creo que otras materias –había distintas, podían ser Historia, Geografía, Literatura; bueno, la Literatura es más genérica, más abstracta, no es como un examen de Matemática en que le plantean un problema y usted tiene que

solucionarlo, bien porque tiene fórmulas que le han enseñado para resolver una ecuación o un problema determinado, o bien, como yo hacía a veces, por deducción, si no tenía la fórmula—, digamos, Geometría, Física, Química —que tienen fórmulas exactas—, no se prestan mucho a hacer teorías sobre ellas, pero descubrí que hasta la Geografía admitía cierta posibilidad de usar la Literatura, un poco la imaginación. Lo sé porque una vez hubo un examen de Geografía donde un solo alumno obtuvo 90 puntos y no sé si eran 100 o más de 100 alumnos. En el examen del instituto, un estudiante podía obtener hasta 100 puntos, y fui yo el que sacó sobresaliente con 90 puntos. Cuando la escuela protestó por las notas, los profesores del instituto dijeron que el texto por el cual habían estudiado no era bueno y, entonces el colegio argumentaba: «Hay un alumno que estudió por el mismo texto y sacó 90 puntos»; era sobresaliente.

En realidad, ¿qué hice en aquel examen? Posiblemente el texto no se adaptara mucho al programa, y haya utilizado la imaginación; me extendí, hice algunos análisis, algunas cosas, y parece que aquello fue factor determinante para que obtuviera 90 puntos. Es decir, quizás la forma de expresar las ideas, de transmitir las y de usar la imaginación, determinó que entre los más de 100 alumnos me hubieran dado los 90 puntos a pesar de que había estudiado por el mismo texto que los demás.

En las materias de letras —en Literatura— utilizaba un poco el vocabulario. Más bien era un examen dirigido a la psicología del profesor y a la simpatía del profesor. Además, era feliz cuando yo le daba una respuesta que le mostraba el carácter español, la riqueza del idioma, la gran imaginación y todo eso.

Habría que ver cómo me expresaba en dichos exámenes, para explicar algo tengo que entenderlo, o creer que lo entiendo.

Rechacé siempre palabras o discursos que no dijeran nada; un rechazo, una repugnancia natural. Puedo haber tenido en las primeras exposiciones públicas, quizás, un poco de atadura a lo formal, porque en los comienzos creía que un discurso era una alocución que debía empezar por algo y decir unas palabras tales y más cuales, poner un énfasis y buscar un efecto. Cuando más adelante me olvidé de todo eso y me consagré a transmitir una idea sin importarme qué palabras usaba, dónde ponía el énfasis o dónde no, dónde ponía el acento o no, dónde exclamaba o no exclamaba, dónde declamaba y dónde no declamaba; cuando me olvidé de todo eso, cuando me olvidé de la retórica y la declamación de las frases de las palabras efectivas y me dediqué a transmitir una idea, fue cuando adquirí realmente un estilo de comunicación con las masas. Ya no declamaba, podía enfatizar una palabra porque sentía que debía hacerlo, no porque viera en el énfasis un instrumento, sino porque consideraba que la idea expresada merecía ser destacada.



Desde que era estudiante universitario hacía frases, transmitía ideas, pero todavía le daba a la expresión, a la palabra, a la frase, digamos, en una primera etapa, algún énfasis. Luego, poco a poco, iba diciendo lo que sentía. Todo eso es una evolución, ¿no?

Mi oratoria hoy es como una vida vivida, todo un proceso de gradual cambio y maduración... A veces me pregunto, ¿dónde estuvo el límite? Cuando me gradué de abogado, ¿hacía frases? Creo que ya no hacía frases, aunque tal vez me ocupaba todavía un poco de la elegancia, de la expresión, pero, fundamentalmente, ya transmitía ideas básicas.

En tal período, cuando estudio y ya tengo una formación marxista, entiendo los problemas, comprendo los fenómenos de mi alrededor. Entonces, al escribir, al hablar, era mucho más natural. Me olvidaba cada vez más de las formas, de las palabras elegantes, de las frases, iba a la esencia de las cosas.

Creo que el día en que empecé a hablar y a escribir, en la misma forma que era capaz de conversar, adquirí plenamente dicho estilo.

Cuando la Revolución triunfó y tuve que hablarle al pueblo y explicarle todos los problemas, creo que nunca más en mi vida volví a usar una frase ni a acordarme de la forma. Al hablarle al pueblo, justamente podía estar hablando, lo mismo con 100, que con 10 personas, que con una sola, que con 1 000 000. El secreto fue, sencillamente, conversar con 100 000, 500 000 o 1 000 000 de personas, de la misma forma que podía estar haciéndolo con una sola.

La madurez plena la alcancé cuando me vi en la necesidad de explicar problemas y temas muy serios ante el pueblo, ante las masas, cuando llegué simplemente a tener las ideas como base de lo que tenía que decir, jamás las palabras ni los gestos ni las frases ni la búsqueda de un efecto.

Hay, es cierto, quien busca un efecto, ¡se agita, se estremece, se conmueve! Pienso que hay mucha gente que cuando habla hace un poco de teatro. Creo que cuando logré deshacerme de todo tipo de teatro, declamación y todo lo demás, llegué a ser diferente. De modo que, precisamente, me fijaba en la idea, nunca me acordaba de las palabras, iban saliendo solas en la medida en que trataba de explicar algo. De cualquier discurso, lo único que tenía presente eran las ideas, nada más. Y si lograba captar la atención del público, una hora, hora y media, dos horas, hasta tres horas, no se debía solo al mérito de lo que se estuviera diciendo, sino a que ese público estuviera interesado, condicionado totalmente a escuchar con interés lo que se decía. Además, si tras quien discursa no existe una historia, una autoridad, un prestigio, es posible que quienes escuchen se aburran. De modo que el hecho de que el auditorio preste atención, no se debe solo al contenido del discurso sino a la autoridad o al prestigio que tenga la persona que lo está diciendo. Quizás cualquier otro individuo se pone, en ese mismo lugar, dice las mismas cosas y puede ocurrir que los demás



estén aburridos a los diez minutos. Es decir, la atención del público no está solo en dependencia de lo que usted está diciendo, sino de quién lo está diciendo. Con la oratoria sucede como con el tiempo y el espacio: son relativos.

Puede venir una persona, incluso, con más carisma personal, a la que nadie conoce, en la que nadie tiene razones para confiar porque no se sabe quién es, dice las mismas cosas, puede decirlas hasta mejor, y la gente empieza a decir: ¿Y este quién es?, ¿quién se ha creído que es?, ¿por qué está diciendo esto ahora?, ¿por qué habla tanto?, ¿para qué se mete en tantos problemas?, ¿qué tiene que estar hablando de problemas internacionales?, ¿quién lo ha metido a hablar de la historia de la Revolución? Eso puede ocurrir, diciendo las mismas cosas, pueden atenderlo 10 minutos, 15, y después dicen: ¿Qué se ha creído este tipo, que va a enseñarnos a nosotros que llevamos tantos años de Revolución, que tenemos tantos méritos, tanta historia? Puede ser que hasta se sientan ofendidos ante un brillante orador.

Creo que en la posibilidad de influir en el público, de captar su atención, intervienen muchos elementos que son independientes del contenido de lo que se dice. Si ya usted tiene autoridad, prestigio, confianza, el interés de las personas, además tiene las mejores condiciones para explicar algo, y puede decir cosas de cierta importancia, de una manera sencilla, entonces la gente lo atiende.

Otra cuestión a tener en cuenta es cuando uno mismo empieza a cansarse de lo que está diciendo, y se aburre y le parece a uno mismo que ya lo esencial está dicho, los problemas importantes, y que se está extendiendo innecesariamente. Cuando discursaba podía observar mi propio cansancio, y no el de los oyentes. Además, me ocurría otra cosa: me costaba un enorme trabajo repetir las mismas ideas, decir algo hoy y, ir mañana a decir casi lo mismo a otro lugar. Me parecía un fraude decir una cosa aquí y mañana lo mismo allá. Por fortuna conocí la época de los medios masivos, la radio, la televisión para millones de personas, y no la experiencia que padecieron muchos políticos, que tenían que pronunciar un discurso diez veces al día. Podía hablar diferente cinco veces, pero era raro, muy raro, que dijera las mismas cosas la segunda vez, la tercera..., de lo contrario me parecía que era algo que había oído. Para mí resultaba intolerable decir a unos las mismas cosas dichas con anterioridad a otros. El efecto que percibía era que estaba repitiendo lo mismo, lo cual me parecía un engaño. Fue mi impresión de siempre y evité totalmente tal desconcierto. Claro, cuando uno habla para millones de personas porque tiene la radio y la televisión, no se ve obligado a hacerlo en muchos lugares diferentes para decir las mismas cosas. Pero, cuando por una razón o por otra he tenido que hacerlo, me he explicado de distinta forma, con ideas y argumentos nuevos.

Cada contacto mío con una o más personas es un motivo de nueva inspiración, y lo hago así: explicando de la forma más sencilla lo que tenga que

decir. Le hablaría exactamente igual al público con el cual estoy reunido, que a quien me dirijo cuando escribo una Reflexión. Para mí es una conversación en silencio, un discurso cercano, el tono de voz va en las palabras escritas.

A veces, la cuestión se me hacía más difícil. Se podía hablar familiarmente con 100 o 1000 personas –en un teatro incluso, podía hablar familiarmente con 4000 o 5000 personas–; pero cuando uno tenía reunidos en un acto a 1 000 000 de personas, ya era un poco más difícil, si se perdía el contacto íntimo se creaba más distancia de la gente. Por eso a mí no me gustaba que las tribunas estuvieran alejadas de la masa, porque necesitaba ver de cerca aunque fuera una pequeña masa ahí, próxima, con la cual conversar. Me costaba más trabajo conversar en abstracto con una enorme multitud y necesitaba un poco la cercanía, percibir, ver los rostros, recibir la reacción de la gente a la que estaba hablándole.

Lograr la atención de 1 000 000 de personas, requería un esfuerzo y cierta técnica especial. Las circunstancias me obligaban a poner acento, a hacer énfasis, y tratar de buscar un efecto. Un discurso en una plaza pública delante de 1 000 000 de personas, puede salir bien y puede ser fluido, puede ser creativo y puede ser fruto de aquel encuentro, pero siempre será menos familiar que el hablar en un teatro con 5000 personas, entre otras razones porque usted tiene que hacer un esfuerzo físico mucho mayor ante 1 000 000 de personas.

No hay sistema de audio que sea suficientemente eficiente para que todos escuchen al mismo tiempo.

Muchas veces, cuando hablaba en la Plaza de la Revolución, decía una frase con energía y, cuando terminaba y guardaba silencio, continuaba oyendo mis propias palabras, el eco de los distintos altoparlantes lo cual me obligaba a un ritmo y a un esfuerzo físico tremendo. Las circunstancias de un público tan grande, tan enorme, le quitaba un poco de familiaridad, de comunicación, de cercanía, e instintivamente, uno buscaba la técnica como apoyo, pero sin salirse nunca del principio de explicar lo que entendía con claridad, con sencillez.

Recuerdo ocasiones en que tuve que hablar casi 15 o 20 horas, casi dos días, era más difícil; en un informe como el del Primer Congreso del Partido, era toda la historia del país. Nunca lo olvido.

No recuerdo nunca haber visto un público que se me empezara a dormir, a cansar. Además, existía algo, cuando hablaba más tiempo era porque me resultaba imprescindible, debido a que abordaba temas o puntos no muy conocidos. Ahora escribo Reflexiones, algunas muy breves, otras más extensas, tal como el asunto y su complejidad lo exijan.

Considero que uno es siempre más libre cuando habla que cuando escribe. Pero algunos discursos escritos tienen la ventaja de que la técnica de escribir es distinta y la expresión puede llegar a ser más precisa, más exacta.

El discurso escrito tiene la ventaja, incluso, de la traducción simultánea. Es un riesgo muy grande hacer un discurso que no sea escrito, porque los traductores sufren; son cinco o siete idiomas. Es necesario, si usted quiere mayor precisión, mayor rigor, emplear menos tiempo, ser más exacto en las expresiones, entonces, hacerlo escrito.

En un discurso hablado usted va elaborando la expresión, las palabras, las oraciones mientras habla. Por eso, el discurso hablado es más tenso, porque usted está bajo una tensión mucho mayor, la del esfuerzo general para convertir en palabras todas las ideas y transmitir las. Cuando usted tiene un discurso escrito no hace más que leer, no tiene que pensar, no tiene que elaborar ideas, no tiene que buscar palabras, sino simplemente leer. Para el que tiene que ir a la tribuna es mucho más cómodo.

A mí me parece que en informes grandes, como son temas variados, siempre se puede lograr un interés en cada tema. En realidad, no es un discurso, son muchos discursos, y cada uno de ellos puede tener datos, cifras, que aporten un razonamiento y transmitan también un sentimiento emotivo. Un informe grande como para presentar ante un congreso es una suma de muchos discursos.

Ahora, lo que he observado: al público le gusta mucho más el parto de las ideas, le gusta ver al hombre en ese momento de elaborar, le gusta esa batalla, el esfuerzo que hace, ver al hombre ante ese reto. Igual con un poeta, un cantante que improvisa, que tiene que elaborar, buscar la palabra, la idea, la rima, también al público le gusta ver al hombre en ese esfuerzo de crear, de expresar, de explicar algo. Además, tiene más confianza en lo que se habla que en lo que se escribe, porque dice: «Bueno, eso lo escribí tranquilo y fríamente, por la noche, por la madrugada».

Si es un tema científico, por ejemplo, y usted lleva un discurso escrito, todo el mundo está pensando que alguien se lo hizo, un asesor, un experto. Si usted utiliza un razonamiento, una argumentación técnica, científica, si emplea datos, ellos creen que usted no sabe nada de tales datos y que está repitiendo como una cotorra lo que alguien le escribió para que dijera. Sobre todo, cuando usted se reúne con grupos profesionales, médicos, científicos, todos tienen la tendencia a creer que el político no sabe absolutamente nada de eso, ¡que no sabe nada de eso! Entonces, no confían, no tienen fe.

Si usted conoce el tema —y a mí no me gusta hablar de temas que no domino—, la gente comprende inmediatamente que usted lo domina y que está diciendo cosas que conoce, que ha estudiado, tiene una influencia mucho mayor en la audiencia e, incluso, los profesionales, los técnicos, los especialistas en la materia, tienen la tendencia benevolente de admirarse de que aquel político conozca algo de lo que está diciendo.

Por otro lado, he visto muchas veces hombres públicos hablando, leyendo un discurso escrito, y adivino en el acto si el hombre sabe lo que está diciendo, si domina el tema o si no lo domina. A veces los asesores

obligan a los hombres públicos a pronunciar vergonzosos discursos porque emplean un modo de expresión que la persona que lo está pronunciando no tiene absolutamente nada que ver con ese vocabulario. He visto presidentes, destacados dirigentes, pronunciando discursos con un vocabulario que no tiene nada que ver con su léxico habitual, sobre temas, que se ve claro, que no tienen ningún dominio. Realmente, no me gusta nunca hacer eso. Si fuera a pronunciar un discurso en tales condiciones, diría: bueno, con la ayuda de los asesores, he elaborado algunas ideas sobre esto, sobre esto, sobre esto. Me costaría mucho trabajo hablar de un tema que no entendiera. Son los mismos principios que sigo en mis palabras escritas y publicadas en los diarios digitales y de papel en este tiempo. Si antes pronunciaba discursos como si sostuviera una conversación, hoy redacto las Reflexiones como si escribiera cartas a alguien cercano.

Nunca recibí clases de oratoria y lo aprendido fue sobre la marcha. La educación recibida en la enseñanza primaria estaba muy lejos de ser una educación integral, resultaba muy dogmática. La asignatura principal, desde luego, era Historia Sagrada, para nosotros muy apasionante.

La Historia Sagrada es un recuento de luchas, combates y guerras. El «Antiguo Testamento» es una historia de guerras. Me llamaba fabulosamente la atención, sobre todo, digamos, desde el Diluvio Universal en adelante: la construcción del Arca, los 40 días lloviendo, los animales en aquel ámbito mítico.

Aquella historia, además, estaba escrita con imágenes. No solo se trataba de la narración de los hechos, sino de las ilustraciones que acompañaban las parábolas, las gestas, los relatos. Todo libro que recoge imágenes de los acontecimientos, despierta en los niños mucho interés. Del mismo modo pueden ser fotografías, paisajes, retratos, mapas o dibujos. La gráfica siempre ejerce una influencia grande en la imaginación del niño, es un método didáctico impresionante. Solo cuando somos adultos podemos trabajar a partir de conceptos e ideas abstractas.

Siento que no me han enseñado las historias antiguas de otros pueblos. En realidad, recibíamos una fuerte dosis de la historia antigua del pueblo hebreo y de sus leyendas, que siempre consideré, y todavía hoy las considero, magníficas historias, interesantes, fabulosas, pero estábamos muy limitados. Pudimos ser mucho mejor ilustrados.

Todas las experiencias vividas en mi infancia, como estudiante de primaria y secundaria, y a lo largo de toda mi vida, influyeron mucho en mi preocupación por la educación, y en todo lo que después concebí que debíamos hacer en esas materias.

Siempre me he interesado y preocupado por la ciencia y la educación, precisamente por no haber recibido una enseñanza científica. A lo largo de mi vida elaboré muchas ideas y puntos de vista críticos acerca de la

educación que recibimos. Ese análisis me ayudó a desarrollar muchas de las concepciones aplicadas después del triunfo de la Revolución. En nuestro país, la educación es uno de los campos donde más fabulosamente hemos avanzado. Todavía seguimos desarrollando ideas y conceptos nuevos relacionados con este campo. Pienso que en algún momento ulterior podremos hacer un recuento de toda la evolución de nuestro pensamiento en materia de educación.

Por ejemplo, la educación sexual, una de las materias considerada hoy de gran importancia para la formación de los niños y adolescentes en las escuelas donde nosotros estudiamos era un tabú, un tema del cual no se podía ni siquiera hablar. Por lo tanto, la escuela que recibíamos era la escuela de la calle. A falta de una educación científica sobre tales asuntos, recibíamos la educación tradicional. Se daba la trasmisión oral de todas las ideas y de la escuela de la calle, rica y muchas veces llena de machismo y de prejuicios, de los cuales también estábamos imbuidos. Recuerdo que en una asignatura como Historia Natural, se estudiaban elementos de Botánica, Zoología. El origen de la vida, como se sabe, era bíblico totalmente, jamás se nos dijo una sola palabra sobre la Teoría de la Evolución. Darwin era un hombre maldecido, algo así como un señor muy profano. Debía estar morando en los peores sitios del infierno, sencillamente, por concebir y defender la Teoría de la Evolución; porque el origen único que podían tener la naturaleza y la vida era el origen bíblico.

Siempre me interesó mucho la Botánica, la Zoología, las plantas, es decir, todos los elementos de las Ciencias Naturales.

Existían tres Geografías: una Geografía General, una Universal y otra de Cuba. La General empezaba por abordar el universo: los planetas, las estrellas, la luna, el movimiento de traslación y rotación, ya se hablaba de la velocidad de la luz, y en Física, desde luego, un poco más adelante, se nos hablaba del sonido y de su velocidad. La Geografía Universal hablaba del universo y algunos de sus principios generales me interesaban extraordinariamente; la conocí por primera vez en quinto grado. Y ya en el Colegio Dolores me encuentro con la Geografía General, aquella geografía del espacio. Rápidamente se me prendieron todas aquellas nociones, fabulosas, algo increíble; entonces, estábamos muy lejos de los viajes espaciales. Sería en el año 1937 y se hablaba, como una ciencia ficción, de los viajes a la luna, a Marte. Principalmente en los propios libros de lectura, y en el cine también, en algunas películas de ciencia ficción. Algo se hablaba ya del rayo láser porque algunas de las armas, los fusiles, las pistolas, eran armas que funcionaban con un rayo.

De las leyes y los fenómenos del universo, los astros y el espacio tuve conocimientos realistas desde bien temprano. Lo aprendí en quinto grado y no se me olvidó nunca más.

Puedo decir que todas las asignaturas me interesaban, aunque me parecía pesada la Gramática: sus leyes, nombres, pronombres, verbos, conjugaciones, reglas cambiantes impuestas por la Real Academia de la Lengua Española. Me cuesta trabajo adaptarme a los cambios de letras y acentos determinados por la Academia. No estoy seguro de que llegara a estudiarlas con la debida profundidad, sin embargo, recomiendo a maestros y alumnos prestar a la Gramática la atención que yo no pude en mis azarosos años escolares.

Katiuska Blanco. Comandante, no pongo en duda que considerara densas las gramáticas de los distintos idiomas porque ciertamente lo son; pero a pesar de ello, las aprendió muy bien. Usted escribe en español con pulcritud, con apego a la sintaxis y la concordancia, y lo más difícil: consigue armonía entre la forma y la esencia; idea y belleza ensartan sus palabras.

Fidel Castro. Aprendí las reglas de ortografía, dónde iban los acentos, sé perfectamente el uso de la *v* corta, de la *b*, todas las reglas posibles, aunque al final hay palabras que escapan a toda regla, es cuestión de recursos nemotécnicos saber cómo se escriben. Desde luego, no estoy siempre absolutamente seguro de no cometer algún error con alguna palabra. En tales casos de duda me auxilio del diccionario o, si tengo a alguien muy erudito cerca de mí, resuelvo mis dudas haciendo alguna pregunta sobre la ortografía de una palabra. Suelo tener buena ortografía, pero no puedo garantizar ciento por ciento que no cometa alguna falta. Me cuesta trabajo, y hasta me niego a quitarle la *p* a la palabra septiembre, y si la Academia me obligara un día a quitar la *h* a la palabra bahía, me rebelaría contra ella.

En el Colegio La Salle nos pusieron a aprender temprano los elementos del francés, y en el colegio de los jesuitas aprendimos a estudiar inglés. Desde luego, cuando estudiaba la Gramática Inglesa la percibía mucho más sencilla y mucho más fácil: las conjugaciones de los verbos, la dificultad estaba solamente en la tercera persona del singular, en que había que añadir una modesta «s», los adjetivos eran neutros; empecé a ver un idioma un poco más práctico, más técnico, más sencillo.

En el francés teníamos todos los problemas de las conjugaciones, y algo que no teníamos en el español, su pronunciación. En el inglés existen más facilidades para las conjugaciones en las oraciones. Sin embargo, también resulta un gran problema la pronunciación porque pensé, pienso y seguiré pensando siempre que la fonética inglesa es ilógica y, además, ininteligible, estoy por completo convencido de ello. Al fin y al cabo me quedo con el idioma español, a pesar de su ortografía y de sus verbos, porque sencillamente es un idioma con mucho de lógica, y cada letra tiene un sonido, como creo que debieran ser todos los idiomas, no solo el español, sería mucho más fácil y no tendríamos los problemas de la pronunciación.

Cuando estudié la Biblia aprendí que el origen de los idiomas estaba en el intento loco de los hombres de construir una torre de Babel para llegar al

cielo. Ahora me doy cuenta de que mucho antes de que en la Comuna de París y en los tiempos modernos los comunistas quisieran alcanzar el cielo, ya los hombres, desde la época bíblica, lo habían intentado construyendo una torre, por culpa de la cual se decía que surgieron los idiomas como castigo de Dios para crear la confusión entre los hombres. Aunque creo que no habría hecho falta inventar los idiomas para crear confusión entre los hombres porque muchas veces, hablando el mismo idioma, los hombres están confundidos y, en otras ocasiones, hablando distintos idiomas, los hombres se entienden. Pero bueno, aquella fue la primera noción que tuve del origen de los idiomas. Ya para mí era muy sencillo todo. Después que estudié la Biblia, sabía cuál era el origen, no solo el origen de la vida, sino el supuesto origen de los idiomas. Pasé trabajo con las pronunciaciones y con la Gramática, pero, a decir verdad, no tenía malas notas en las asignaturas de idioma y no me desagradaban.

Recuerdo que mientras estudiaba en el Colegio Dolores escribí una carta a [Franklin Delano] Roosevelt en inglés, una buena prueba de mis grandes avances en ese idioma y, sobre todo, de mi gran atrevimiento, de mi gran audacia al tomar la decisión de cartearme con Roosevelt, para mí uno de los personajes más famosos y prestigiosos en aquella época. No me acuerdo bien, pero creo que le hice dos cartas.

Yo creo que esto coincidió con el inicio de la guerra, en 1939. Nos enseñaban inglés, no sé si en quinto, sexto o séptimo grado; fue en tal etapa. El habla inglesa era considerada la segunda lengua y no creo que fuera negativo. Sin que podamos evitarlo, el inglés es un idioma muy importante, resultado del colonialismo y del imperio británico.

Le hice dos cartas a Roosevelt: en una primera ensayaba mi inglés y lo saludaba. En primer lugar, los norteamericanos eran mirados siempre con respeto, incluso, se les presentaba como a los que nos habían traído la independencia. En esto se mezcla una tergiversación de la historia, ¡increíble!, y no se mostraban los hechos objetivos.

En Historia nos enseñaban que los grandes benefactores de Cuba eran los norteamericanos, cuando realmente nosotros nos convertimos en una neocolonia económica, cultural y política de Estados Unidos. A pesar de que mis profesores eran españoles, porque entonces estudiaba en Dolores, ellos se adaptaban en tal sentido a la línea oficial, es decir, respetaban los programas escolares y la historia oficial del país. Andaban más preocupados por otros aspectos, no propiamente por el político en sí, sino el religioso. Yo diría que se interesaban por el sistema social en su conjunto, para que no cambiara. Estudiar inglés no estaba en contradicción con el sistema social imperante. Las clases sociales dominantes y todos los factores que se movían dentro de aquel *status quo*, no estaban en absoluto contra el sistema social existente. Podríamos decir que nuestros profesores jesuitas por entonces

eran de derecha, no de izquierda; tampoco pertenecían a la Teología de la Liberación, que aún no existía. Eran bien derechistas. Ya había tenido lugar la guerra de España, ellos eran jesuitas, y casi todas las órdenes religiosas estaban, como regla, al lado de los que llamaron nacionalistas españoles, al lado de Franco y contra la República, a la que calificaban de roja, de comunista y otras cosas.

En aquel tiempo nos decían que los republicanos eran comunistas rojos, aliados de la Unión Soviética. En general, era la República española y la democracia española frente al fascismo. Pero, en realidad, más bien todos estos sectores religiosos en España estaban al lado del fascismo por distintas razones: por su anticomunismo, entre otros factores.

Si ellos iban a criticar a los norteamericanos no los iban a criticar por ser derechistas, sino en todo caso por ser antifascistas. Pero bueno, ya se había desatado la Segunda Guerra Mundial y, a decir verdad, Roosevelt, aunque no estaba en guerra, contaba con simpatía dentro y fuera de Estados Unidos. Ya el hecho de ser norteamericano le daba cierta simpatía. Pero, realmente, [Franklin Delano] Roosevelt para América Latina fue un presidente progresista frente a los anteriores gobiernos republicanos, que aplicaban la diplomacia del gran garrote, de las cañoneras, de [Teodoro] Roosevelt, el que intervino en Cuba en la última Guerra de Independencia e impuso la Enmienda Platt. Franklin D. ensaya otra política, la del buen vecino, una política más paternalista hacia América Latina. Además, asume la presidencia de Estados Unidos [en 1933] durante la gran crisis de los años 30.

En aquellos años, 1932, 1933, a raíz de la gran crisis económica del capitalismo en Estados Unidos, había una crisis tremenda en Cuba y en América Latina, época de sufrimiento, hambre y pobreza, bajos precios del azúcar. Roosevelt llevó a cabo una política anticrisis, apoyándose en el principio keynesiano de elevar la capacidad adquisitiva de las masas. La recuperación de la economía de Estados Unidos después de la gran crisis de los años 30 fue acompañada de cierta recuperación económica también de los países latinoamericanos.

Cuba tenía una dependencia económica total de Estados Unidos—su producción fundamental era el azúcar, el mercado principal estaba allí, casi todas las empresas eran norteamericanas, las azucareras, las de servicios públicos, los ferrocarriles, la electricidad, los teléfonos, las minas, los grandes latifundios—, cuando la economía norteamericana empezó a mejorar, ocurrió lo mismo con la economía cubana. Fue saliendo poco a poco de una situación catastrófica a otra menos dramática. Mejoran los precios del azúcar y eso se atribuye a la política de [Franklin Delano] Roosevelt.

En 1934, formalmente, se liquida la Enmienda Platt, que le daba derecho a Estados Unidos a intervenir en Cuba, donde existía un sentimiento de rechazo muy grande a aquella prerrogativa estadounidense.

No necesitaban, además, ninguna enmienda para intervenir en cualquier país.

Yo, que no sabía nada de política, simpatizaba con aquel Roosevelt de rostro noble y voz cálida, que era inválido y se movía en una silla de ruedas. Era una especie de héroe en nuestro país. Entonces, a mí, que estaba estudiando inglés, se me ocurrió escribirle una carta a Roosevelt cuando tendría 13 o 14 años, cursaba, creo, el sexto o séptimo grado, me parece que fue antes de Pearl Harbor. Estaba en el Colegio Dolores y estudiábamos inglés usando un texto llamado *La familia Blake*, que nos enseñaba sobre la vida de una familia: casa, comedor, comida, escuela, madre, padre, hermanos. Estábamos estudiando el dinero, y se me ocurre solicitarle *a ten dollar bill green*. Hablé del hierro de los Pinares de Ma yarí para construir acorazados y otras cosas por el estilo.

Fue un desafío a mi inglés porque yo mismo redacté la carta de acuerdo con el inglés subdesarrollado que se nos impartía. Lo hago sin participación de nadie. Hice la carta y la eché en el correo. Al poco tiempo se escucha un gran escándalo en la escuela y digo: «¿Qué es lo que ha pasado?». Me responden que Roosevelt ha contestado la carta. En realidad no fue él sino un departamento, una sección de la embajada que, como norma habitual de cortesía, respondía las cartas, decía que ha recibido la mía enviada al presidente y daba las gracias. Aquello se convierte en un gran acontecimiento. Ponen en un cuadro la respuesta de Roosevelt, o la de los representantes suyos, a mi carta. Fue un fenómeno que yo le hubiera escrito a Roosevelt y que me hubiera contestado porque representaba un honor, una gloria para la escuela. Muchos años más tarde, en Estados Unidos, donde se guardan todos los papeles, alguien buscó y publicó la carta. Algunos dicen que si Roosevelt me hubiese enviado los diez dólares, yo no le habría dado tantos dolores de cabeza a Estados Unidos. Hace muy poco tiempo publicaron el facsímil en la página web de la BBC; creo que cuando cumplí los 80.

Lo cierto es que recibí respuesta y me convertí en la escuela en un personaje importante que se carteaba con Roosevelt. Era un adolescente y casi me estaba ofreciendo para combatir en la guerra. Había en Cuba una especie de patriotismo cubano y norteamericano. Era la educación que se daba a los niños de la burguesía cubana. ¡Qué suerte la mía por haberme librado de tanta ignorancia! Pienso, sin embargo, que Franklin Delano Roosevelt fue, como Abraham Lincoln, uno de los pocos presidentes de Estados Unidos dignos de consideración y respeto. Tal vez no habría desatado nunca la Guerra Fría. Supo desarrollar buenas relaciones con la URSS.

Ya desde la primaria me atreví a escribir una carta en inglés y, luego, conseguí también hablar bastante en ese idioma. De vez en cuando leí algún libro en inglés, de vez en cuando hice un esfuerzo por mejorar mi vocabulario porque me interesaba, no tanto para hablarlo, comprendo que no es

tan fácil pronunciarlo, sino para leerlo y tener acceso a los libros en inglés, tomando en cuenta que la inmensa mayoría de los libros están escritos en esa lengua y, en realidad, comprendo también su importancia como idioma y como medio de comunicación internacional. En lo personal pienso que algún efecto psicológico nocivo causó la pugna con los presidentes de Estados Unidos y dejé de hablarlo. También influyeron la falta de contactos, relaciones y de ocasiones para practicarlo. En un tiempo practiqué el inglés leyendo dos o tres biografías de Lincoln, un material que conozco, con ayuda de un diccionario, llevando el recuento de una serie de palabras y términos. Requería un esfuerzo sistemático que no he podido hacer con frecuencia y, a decir verdad, como tengo el privilegio de mandar a traducir los documentos e, incluso, libros, me he quitado la obligación de hacerlo personalmente, lo cual me ha facilitado el trabajo pero disminuido mis posibilidades de mejorar el idioma.

El imperio británico primero y el norteamericano después, fueron las causas de que el idioma inglés se haya convertido en un idioma universal. A veces digo que la única cosa útil que a muchos países nos dejó el colonialismo fue el idioma porque nos ofreció un medio de comunicación con otros países. Es una de las muy pocas cosas positivas que nos dejó el colonialismo

Sin duda, el inglés es el más universal de todos los idiomas. He luchado mucho en Cuba para que nuestras antipatías con relación al colonialismo y al imperialismo, en especial al imperialismo norteamericano, no se traduzcan en un abandono del estudio del idioma, y he tenido que defenderlo para que no se descuide su estudio. Paradójicamente, he tenido que ser defensor del mantenimiento y del desarrollo de los conocimientos del inglés, puesto que entiendo y diría que cada compatriota, cada científico, cada médico, cada técnico, además de su idioma, debe conocer el inglés y, si es posible, aunque sea mucho más difícil, conocer el ruso, el francés y otros idiomas.

128

No se le puede negar al idioma inglés su carácter universal, por lo tanto, es un idioma que debe ser estudiado. Creo, además, que es un idioma que se presta para la ciencia y la técnica, por ser bastante concreto y preciso. Tengo la impresión de que para los estudios científico-técnicos –no conozco el alemán ni el ruso, del alemán me aterrorizan las palabras interminables que se construyen sumando un concepto con otro–, el idioma inglés, indiscutiblemente, es un medio adecuado de comunicación, y tengo presente que casi todos los libros más importantes de ciencia y técnica, de economía, incluso de literatura, que se escriben en Japón, Francia, Italia, España, Rusia, Alemania y China, y de otros muchos países... se traducen inmediatamente al inglés. En ocasiones, me encuentro con el hecho de que muchos valiosos libros de literatura, de historia, de ciencia están escritos en inglés y no en español.

Katiuska Blanco. Soy testigo de su memoria prodigiosa, pero esa capacidad, ¿es natural o entrenada?

Fidel Castro. Gané cierta fama de tener mucha memoria, lo cual me gustaría reafirmar y ratificar. Creo que tenía una buena retentiva, como la tienen muchas personas, sobre todo, para las cosas que me interesaban. Todavía tengo buena memoria para los asuntos que me interesan. Si no me interesan, puedo olvidarlos inmediatamente. Me pueden dar un teléfono y se me olvida, un nombre un poco extraño, igual; pero si es un tema de mi interés, me lo dicen una vez y puedo recordarlo durante mucho tiempo. En tal sentido, las materias que me importaban las recordaba fácilmente. Con un esfuerzo era capaz de retener las materias que no me interesaban mucho.

Por ejemplo, la Anatomía en el segundo año de bachillerato, tenía que estudiar no solo los músculos, también los huesos. No existían láminas de cómo estudiar los huesos, todo eran definiciones escritas y, lo peor, sin un hueso; o tal vez el profesor utilizó algún libro cuando dictaba sus clases, pero posiblemente yo no le prestara mucha atención. Cuando debía estudiar los huesos para el examen, tenía que hacerlo a pulso: las costillas, el cúbito, el radio, la tibia, el peroné, los dedos, las manos, la cabeza, el frontal, el occipital, el parietal, la clavícula, la cadera... ¿Y qué tenía que hacer?, recordar unas definiciones abstractas y enhebrar algunas palabras: la pequeña protuberancia interna de la cara anterior o posterior de la extremidad superior del hueso.

Cuando llegaba la hora de ir a examen y no disponía de una lámina ni de un hueso ni de un profesor que me explicara lo que yo debía haber aprendido cuando daba la explicación y yo andaba pensando posiblemente en otra cosa, tenía que aprenderme todas las definiciones del hueso, pedazo por pedazo, protuberancia por protuberancia, arista por arista, orificio por orificio; los incidentes y accidentes del hueso.

Cuando me encontraba ante una tarea así, no me quedaba más remedio que hacer uso de la imaginación, forzar las células del cerebro y quedarme con las definiciones de memoria. Pero no era fácil, tenía que darle dos, tres y hasta cuatro lecturas y romperme la cabeza, imaginarme un hueso, fabricarlo, construirlo para saber lo que era. Al final me sabía los huesos, pero en abstracto, y para qué sirve realmente conocer los nombres de los huesos del organismo, si uno no va a ser médico; aunque comprendo que es bueno que cuando a uno le dicen que se ha partido un hueso o que alguien se ha quebrado uno, usted sepa más o menos qué hueso es y dónde está.

Si era un libro de Historia de Cuba, Universal o Sagrada, de Geografía: sobre los astros, la naturaleza, si se decía que la luna está a más de 300 000 kilómetros de la Tierra y el Sol dista 150 millones de kilómetros de la Tierra, nunca lo olvidaba. La primera vez que leí eso nunca más lo olvidé: o que la luz viaja a una velocidad de 300 000 kilómetros por segundo, la misma velocidad de las ondas de radio, ese dato no se me olvidó nunca; o que la

Tierra da vueltas alrededor del Sol, y la luna alrededor de la Tierra, y a su vez existen los planetas y las estrellas, y que la estrella más próxima está a cuatro años luz, tenía que conocerlo o estudiarlo una sola vez y ya no se me borraba nunca más. Cuando las cosas las veía, las entendía, las comprendía, eran ideas y conceptos razonados, bastaba con que los leyera una vez, si acaso dos veces. Y hoy me pasa exactamente igual.

En la Geografía: las características de los ríos, los valles, las montañas, las mesetas, los cabos, las bahías, los golfos, los puertos, las islas, las capitales de cada uno de los países, los Estados. En aquella época no existían tantos países independientes, eran unas cuantas decenas y uno sabía más o menos dónde estaban y cuál era la capital. Hoy es más difícil, porque hay casi 200 países, hay que saber dónde está cada uno de ellos, cómo es, dónde está la capital, quiénes son sus dirigentes, qué sistema político rige en cada uno.

En aquella época aparecían unos mapas con el territorio inglés en rojo; en amarillo, el francés; en verde, el español; todo aparecía en colores, con el Imperio del Sol Naciente, que ya ocupaba una parte de China. No era muy difícil la Geografía, pero eran temas de mucho interés y podía estudiarlos todos sin problemas, se me grababan perfectamente bien en la memoria. La Geografía, la Historia, las Ciencias Naturales, las leía una vez, dos veces, tres veces, según el tema, según la cantidad de datos, según la terminología.

En general, tuve que ser autodidacta, no era un alumno que prestara mucha atención al profesor. Como regla, no tuve profesores que hubieran captado mi atención o me dejaran maravillado con sus explicaciones con lo cual me habrían ayudado muchísimo. Como resultado, cuando llegaba el momento del examen debía estudiar por los textos, aunque reconozco que algunas materias me interesaban más y les prestaba más atención en clase. Tenía profesores que lograban captar más la atención del alumno, y en esos casos me resultaba muy fácil, pero en otros, tenía que estudiar por mí mismo.

130

Más adelante, no solo debía estudiar por mí mismo la Anatomía, sino también, la Física, la Química, la Matemática, la Biología, la Geometría, asignaturas y temas complejos, los teoremas, por ejemplo. Me bastaba el libro de texto con toda la teoría. Cuando estaba cerca el examen parece que se me excitaban las neuronas del cerebro y entendía perfectamente la Geometría, la Biología, la Matemática, la Química y la Física, por los libros de texto o por las conferencias.

En verdad puedo decir que todo el tiempo que asistí a clases lo perdí. Habría que sacar la cuenta de cuántas horas pasé en clases sin saber lo que el profesor estaba diciendo. La imaginación mía era capaz de volar por todas partes. Siempre me gustaba inventar juegos, conversar con los vecinos o pensar en otra cosa. Pensaba en todo. Desde muy temprano, de vez en cuando, pensaba en las muchachas, un amor platónico, algunas no vías platónicas. A veces, me enamoraba de personas que eran mayores, como la joven Rizet Mazorra Vega,

la hija del comerciante español de la casa en que vivía. No me podía atrever a decírselo, porque no me habrían hecho ningún caso, me hubieran dado un coscorrón, cualquier cosa hubiera podido pasar. Tenía una cierta tendencia romántica desde muy temprano. Ese es un elemento que estaba siempre presente.

Pero la fantasía mía también iba hacia la historia, los acontecimientos, las guerras. En la Biblia lo primero que me enseñaron fueron contiendas, guerras, epopeyas. En Historia Sagrada, se pasaron todo el tiempo hablándome de guerras, y yo también era un guerrero que participaba en todos esos combates. Claro, no en clases, me ponía a pensar en mil y tantas cosas: en el deporte, en el juego de basket, en el fútbol, en el mar, en la pesca, en una muchacha, en toda clase de cosas. Cuando estaba en las clases, o estaba jugando o inventaba un juego de estos con la letra, el número de guerras navales mediante los cuadritos. Yo trataba de jugar con el de al lado o con el de atrás. Todo eso podía pasar.

Más adelante, ya pensaba mucho en los deportes, en las competencias, en todo tipo de cosa. Lo peor era cuando me ponían a estudiar obligado. Estaba en quinto grado cuando me obligaban a estudiar dos horas por la noche, encerrado en un cuartico caluroso con un libro de Geografía, de Historia, de Matemática, de Gramática o de cualquier cosa. A mí me gustaba inventar juegos, y yo mismo hacía unas peloticas de papel, organizaba ejércitos, los ponía a combatir unos con otros, los movía por aquí, por allá, al azar. Fabricaba juegos de ese tipo, que creo que todos los muchachos lo habrán hecho. Entonces sí tenía que emplear bastante la fantasía porque era una hora, hora y media que me encerraban para que estudiara y yo no estudiaba nada. Perdieron el tiempo en la casa del comerciante español donde viví esa experiencia.

Si me hubieran dado buenos libros y no me hubieran obligado, desde muy temprano habría podido leer una enorme cantidad de textos, pero tenía que invertir el tiempo en inventar juegos y en la manera de entretenerme de cualquier forma. Así que la fantasía la empleaba de distintas formas, según la clase, en otras ocasiones.

En el aula había cierta vigilancia, había más problemas, pero era peor cuando me quedaba solo una hora u hora y media conmigo mismo encerrado en un cuartico, y ya no tenía muñequitos que leer ni a nadie que ver, lo que tenía era que inventar cosas para pasar el tiempo. Por eso digo que tenía una imaginación incansable, podía pasarme toda la clase sin darme cuenta. Pero eran muchos temas, muchas cosas en las que pensaba.

Había un campeonato muy importante. Entonces me pasaba el tiempo pensando en el próximo partido de basket o el próximo juego de béisbol que tenía, quiénes eran, cómo eran, cuánto iba a batear, cuánta gente iba a ponchar, cuántos goles iba a meter, qué tiempo iba a hacer. En épocas de deporte dedicaba bastante tiempo a todo eso. Y siempre había alguna muchachita, algún amor platónico. En fin, no se sabe el tiempo que perdí

asistiendo a clases, y luego tuve que estudiar todas las materias por mí mismo; aunque algunas clases las atendí, no quedaba más remedio, como las de inglés, para conocer las palabras y su pronunciación.

Sin embargo, estoy convencido, y es lo que aconsejo a los estudiantes que no se debe perder el tiempo en las clases. Atender al profesor es una ayuda extraordinaria, aunque existan textos impresos, aconsejo a los estudiantes leerse el libro completo antes de recibir la clase, hacer una exploración por la materia, prestar atención en clases y dedicar el tiempo a consolidar los conocimientos y a ampliarlos. Es lo que yo haría si tuviera la experiencia de ahora, porque me habría ayudado extraordinariamente.

Fui capaz de resolver los problemas y sacar buenas notas, a veces excelentes notas, pero no aproveché bien mi tiempo. Creo que se pasa más rápido el tiempo escuchando al profesor y discutiendo con él. Se asimilan más las lecciones de una clase teniendo noticias previas sobre el material que le están explicando, y se les sacaría mucho más provecho a los años escolares utilizando así el tiempo, dedicando el resto a consolidar y ampliar los conocimientos. Por lo tanto, lo que hice merece mi más severa autocrítica y no se lo aconsejo absolutamente a nadie, todo lo contrario.

Pienso que los maestros deben tener la suficiente habilidad técnica para captar la atención de los alumnos y deben cerciorarse de que todos estén atendiendo en la clase y no pensando en otra cosa, por la fantasía tremenda de los adolescentes. Considero antinatural y casi como un castigo sentarse durante cuatro horas por la mañana, más cuatro horas por el mediodía, y dos o tres horas al atardecer o en la noche, en un aula, a la edad de 10, 11, 12, 14 años porque el hombre no evolucionó, realmente, en su naturaleza biológica, para estar 10 o 12 horas sentado a esa edad; por lo tanto, es muy importante también combinar el estudio con el trabajo, con el deporte, con las actividades físicas y la exploración.

132

Desde luego, la escuela donde estudié estaba muy lejos de ser la escuela ideal, y yo tampoco en aquel tipo de escuela era el estudiante ideal. Pero estoy convencido, por completo, de que hubiera podido ser totalmente conquistado por profesores capaces, en un tipo adecuado de escuela. No hay duda de que las escuelas como las nuestras de una gran diversidad combinatoria: estudio-trabajo-taller-servicio social-deportes... me habrían gustado mucho porque me parecen más naturales.

El problema no es el número de horas que usted obligue a un alumno a estar sentado frente al profesor y frente a la pizarra, sino la calidad de la enseñanza, la intensidad con que usted utilice dichas horas y las combine, para mantener siempre una sed de conocimientos, una ansiedad de conocimientos. Me parece que el tipo de escuelas cárceles que conocí, de escuelas de tortura, no eran para mí ni para ningún otro mucho el tipo ideal de institución. En tal sentido, en la Revolución hemos tratado de crear el tipo

de escuela ideal y hemos trabajado mucho por disponer de las mejores instituciones y los mejores profesores.

Como yo no era un muchacho especialmente terrible ni muy indisciplinado, no era tan distraído, creo que lo que ocurrió es que mi carácter y mi manera de ser chocaba con el tipo de escuela. Pero aún así, si hubiera tenido buenos profesores, habría aprovechado mejor el tiempo.

Existe una leyenda de que me aprendía la página de un libro con leerla una sola vez, y que luego la arrancaba, pero ¿qué ocurrió realmente? Estaba en el bachillerato, a pesar de que prestaba poca atención a clases mis notas eran muy buenas; hacía deportes y, después, en la fase final estudiaba muy duro, incluso, disminuía las horas de sueño y, como resultado, sacaba buenas notas. Los exámenes eran en el instituto porque, aunque yo estaba en una escuela privada, el programa era el mismo de las escuelas públicas. Mis notas eran muy buenas, en no pocas ocasiones por encima de las alcanzadas por los alumnos que ocupaban los primeros lugares. Tenía como un honor lograr buenas calificaciones.

Un día, cuando cursaba el primer semestre, hago un examen más o menos bueno y me dan 60 puntos, el mínimo necesario para aprobar, en una asignatura llamada Cívica, de aquel programa que incluía: Lógica, Psicología, Filosofía, Economía Política. Belaúnde San Pedro era el profesor de aquellas asignaturas en el Instituto del Vedado como ya señalé, y autor de los correspondientes libros de texto que los estudiantes debíamos adquirir. Cada libro de estos respondía a un programa, eso no es malo si el texto es bueno, pero, posiblemente, las ganancias del profesor como autor de libros eran mayores que las percibidas como maestro. El libro grueso, de muchas páginas, no sé si 400 o 500, abarcaba mucha materia y, a mi juicio, las respuestas eran pobres, muy abstractas.

Viene entonces el segundo semestre, fin de curso. Acostumbrado a sacar buenas notas, estaba molesto por la calificación baja. Me preguntaba por qué este hombre me ha dado 60 puntos si había respondido más o menos bien. Cuando llegó el momento de estudiar esa asignatura, dije: me la voy a estudiar de memoria, al pie de la letra. Eran unas 300 páginas debí de haberlas leído como cuatro veces, tal vez cinco. Estábamos más o menos al final del curso: leía la primera vez, la segunda, la tercera, en la última ocasión ya me sentía rabioso con el profesor, con la asignatura y con todo el mundo.

Estaba por allá por un campo de fútbol, por la tarde, leyendo debajo de unos árboles, y cuando le di la última leída al libro fui arrancando página por página, como una reacción de dignidad. Me sabía de memoria las 300 páginas, todavía me acuerdo de algunas, por ejemplo:

«Cuando en un pueblo brotan potentes los ideales de nacionalidad y pugnan por emanciparse de las tutelas que estorban a su libertad de

autodeterminarse políticamente, pronto se ven plasmados sus anhelos en una enseña que los simboliza y esa enseña es la bandera».

Todo eso para decir lo que era la bandera, ¡qué manera de decir qué es una bandera!, ¡qué cosa horrible era aquella asignatura!, y yo: ¡Ra!, ¡ra!, pero no en la primera leída, eso fue como en la quinta leída, cuando debí saberme la asignatura al ciento por ciento. Podía sacar sobresaliente con tres lecturas, ya con cuatro podía sacar 100, pero para saberme todos los detalles, cinco lecturas. Llevaba el ritmo, de 20 a 30 páginas por hora, entonces decía: 300 páginas, de 10 a 15 horas; tres lecturas, tres o cuatro días. Aquella vez sentí desprecio por el profesor, por dicha asignatura de letras. Pero yo no hacía eso todos los días, porque no tenía por qué romper los libros.

Tal es el origen real de la leyenda. Parece que la gente me vio antes del examen arrancando y botando hojas, y ahí quedó la leyenda.

Al final fui a examen, me pusieron las preguntas, no sé cuántas eran, las contesté al pie de la letra y me dieron 60 puntos otra vez, la misma nota. No leyó el examen, el hombre no tenía tiempo de leer los exámenes. Le escribí al pie de la letra lo que él decía en el libro, como si tuviera el libro delante y lo estuviera leyendo, y me dio 60 puntos. Mira cómo era la gente en el pasado de nuestro país.

¿Qué es lo que hacía aquel hombre? Tenía un programa para hacer el libro y él debía llenarlo, mientras más basura hablara, más tonterías escribiera, más disparates dijera, más grande fuera el libro, más caro se vendía, más dinero ganaba y más trabajo para nosotros. Todas esas cosas absurdas las viví. He sido víctima de aquel terrible, increíble sistema de educación existente en el capitalismo. Pero —ya lo he aseverado otras veces— me esto y desquitando históricamente, me estoy vengando cabalmente con el esfuerzo hecho en la educación, que ha colocado a Cuba en uno de los primeros países del mundo en tal campo y no estamos más que a mitad de camino, la educación será cada vez de más, más y más calidad. He tomado cabal venganza histórica de lo que tuve que sufrir con toda aquella enseñanza, aquellos profesores y aquellas cosas.

134

En la experiencia personal de todo lo que viví, sufrí y padecí está la esencia del interés absoluto, enorme que tengo en la educación y los esfuerzos realizados por la educación, porque no quiero que nuevas generaciones de jóvenes en este país sufran lo que sufrí, y ojalá sea posible en otros lugares, otros países, aunque algunos, desde luego, no tienen ni escuelas ni profesores ni libros ni libretas, no tienen absolutamente nada.

Por cierto, fue una experiencia dura. La conocí en la escuela pública y en la privada, secundaria y en la universidad. Sé de memoria los problemas de aquel sistema de educación.

Así que existe una explicación objetiva, clara, de la leyenda que no quiero cultivar, aunque me convendría decir: sí, los libros me los leía una vez. No tengo una memoria de esas fotográficas que se le queda todo

grabado al pie de la letra. Ahora bien, si me da un dato que me interese, no se me olvida, y basta con que lo vea una sola vez para retenerlo mucho tiempo. Por ejemplo, me da un dato sobre cualquier índice de salud pública en el país, de mortalidad infantil, sobre la economía, el desarrollo, el crecimiento, las producciones, los índices fundamentales, los veo una vez y no se me olvidan. Conozco así todos los datos generales de la economía del país.

Tampoco almaceno en la cabeza datos inútiles . Hago una selección de los que, a mi juicio, tienen interés e importancia, los retengo perfectamente y eso me ayuda cuando tengo que hacer un análisis. Entonces, basta con que sienta interés y sepa de qué se trata el asunto, puede ser suficiente una sola mirada para que retenga los datos. En ocasiones, si acaso, con un segundo repaso muchos se me quedan y todavía los recuerdo.

Sería difícil que ahora me pudieran obligar a estudiar en abstracto las definiciones de los huesos . Me parece que ya con el nivel de autonomía que tengo, de independencia y de libertad del que disfruto , no habría nadie que me obligara a aprender de memoria los huesos otra vez. Eso lo pudieron hacer conmigo cuando tenía 14 o 15 años, pero ya nadie podría nunca más obligarme a estudiar esos huesos . Ahora, también yo me administro: leo, estudio, aprendo y retengo lo que me interesa.